

JORGE CANEDA

CODICIA

SIN LÍMITE

LIBRO 02





Entra en mi web y descarga gratis la **PRECUELA** de esta historia

www.jorgecaneda.com



CODICIA SIN LÍMITE

Jorge Caneda

Libro 02 de la serie
SIN LÍMITE

© 2024 Jorge Caneda

Diseño de portada: A. Victoria Vázquez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

www.jorgecaneda.com

*A quienes han hallado su propósito
y lo persiguen con firmeza,
pese a todo.*

Capítulo 1

1

Victoria caminaba hacia su negocio con lo que cualquiera que no la conociera podría llamar una amplia sonrisa. Le gustaba el olor a primavera que despedía aquel pueblo que ahora era el suyo. Caminaba despacio, sin prisa, a pesar de que llegaba tarde.

Sus pocos familiares, ahora desperdigados por diferentes puntos del planeta, con suficiente dinero para vivir cinco vidas gracias a ella, ya no le prestaban atención desde que se había mudado hacía un par de años al tranquilo pueblo de Blue Valley.

No es que los necesitara, no tenía remordimientos del pasado, pero le debían todas las comodidades de las que ahora podían disfrutar. Solo la llamaban para contarle los problemas que les habían surgido en la vida. Problemitas, al fin y al cabo.

Se detuvo delante de la floristería y Sophia, la hija de la propietaria que siempre fingía estar enferma para no trabajar en la tienda, se ocultó en el interior al verla, entre macetas y plantas.

A Victoria le llamó la atención las gerberas amarillas que alegrarían el porche de la casa de Charlie. A él le encantaba que ella se ocupara de mejorar su hogar, donde había vivido desde niño y que con tanto esmero habían cuidado sus padres.

Unos metros más adelante, Lily saludó a Victoria delante de la librería, esperando a que abriera. Ella se tomó un tiempo más, husmeando entre las flores recién regadas que estaban expuestas en la acera del establecimiento. Después, sacó las llaves del bolso y caminó hacia su local.

—Buenos días, Victoria. Venía a por la prensa.

—Ya, claro. Esos jubilados no saben qué hacer mientras sus mujeres hacen la compra.

—Exacto... Tengo que tenerlos entretenidos mientras se toman un café.

El cartel metálico con el nombre de Sunset Pages, colgado con unas cadenas encima de la puerta, tintineó con el soplido de la brisa.

Nadie se acostumbraba a ver la mano de Victoria que, agarrando la llave con el pulgar y el índice, forcejeaba con la puerta con la misma destreza que si tuviera los cinco dedos.

La claridad del sol ya iluminaba el interior de la estancia, pero encendió las luces y abrió el cajón de la caja registradora, en cuyo interior guardaba la llave del candado del cajón de prensa.

—Pensé que te había ocurrido algo —dijo Lily para romper el monótono silencio.

—¿Por?

—Son y cuarto.

El reloj en la parte superior del dintel, en forma de arco, que daba acceso a la zona del local donde se reunía con las jubiladas del lugar, organizando algún club de lectura, confirmaban la hora. Hizo un gesto desinteresado y recogió la prensa del interior del cajón.

—¿Te importa si te pago luego? He de volver rápido a la despensa.

—Prefiero que me pagues ahora.

Lily apretó con fuerza los periódicos contra su pecho y sacó el monedero de un bolsillo.

—Deberías tener un bolso y una cartera.

—Ya, bueno, para estas pequeñas cosas me apaño con esto.

Victoria recogió las monedas y abrió el cajón.

—No tengo suficiente cambio todavía. En cuanto lo vaya acumulando te llevaré la vuelta ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Victoria. ¿Te guardo una barra de pan, como siempre?

—Sí, y cuatro o cinco chuletas de ternera. Ya sabes cómo me gustan.

—Claro, te lo tendré preparado y ya hacemos cuentas.

Poco después, llegaron sus clientas habituales de los jueves. Se reunían en la parte trasera con la excusa de pertenecer al club, mientras sus maridos charlaban de deportes en la barbería, aunque en realidad lo que hacían era ponerse al día de los chismes del lugar.

—A mi marido le contaron que hay una multinacional que quiere invertir en el pueblo —dijo una.

Victoria las miraba en silencio.

—¿Invertir?

—Sí, quieren construir algo grande para atraer más turismo y ocuparse de algunos negocios hosteleros.

—¿En serio? Ojalá pudieran darle trabajo a mi hijo.

—Tu hijo no trabaja porque no quiere.

—Mi hijo ya trabaja en la temporada alta. Verás ahora cuando empiece, se lo van a rifar.

—Yo también he oído esos rumores —dijo otra—. Al parecer, están muy interesados en los negocios de Meg, la viuda.

Victoria cruzó las piernas y, con la mano de los dedos amputados, recolocó su falda larga para que la tela conservara su caída natural y perfecta.

Y siguió escuchando.

—Pobre Meg, desde que falleció su marido...

—Yo creo que va a vender. No levanta cabeza desde que lo encontró muerto... Y sus hijos no saben llevar los negocios como lo hacía él, sobre todo el hotel.

—Sí, era tan bueno... A mis nietos siempre les dio trabajo, ahora no sé qué va a ser...

—Del restaurante dicen que ya no tienen tanta gente como antes, por algo será...

—Lo mejor es que venga esa multinacional, le daría un empujón al pueblo.

—Acabarán con el encanto de la zona.

—¿Qué encanto? Si está todo muerto.

Eso era lo que más le gustaba a Victoria.

Blue Valley era un pueblo con un ambiente moderado en invierno. Las calles se vaciaban cuando llovía o nevaba alguna vez y en el calor del verano se llenaba de turistas de mediana edad que se hospedaban cerca del lago para pasar unos días de descanso con sus hijos.

En ambas circunstancias, el local de Charlie conseguía llenarse los fines de semana del invierno y cada día de la temporada estival. El Hilltop Sound era lo más parecido a un pub que había en la zona, y conservaba esa exclusividad y encanto gracias a su música country y a las actuaciones en directo que protagonizaba él mismo en la mayoría de las ocasiones.

—Señoras, ¿van a leer o comprar algo? Ayer llegaron las revistas de prensa rosa...

—Cómo nos conoces, Victoria. Tráelas, por favor.

Victoria enarcó una ceja, permaneciendo impassible en su asiento. Una de las otras se levantó a por las revistas en la estantería de la entrada mientras el resto de la comitiva no paraba de hablar.

2

Charlie daba una vuelta de mantenimiento al Hilltop Sound. De vez en cuando, inspeccionaba la estructura del local en busca de alguna grieta o repasaba la madera de la terraza que daba hacia el borde del lago. Esas tareas lo entretenían y a menudo encontraba en ellas alguna idea o inspiración para su música.

A veces le gustaba componer, aunque lo que más lo llenaba era tocar en directo. Había rehabilitado aquella edificación que se encontraba un poco apartada del pueblo, al comienzo de la carretera, en la subida de la ladera que serpenteaba entre árboles hacia la cima de la montaña.

La fachada del Hilltop estaba revestida con un material que imitaba la madera barnizada. El rótulo se alzaba en lo alto, con letras doradas brillantes que reflejaban el sol, destacando sobre un fondo oscuro. A lo largo del camino de entrada, macetones con plantas verdes y coloridas flanqueaban ambos lados, imitando el glamour de una alfombra roja, diseñados para hacer que los clientes se sintieran especiales desde el momento en que cruzaban el umbral. En su lateral hacia el aparcamiento, Charlie tuvo el detalle de pintar las verjas antirrobo de los pequeños y altos ventanucos del mismo color tostado que la pared.

En el interior, la elegancia y modernidad combinaban sin perder el toque acogedor. Tras la entrada, una barra larga de madera oscura y un mostrador pulido donde los destellos de las botellas de licor brillaban bajo una luz suave. Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro de artistas locales y eventos pasados.

A un lado, un amplio espacio para conciertos con un escenario elevado y mesas dispuestas alrededor para los espectadores, todas con buena visibilidad. Las luces, estratégicamente colocadas para destacar a los músicos. Al fondo, unas puertas corredizas de cristal que conectaban con la terraza.

No solo era un local de conciertos de bandas locales, sino un lugar entrañable donde disfrutar de un atardecer tomando una copa en la terraza sobre el lago, donde los colores de la puesta de sol pintaban el cielo de púrpura y naranja, y se reflejaban en las aguas como un lienzo de acuarelas.

En las noches de verano esas mesas estaban especialmente concurridas por turistas, que amaban las cuerdas de luces suspendidas en postes, añadiendo un brillo cálido sobre las mesas y reflejándose suavemente en el agua oscura, mientras de fondo el sonido de la música en vivo que vibraba desde el interior acompañaba la tranquilidad del paisaje nocturno.

Se había gastado algo más que toda la herencia de sus padres en comprar y rehabilitar aquel lugar que llevaba muchos años cerrado. Quiso hacer de él no solo un pub donde los lugareños podían relajarse tomando una cerveza, sino un lugar de culto al country, un club selecto de amantes de ese estilo musical que cada noche trataba de inculcar a los lugareños.

Pero, a pesar de sus esfuerzos y buenas intenciones, la actividad del Hilltop no le reportaba el dinero suficiente para recuperarse de los números rojos que arrastraba desde la inversión y, si bien en la temporada estival conseguía remontar el vuelo, los meses invernales volvían a sumirlo

en una economía precaria que acababa dejándolo al límite de la bancarrota en las últimas semanas antes del verano.

Los jueves y los viernes por la mañana los proveedores de bebidas lo visitaban para aprovisionar y tomar nota del pedido de la semana siguiente. El camión de Budweiser estacionó puntual a media mañana. Charlie guardaba una buena amistad con Daniel, su repartidor, que también visitaba el local algún fin de semana del verano con su novia.

Pero esta vez no venía solo. De la cabina bajó un señor de mediana edad que sujetaba un portafolios. Charlie dio un empujón a la reja de la entrada para que acabara de subir el corto recorrido que le restaba, aunque Daniel no le sonreía como cada jueves.

—¡Hola! ¡Hoy vienes acompañado!

—Hola, Charlie... Te presento a mi jefe, el señor Griffin.

Se estrecharon las manos y Charlie se quedó mirándolos, sonriendo.

—Puedes meter la mercancía donde siempre, Daniel.

—Antes tenemos que hablar, señor Davis —dijo el jefe.

—Por supuesto, ¿queréis tomar algo?

—No, queremos hablar de unas facturas que están pendientes.

—Ya, bueno... Sé que tenemos una pequeña cantidad sin abonarles, pero no se preocupe, antes del verano...

—No se trata de una cantidad pequeña. Nos debe más de tres mil dólares.

—¿Cómo tres mil?

—Aquí tiene las facturas —indicó mirando hacia el repartidor, que escondió su mirada—. Algunas incluso son del verano pasado.

Charlie miró al chico, buscando ayuda.

—O paga o no le serviremos más.

—Ya, bueno, no se preocupe. Este fin de semana daré un concierto importante, esto se va a llenar y entonces... para la semana que viene os pagaré algo.

—¿Algo?

—Sí, una buena cantidad. Además, ya viene el verano, me pondré al día enseguida...

Griffin cerró el portafolios y guardó el bolígrafo en el bolsillo de su chaleco.

—Tendrá que darnos hoy algo o no le serviremos.

—¡Vamos! Deme algo más de tiempo. Este fin de semana apartaré un dinero para usted, cuando Daniel venga la semana que viene le daré...

—Voy a darle una oportunidad, Charlie. Le servimos el pedido de hoy y nos lo paga.

—¿Lo de hoy? Pero si tengo la caja a cero...

—¡Vámonos, Daniel!

El chico puso un gesto de resignación mientras su jefe ya caminaba hacia el camión.

—¡Un momento! ¡No puede dejarme sin mercancía! ¡Sería mi ruina inmediata!

—No es mi problema. Si el local no le da, ciérrelo, pero no traslade su inoperancia a nuestra empresa.

—¿Inoperancia?

Griffin apoyó un pie en la escalinata y subió a la cabina.

—¡Les pagaré! —suplicaba Charlie, siguiéndolo—. ¡Vamos! Está a punto de empezar la temporada alta. La semana que viene les adelanto algo de esa deuda y a mitad de verano la tenemos saldada.

Daniel estaba delante del camión, sin subirse, como esperando un último acto de clemencia

de su jefe.

—¿Cuánto dinero lleva en la cartera?

—¿En la cartera? No querrá dejarme sin blanca, tengo que comer...

—Comerá este fin de semana. ¿Cuánto tiene?

Charlie sacó su billetera del bolsillo trasero y la abrió delante de él.

—Ochenta dólares.

—¡Daniel, déjale cuatro cajas! —Estiró el brazo para arrancarle el dinero.

—¿Cuatro cajas? ¡No será suficiente!

—Apáñeselas como quiera o venda de otra marca que le siga fiando. Con nosotros se acabó.

—¡Vamos! Déjenme algo más.

Daniel abrió la loneta y descargó la mercancía.

—Esto es lo que vamos a hacer a partir de ahora, señor Davis. El próximo jueves pagará el pedido de esa semana y quinientos dólares más a cuenta de la deuda anterior. Así hasta que quede saldada.

—¿Quinientos? ¡Vamos!

—Dígale al chico cuánto necesita para la próxima —dijo señalando a Daniel, que caminaba hacia el interior con las cajas—. Si le interesa así, bien; si no, ya sabe lo que tiene que hacer.

Charlie lo miró apoyando las manos en la cintura, esperando un último gesto de compasión, pero Griffin abrió su portafolios y punteó unas facturas.

3

Llovía en la gran ciudad, aunque desde la planta cincuenta y dos del edificio se veían claros en el horizonte. El señor Blake presidía la reunión en la sala de juntas con otros inversores del grupo mientras a su espalda, en la pantalla gigante, pasaban lentamente unas fotos de un valle con un gran lago cuyo brillo contrastaba con la mesa y las butacas de oscuro nogal.

—Es una oportunidad de inversión hecha a medida, señores. Y será tan rentable que ustedes mismos van a querer ir a jugar al casino que construiremos allí.

La comitiva reía mirándose entre ellos.

—¿Es una inversión sin riesgo, Blake? —preguntó un señor de edad próxima a la jubilación.

—Siempre lo hay, Grayson. Sin arriesgarse no hay rentabilidad, eres muy amarrado, tal vez no cumplas el perfil para esta monstruosidad que vamos a realizar.

—No es eso... Necesitaría más detalles para analizar la propuesta.

—Por supuesto, hombre. Mi asistente —dijo señalando hacia la chica que estaba a su lado, erguida y con los ojos alerta— os dará un extenso dossier y estará a vuestra disposición para cualquier aclaración.

Grayson se recostó en el sillón con gesto de complacencia. Afuera, las nubes ya se disipaban dejando entrar una claridad que dejaba atrás al invierno.

—Vamos, muchachos. Vais a ser los máximos privilegiados en coger las mejores porciones del pastel. Sois mi club exclusivo, no se lo he ofrecido a nadie todavía.

—¿Tenemos seguridad de que esos terrenos se revalorizarán? —preguntó un cincuentón con un traje gris impoluto, hecho a medida.

—Absolutamente, el senador Holloway me ha dado el visto bueno. Al parecer ya ha hablado

con el gobernador del condado y está hecho.

—¿Y el alcalde?

—Vamos... Comprar a un alcalde es lo más fácil del mundo.

Las sonrisas se apagaron unos segundos.

—¿Cuál es el plan de ejecución?

Blake cedió la palabra con un gesto a su ejecutiva preferida, que se levantó con los pies firmes sobre sus tacones y la barbilla alzada, lista para captar la atención de la sala.

Comenzó su exposición alternando algunas fotografías aéreas.

—Señores, fíjense en toda esta extensión de terreno. Es la parte que se recalificará tal y como ha prometido el senador. Construiremos un gran casino a orillas del lago y otro de menor tamaño flotará en un barco todas las noches para que los pasajeros disfruten de una experiencia única. A su alrededor, dos hoteles de cinco estrellas, restaurantes, locales de ocio y, en la ladera de la montaña, una urbanización de chalets con inmejorables vistas.

—¿De quién son esos terrenos?

—Son comunales, señor.

—¿Comunales?

—Sí, pertenecen al pueblo.

—¿Y cómo vamos a hacernos con ellos?

Blake tomó la palabra.

—Higgins, pareces nuevo en esto. ¿Crees que será difícil comprar esa extensión de terreno que hoy no vale para nada?

—Necesitaremos el acuerdo favorable de todos ellos.

—Lo obtendremos. Solo es cuestión de dinero.

—Supongamos que no es así, que algo se tuerce...

La chica cambió la fotografía en la pantalla.

—Este es el Hotel Hidden Valley —dijo avanzando unos pasos hacia ellos—. Es uno de los pocos negocios rentables de la zona, el resto trabajan lo justo para sobrevivir en la temporada baja. Su propietario ha fallecido recientemente y su viuda está predispuesta a vender.

—Es suficientemente influyente en la zona como para que el resto hagan lo mismo —puntualizó Blake—. Cerraremos el trato con ella lo antes posible.

—Y después tenemos este local de música nocturna —siguió la chica cambiando la foto—. Como pueden observar, está en un sitio privilegiado, con una terraza sobre el lago, pero muy desaprovechado.

—¿Y eso?

—El dueño se empeña en destinar el local a conciertos de bandas locales y apenas obtiene rentabilidad para todo el año. Será fácil convencerlo y hacer de ese local un restaurante referente en la zona en muy poco tiempo para que el resto del pueblo se involucre en el proyecto.

Los asistentes susurraban, compartiendo impresiones sobre la trascendencia de su posible decisión.

El señor Stone, el más veterano de todos ellos, tomó la palabra.

—Está bien. Decís que en lo político está hecho. Presentadme un contrato de compra cerrado con la dueña del hotel y otro con el de ese club. Después hagamos una reunión con los vecinos del pueblo y, si todo es favorable, contad con mi dinero. También necesitaré ese dossier detallado.

—¡Está hecho! —se apresuró Blake antes de que los demás aprobaran la propuesta.

El murmullo llegó de inmediato y todos respaldaron la condición propuesta por Stone.

Blake cerró la reunión estrechando la mano de todos ellos a la salida de la sala.

—Id hablando con vuestros contactos de confianza, señores. Aunque los multimillonarios seréis vosotros, ellos también pueden llevarse un buen pellizco —sonreía.

—Confío en ti, Blake...

—Claro, hombre. Ya te veo apostando las fichas en ese casino. Necesitarás una buena compañía a tu lado que te dé buena suerte... —le dijo al otro, guiñándole un ojo.

—¿Tienes algún experto en negociaciones para iniciar esto? —le preguntó un cincuentón que limpiaba delicadamente su calva con un pañuelo de tela.

—Claro, ella misma. —Señaló hacia su ejecutiva—. Está muy cualificada, confío en ella todas mis inversiones personales en criptomonedas.

—¿Estás seguro? —susurró el otro para no ser oído.

El señor Blake se inclinó para acercarse.

—Completamente, ambiciosa y sin escrúpulos.

El calvo observó la sonrisa perfecta de la chica y trató de ver más allá de su entusiasmada mirada. Cuando vio que le faltaba el dedo anular de su mano, se quedó tranquilo.

—Nos vemos pronto, Blake.

—¡Hecho!

Capítulo 2

1

Charlie bromeaba con sus viejos amigos, sus fans de toda la vida, sentado en una butaca alta en el escenario con esa voz grave que le salía del estómago. Un foco lo iluminaba desde encima de su cabeza, lo que hacía que las sombras de su sombrero de vaquero le dieran cierto atractivo. Eran facciones que todavía conservaba de cuando era joven.

Rasgaba las cuerdas al aire y bromeaba con contar las intimidades de sus amigos a sus esposas allí presentes, pero a Charlie se le notaba que era un buen hombre y que sus confesiones no escondían maldad que pudiera desestabilizar la amistad de muchos años.

Después hacía magia. Con una postura relajada, colocaba sus dedos en el mástil de la guitarra y acariciaba las cuerdas produciendo notas que llenaban el aire de pureza. Cada acorde sonaba con tal precisión que su voz se entrelazaba en un acompañamiento perfecto.

Casi siempre improvisaba una letra diferente, aunque la música fuera la misma, y siempre conseguía arrancar las sonrisas a los presentes. Era feliz tras el micrófono, entonando con su voz grave canciones melancólicas de música tradicional que en ocasiones dedicaba a su amada Victoria.

A ella simplemente le sonaba bien, sin más. No entendía de música ni de bailes, pero aquellas noches la hacían sentir bien. Le daba paz servir las mismas copas a los de siempre. Se llevaba bien con los alcohólicos. Y con los jóvenes, que la respetaban cuando iban los fines de semana a ver conciertos de rock de algún grupo local. Sin embargo, no empatizaba del todo con las personas de mediana edad que se veían allí con la única intención de desconectar de un día de trabajo.

—Ponme un gin-tonic, Victoria —gritó uno para hacerse oír entre los acordes.

—¿No has venido con tu mujer?

—No estaba muy católica...

—¿No? Esta mañana la vi bien cuando estuvo en la librería.

—Ya... Bueno, no es mucho de venir a estos sitios, ya sabes... Prefiere quedarse con los niños.

—Ya, claro...

A veces, las canciones de Charlie eran demasiado melancólicas. Se lo había dicho en alguna ocasión.

«Tocas demasiado tiempo esas canciones tristes, una o dos está bien, pero...».

Y esa nostalgia la hacía pensar en su hija Casandra. Desde que se había enterado de que vivía con ese hombre que nunca pasó de músico de pueblo, sus llamadas se habían distanciado en el tiempo.

Victoria había conocido a Charlie de manera casual. Él entró en su librería recién abierta y

con su mejor sonrisa se interesó por el libro *El Misterio de la Familia Fonseca* de Pablo Poveda. Ella no trabajaba más que con las distribuidoras más conocidas y solo ofrecía en sus estanterías autores bestseller. Ni siquiera sabía que había otro mundo alternativo de talentosos escritores indie, algunos de ellos de mayor trascendencia que los más conocidos.

Con la excusa de esa novela, estuvieron en contacto cada día hasta que la librería pudo hacerse con él. Hablaban un rato por las mañanas, él le daba ideas para el negocio, de ahí nacieron sus clubes de lectura que, en una de esas etapas en que se cuestionaba qué hacía en aquel lugar, la ayudaron a socializar con la gente del pueblo que la divertía con sus cotilleos.

Después ella cedió a una de sus muchas invitaciones para tomar una copa en su club, y ese mismo día, relajada en ese ambiente, se quedaron solos a tomar una más.

Encontró en él lo contrapuesto a su carácter. Alguien que conseguía equilibrarla con su calma, su bondad y la ilusión que ponía en su música.

A Victoria, que hasta ese momento había sido mujer de un solo hombre, Raymond, fallecido hacía más de cinco años, no le despertó excesiva atracción amorosa, pero sí esa sensación de estar al lado de una persona que podría apagar el ruido de su mente.

Charlie, sin embargo, se enamoró de sus ojos azules sin conocer su personalidad. Después de un puñado de engaños amorosos en los que siempre había sido abandonado por sus parejas, se mantenía soltero y sin más familia que sus guitarras y sus amigos. La idealizó y al poco tiempo la invitó a vivir en su casa. Estaba convencido de que la mujer que lo acompañaría el resto de su vida por fin había llegado.

Pero Victoria sabía que Casandra no aprobaba la relación, que era una traición para ella y que no entendía cómo podía estar con otro hombre y olvidar a su padre. Siempre había sido una niña muy consentida por él, incluso después de su prematuro embarazo, y no entendía las etapas de la vida. Siempre se las había apañado para que, primero papá y después mamá, le solucionaran sus problemas. No estaba en disposición de juzgar y no se lo consentiría jamás.

Charlie se tomó un descanso y la música country del tocadiscos siguió sonando en el local. Después de bromear con unos conocidos, se acercó a la barra.

—¿Me das un agua con gas, cariño?

—¿Agua con gas? —preguntó un clásico del lugar apoltronado en un taburete, a su lado—. Ponle una copa, invito yo.

—No, gracias. No me gusta el alcohol.

—¿Y el agua sí?

Charlie mostró su mejor sonrisa y le dio una palmada de agradecimiento.

—Que no le falte alcohol a este hombre —dijo guiñándole un ojo a Victoria—. Te está sonando el móvil... —añadió señalando hacia el teléfono cuya pantalla estaba encendida con el nombre de Ethan.

Victoria lo cogió y se apartó hacia el almacén.

—Hola, hijo.

—Hola, abuela.

—¿Ha pasado algo? ¿Dónde estás?

—Estoy en Tailandia.

—¿Qué haces ahí? ¿Tu madre está contigo?

—Sí, pero se va mañana a Europa, quiere visitarla más en profundidad. Yo me quedaré por aquí unos días más.

—¿Solo?

—Claro, abuela. Ya soy mayorcito.

—Ponme con tu madre.

Victoria se fue al final del almacén, alejándose todo lo que pudo del ruido.

—Mamá, perdona las horas... Ethan no se ha dado cuenta. ¿Qué hora es allí?

—Si no es por él, apenas hablaría contigo, hija. ¿Estáis bien?

—Claro. Me voy a Europa mañana. Quiero ir a España a conocer algo de tu tierra.

—¿Mi tierra? Apenas la recuerdo... Ni siquiera mis padres volvían a menudo a su país.

—Los abuelos eran geniales, seguro que España también lo es.

—¿Y cuándo venís?

—No sé, mamá... Vamos hablando. ¿Dónde estás tú?

—En el club, ya sabes...

Al otro lado, Casandra se quedó en silencio.

—Vale... Bueno, mamá. Te llamaré cuando me instale allí.

—Tened cuidado los dos y gastad con cuidado de las tarjetas cripto.

—Claro, como siempre...

No se arrepentía de haberse ensuciado las manos hace unos años por matar a quien había amenazado a su hija y a su nieto, aunque a veces pensaba que habría sido mejor no haber robado todo aquel dinero. Sus lazos no se habrían roto y su hija la habría necesitado...

Para siempre.

2

Blake, sentado en su amplio despacho, fijaba la mirada en la pantalla mientras su mano movía el ratón con precisión, haciendo *scroll* hacia abajo. Sus ojos seguían las líneas de texto con calma, leyendo las noticias de economía y de los mercados del día.

Una llamada interna lo interrumpió.

—El señor Dante Holloway está aquí.

—Que pase.

Unos segundos después, la puerta del despacho se abrió con las risas momentáneas de su secretaria correspondiendo a las bromas del senador.

—¿Cómo estás, amigo mío?

Se fundieron en un abrazo que siempre reforzaba su duradera amistad.

Desde críos se habían entendido muy bien. A pesar de que Dante había golpeado con una piedra la frente de su amigo en represalia por una tarde en la que Blake le ganaba a todo lo que jugaran en el descampado de la urbanización donde vivían, no podían vivir el uno sin el otro.

En su época adolescente jugaron en el mismo equipo del instituto, donde competían entre ellos por la titularidad en los partidos, pero también compartían ilusiones y planes sobre chicas que casi nunca conseguían llevar a cabo.

El divorcio de los padres de Dante hizo que tuviera que irse con su influyente progenitor al estado de Misuri. Su nueva madrastra no era de su agrado, pero él le costeaba los gastos del internado universitario y nunca le ponía ningún problema para visitar a su madre y a sus hermanos menores.

Blake pertenecía a una familia estructurada en valores tradicionales y comunitarios, y pasó su

etapa universitaria con sus padres, cerca de la ciudad de Chicago. Rezaban y pedían a Dios que su único hijo fuera una persona de provecho en los negocios y pudiera seguir y superar los pasos de su padre banquero.

«Algún día serás un gran hombre de negocios».

En esa etapa, la amistad se había resquebrajado. Habían perdido el interés el uno por el otro y, aunque Dante hacía lo posible por verse cuando visitaba a su madre, no se contaban más que cosas intrascendentes.

Pocos años después, ambos padres jugaron un papel importante en su futuro. El de Blake participó en una operación financiera para salvar una empresa del sector inmobiliario que lo puso al mando de la entidad, la cual heredó su hijo. Y el de Dante movió sus hilos para que entrara a formar parte del partido demócrata, en el cual comenzó una meteórica carrera hacia el cargo de senador.

En ese camino, Dante necesitó un aval monetario importante para un proyecto político trascendental en el estado de Misuri, donde su amigo Blake y su arsenal financiero de una empresa que dirigía con enorme éxito fueron la pieza clave en su consecución final.

Desde entonces, el flamante senador se empeñó en devolver a toda costa el favor a su amigo. Su amigo de la infancia. Una amistad de toda la vida.

—La recalificación está hecha, Blake. He movido los hilos en las secciones pertinentes. Nadie se va a oponer a mi deseo de transformar esa montaña en un lugar idílico para el juego y el ocio. Ese pueblo se convertirá en una pequeña Las Vegas al este del país.

—Pinta muy bien, amigo mío —dijo entregándole un vaso de whisky—. Y hay mucho dinero de por medio.

—¿Los inversores, bien?

—Está hecho. Los principales se unirán al proyecto muy pronto y, en cuanto ellos lo hagan, el resto vendrán solos. Gran parte de ese dinero ya será para ti. Serás de los primeros en ganar.

—No me vengas con historias, que tú vas a retirar a toda tu familia presente y futura con esta operación...

—Pues anda que tú, que ahora estás soltero, más de lo mismo, cabronazo.

Brindaron y se quedaron en silencio observando las vistas a las azoteas de los otros rascacielos y a los yates que zarpaban del puerto hacia el inmenso lago Michigan.

Dante dio un trago largo y retorció el rostro con un gesto de desagrado.

—A ver cuándo es el día que me sorprendes con un buen bourbon.

—¿Sabes algo de tu ex?

—Nada, se la ha tragado la tierra. Menos mal que no he tenido hijos con ella.

—¿Y no te aburres solo?

—¿Tú te aburrirías?

—Bueno, apenas veo a mi mujer y a mi hijo en toda la semana, supongo que no.

Dieron un trago más y saborearon el éxito personal y futuro que se avecinaba en sus vidas. Aún con eso, Dante necesitaba asegurar su posición.

—Oye, el año que viene habrá elecciones, hay que darse prisa con las licencias por si no salimos reelegidos. Esto tiene que salir adelante como sea. Hay garantías de que ese pueblo no pondrá trabas a lo que vamos a hacer allí, ¿verdad?

—Con dinero encima de la mesa ningún pueblo podrá resistirse a semejante oferta, hombre. Aquí lo más difícil era esa recalificación...

—La recalificación está asegurada, pero a veces pienso que como algo se tuerza mi cabeza

política rodará, y ya sabes todo el esfuerzo que pasamos para...

—Mira... —dijo Blake invitándolo a sentarse—. Para que te quedes tranquilo. Hay dos negocios clave en ese pueblo. El primero es el más difícil, un hotelucho y un restaurante de un empresario muy querido en los alrededores. Por suerte, ese hombre falleció hace unos meses.

—¿Por suerte?

—Sí, ya lo tanteamos cuando tú y yo empezamos a hablar de este proyecto. Era muy reacio a participar en nada. Ya no está, se fue... ¡plof!

Dante reía sacudiendo la cabeza.

Blake continuó.

—Su esposa e hijos no son nada sin él. Esa es la compra más potente. Retiraremos a la señora y daremos empleo fijo a sus hijos, no podrá resistirse. Lo conseguiremos por las buenas o por las malas.

—Vale, ¿y el otro?

—El segundo es una compra estratégica. Es un local de conciertos de un viejo músico local. Uno de esos bohemios que no necesita mucho para mantenerse en pie y que con su guitarra ya es feliz.

—¿Qué tiene ese local de especial?

—Que linda con el monte vecinal. Tomando el mando de ese negocio, pegado al lago con unas vistas privilegiadas, podemos transformarlo en el primer local de juego que catapultará la urbanización de los chalets de lujo de esa ladera de la montaña. Solo ese local costeará la construcción de la mitad de las viviendas. Eso nos permitirá apalancarnos en los inversionistas y rentabilizar la operación mucho más.

—Rentabilizar a nuestro favor, te refieres.

—Claro, rentabilidad para ti y para mí. A ellos les daremos solo lo pactado.

—Bien, ¿y qué hay de la compra de esos montes? Hay que convencer a un pueblo entero.

—¿Crees que no aceptarán un buen puñado de dólares? Esos terrenos no valdrán nunca para nada. Son intocables salvo una recalificación como esta. Será muy fácil convencerlos. Además, contamos con la ayuda del alcalde, ¿no?

—Sí, lo conozco desde hace tiempo. En cuanto le di dos pinceladas de lo que se le venía encima se emocionó como si le hubiera tocado la lotería. Estará encantado con el proyecto en cuanto se lo presentéis. Lo que sea con tal de darle su porción de protagonismo. Aunque le pedí discreción, es un bocazas, ya se habrá corrido la noticia por el pueblo.

Blake levantó de nuevo su vaso, dando el éxito por confirmado.

—Hoy mismo llega allí mi ejecutiva favorita. Una chica sin escrúpulos con la única misión de tantear esas dos compras. La del músico le será fácil, la de la viuda me personaré yo si hace falta o lo cerraré cuando demos la charla para todos los vecinos.

—Bueno, entonces, ¿cuándo tendré mi pasta?

Blake se levantó riendo y se acercó de nuevo al ventanal.

—Las grandes rentabilidades llegan despacio, Dante. Necesitan un tiempo de maceración. Te lo digo yo, que soy un hombre de negocios, y de los buenos.

—Ya, mi querido amigo, pero es que yo me juego mucho aquí. Si el año que viene no ganamos las elecciones, se acabó mi carrera. Y esa operación aseguraría mi futuro.

—Y tanto que la va a asegurar —dijo mirándolo a los ojos—. No te preocupes, el principal escollo ya nos lo quitamos de en medio... Si fuera necesario, no habrá compasión con los otros.

—Bien... ¡Brindemos por eso!

Capítulo 3

1

Quedaba poco para que el pequeño Hotel Hidden Valley estuviera a punto para la temporada de verano. Los dos hijos del dueño fallecido, Carl y Jasper, trabajaban sin ganas en los exteriores del recinto mientras la viuda, la señora Margaret Langley ponía en orden la recepción del hotel, limpiando los cajones de las llaves que también servían para dejar mensajes a los huéspedes. Quería tenerlo todo presentable para cuando apareciera el primer cliente.

Otra cosa no, pero el difunto dejó muy claro cómo había que atender a la gente. Margaret lo echaba de menos porque sus hijos... Bueno, qué decir de sus hijos...

—¡Mamá! ¡Alguien ha meado en los rosales!

—¡Eso, Carl! ¡Grítalo a los cuatro vientos! ¡Que se entere todo el mundo!

Margaret chistó al mayor y siguió con lo suyo. Carl tenía treinta años y parecía que aún tuviera doce. Seguramente el culpable de que los rosales acabaran amarillos había sido el perro del señor Lawrence. Un bulldog viejo y casi ciego que era el terror de las flores.

Su marido mantuvo cierta amistad de conveniencia, pero Margaret no aguantaba a ese hombre.

En la primera reserva realizada por internet, la chica había indicado que llegaría sobre las cinco y ni así sus hijos habían conseguido adecentar el vestíbulo a tiempo.

Carl y Jasper no sabían por qué aceptaban esa reserva, al fin y al cabo, comenzarían a llenar el hotel en un par de semanas. No necesitaban el dinero y simplemente supusieron, por las lágrimas de su madre, que esa primera toma de contacto con un único cliente era la mejor manera de arrancar la primera temporada veraniega sin su padre.

Margaret, sin embargo, guardaba un temor que la hacía suspirar. La reserva había llegado de la empresa Landmark Capital Investments, y a ellos no debía negarles el hospedaje.

La chica llegó puntual, como si aquella indicación no fuera una simple aproximación a la hora de llegada.

—Buenas tardes, tengo reservada una habitación —saludó y entregó su carnet.

—Bienvenida a nuestro hotel —dijo la viuda intentando no emocionarse—. Sí, tiene reservada una habitación individual, ¿es correcto?

La chica asintió estudiando las instalaciones. Conservaba algunas revistas del pasado otoño en la zona de espera y en algunos apliques metálicos había algún punto de óxido.

—Es nuestra primera huésped esta temporada, espero que sepa disculparnos si algo no está a su gusto...

—No se preocupe, ¿es usted la dueña?

—Bueno, la dueña... Mis hijos y yo regentamos esto..., mi marido...

—Lo sé. La acompaño en el sentimiento. Verá, le dejo mi tarjeta. Represento a este grupo de

empresas. Estamos valorando invertir en esta zona, tal vez hablemos estos días.

Margaret levantó la vista del ordenador.

—¿Qué tipo de inversiones?

—Bueno, es pronto para hablar de eso. Habría que estudiar si los negocios de la zona son rentables y tal vez hacerse con alguno de ellos...

—Mala época para eso —se apresuró—. Después de un largo invierno todos están esperando a que llegue la temporada alta para hacer dinero de una vez. Nadie va a querer vender sus negocios en este momento. Deberían esperar unos meses.

—Bueno, tal vez los menos rentables estén dispuestos a escuchar —dijo guardando su carnet.

—No creo...

—¿Y usted?

Margaret le acercó la tarjeta de acceso a su habitación, pero la sujetó antes de entregársela.

—¿Yo?

—Sí, tal vez necesite descansar una temporada.

—Nuestros negocios son el futuro de esta familia, señorita... —Miró hacia la pantalla— Silvia. Mi marido trabajó día y noche para que nuestros hijos no tuvieran que irse de aquí para ganarse dignamente la vida.

—Discúlpeme, no quería incomodarla.

—No me ha incomodado, solo que está tan reciente que...

—Lo siento, señora —dijo cogiendo la tarjeta—. Primera planta, ¿verdad?

Margaret asintió señalando hacia las escaleras.

El hotel desprendía un olor a desinfectante que se mezclaba con el aire cargado en los pasillos por falta de ventilación.

La habitación estaba impoluta. Había sido una tarea de la que la propia Margaret se había ocupado personalmente y, aunque no era demasiado espaciosa, sí tenía todos los servicios básicos que necesitaba.

La chica abrió el portátil y buscó la contraseña wifi en la tarjeta de bienvenida. Después estableció contacto con su jefe a través de una videollamada.

—¿Has llegado bien?

—Sin problema. Ya he hablado con la viuda del hotel.

—¿Y qué ha dicho?

—Es muy mala época para negociar. Todos están esperando la llegada de los primeros turistas para hacer dinero. Tal vez el momento sea dentro de unos meses.

—El momento tiene que ser ahora. No sabemos si el senador mantendrá el cargo después de las elecciones y los inversores están a punto de caramelo.

—Entonces...

—Tantéalos, igual no es tanto como parece. Y si lo fuera, les ofreceremos un contrato ambiguo que los ate. Puestos de trabajo para el futuro y un adelanto que cubra su vidas un año.

—¿Y si todo se tuerce?

—Nos quedaremos con la propiedad y venderemos al mejor postor.

—¿Con pérdida?

—Ya te dije que el contrato será ambiguo, de eso se encargará el departamento jurídico. Haz tu trabajo y despreocúpate de esos detalles.

Silvia cerró la tapa de su portátil.

A través de la ventana tenía vistas al lago Silver, cuya quietud de sus aguas hacía reflejar

como un espejo un pequeño embarcadero y un bonito local de ocio. Más allá, los árboles de la montaña, cuyo efecto óptico hacía que pareciera que nacieran en las aguas tranquilas del paisaje.

2

Se notaba que era un viernes cercano a la apertura de la temporada estival. Apenas había ambiente en el local de Charlie porque los lugareños aprovechaban el descanso del fin de semana de sus trabajos de invierno para ayudar a adecentar los negocios familiares próximos a abrir.

Charlie y un viejo amigo improvisaban recordando un repertorio de su juventud y los allí presentes se divertían tarareando entre recuerdos de otros tiempos.

La noche estaba apacible y la temperatura, aunque fresca, hacía recordar las agradables veladas del verano, por lo que algunos salían a la terraza que daba al lago para encender un cigarrillo y charlar.

Wendy, la camarera de refuerzo, como la llamaba su jefe, atendía el poco trabajo que había en la barra. Victoria charlaba en la esquina con Melinda, la viuda que entró por primera vez en el Hilltop una semana después de que su marido falleciera y que ya no pudo dejar de ir. Guardaban una buena relación, ya que le había alquilado la segunda planta de su casa cuando Victoria llegó al pueblo con su familia.

Hablaban de lo que ya era una certeza extendida.

—Se ha alojado en el hotel de Meg. Lo ha dicho ella, todo era verdad.

—Ya... ¿Y qué? Parece que le tenéis miedo.

—Yo no tengo miedo.

—No pueden obligar a nadie a vender. Desde luego, los que lleváis aquí toda la vida deberíais pelear para que se mantenga la esencia de vuestro pueblo.

La chica de la que todos hablaban entró en el local sin que nadie se percatara y se sentó en uno de los taburetes disponibles en la barra.

—Un margarita, por favor —pidió a la camarera.

Victoria, pendiente de mirar hacia el escenario para agradar a Charlie, seguía hablando con su amiga sin percatarse de su llegada.

—Todo se vende en esta vida, Victoria.

—No a cualquier precio.

La música sonaba alta en ese momento. Los dos amigos se habían animado con una canción alegre que arrancaba los gritos a todo pulmón de los presentes. Aun con poco público, Charlie tocaba con el mismo entusiasmo de siempre y sonreía a Victoria de vez en cuando, demostrando una vez más que su estado de enamoramiento era permanente.

—¡Tu hombre va a romper los bafles esta noche! —gritó la otra.

—¿Hombre? No te confundas, él intenta romper algo todas las noches, pero apenas lo consigue —le dijo guiñándole un ojo y haciéndola reír a carcajadas.

La canción terminó y ovacionaron a los músicos mientras Victoria y su amiga seguían riéndose.

En el otro extremo de la barra, la chica ya había bebido la mitad del cocktail y aprovechó el descanso para pedir información a la camarera.

—¡Disculpa! —Esperó a que la joven se acercara—. ¿Cómo puedo hablar con el propietario?

—Habla con su novia, ella es la que manda —dijo señalando hacia Victoria en broma, pero con cuidado de no ser vista.

Cogió su copa y fue directa hacia ella. Cuando se acercó, reconoció el clásico perfil de aquella señora, su corta estatura, el mentón levantado, su ojos azules y la mano de los dedos amputados.

Victoria se fijó en ella y se acercó.

—¿Estás atendida?

La otra se quedó paralizada, sin saber qué decir.

—¡Nena! ¿Necesitas algo?

La joven puso su copa ancha en la barra y Victoria vio que le faltaba el dedo anular.

No se lo creía.

—Estoy tan asombrada como usted.

—No puede ser...

—¡Cuánto tiempo!

—Silvia... —balbuceó—. Si no es por tu mano, no te reconozco.

La chica sonrió. Todos sus dientes estaban situados en una alineación perfecta. Sus ojos saltones de niña ahora le daban una mirada cautivadora y segura, y su alocado pelo negro de chiquilla desordenada, brillaba y reflejaba la luz en una cascada de ondas sobre sus hombros.

—Sí, para mí también hubo consecuencias. Tuve que estudiar y pelear mucho por un trabajo que me retribuyera a un nivel decente, aunque nada comparable con lo bien que les fue a otros.

Victoria se apartó de su amiga, que seguía sonriendo hacia el escenario, y se hizo a un lado con Silvia para que nadie pudiera escucharlas.

—Les perdí la pista, ¿qué fue de Ethan? Estará viviendo la vida, supongo.

—Escucha, jovencita. Te llevaste la parte justa, las amputaciones fueron daños colaterales.

—Le parece justa mi porción, claro... —dijo levantando la mano para dejar bien a la vista la ausencia del dedo.

Victoria levantó la suya y enseñó su deformidad. En el pueblo la llamaban «la tenazas». A ella no le desagradaba. Veía normal que la buscaran un apodo así.

—Con la millonada que se llevaron ustedes, le habría compensado hasta que le amputaran el brazo entero.

—Mira, niña. ¿A qué has venido al pueblo? No serás tú la que planeas comprarlo...

Silvia apuró el último sorbo.

—Ya nos veremos, Victoria.

En ese momento, la camarera se acercaba a ese lado de la barra, sonriéndole disimuladamente a Silvia.

—Me invita tu jefa. Tiene una fortuna.

Y se fue sin darle opción a reaccionar.

Charlie encendió la guitarra eléctrica, rasgó un acorde y los presentes enloquecieron.

Capítulo 4

1

Silvia daba vueltas descalza en la habitación. Las baldosas sobre las que caminaba, desportilladas en los bordes, estaban frías al tacto con sus pies, aunque le pasaba desapercibido mientras asimilaba la coincidencia en el Hilltop Sound.

Debería informar a su jefe, la compra del negocio se había complicado al haberse dado esa fatal casualidad.

Por otro lado, volver a ver la cara de esa vieja le había despertado recuerdos olvidados, como cuando la amenazó sujetando el manillar de la bicicleta, con la venda goteando sangre de sus dedos recién amputados.

Solo era una niña.

Una niña en apuros, y ni siquiera la recompensaron con justicia por haber guardado el secreto del robo de Ethan gracias a lo que ella le había enseñado unos días antes.

Su amigo sabía los problemas por los que pasaba su familia, amenazada de muerte, acorralada por cobradores que no tendrían compasión.

Iban al supermercado con el adelanto diario que sus padres traían al regresar de su precario trabajo. A veces su hermana no podía comer las papillas que tanto le gustaban y su madre trituraba algunas sobras de la nevera mientras ella se iba a la cama sin cenar.

Pero ellos se llevaron todo el dinero.

Todas las criptomonedas.

Casi todas.

Ethan había intermediado para tapar su inocente y asustada boca, transfiriéndole una cantidad suficiente para que sus padres pagaran las deudas y ella pudiera estudiar. Algo que había gastado con mucho cuidado para no ser descubierta y, de paso, guardarle el secreto a la familia de Victoria, que viviría diez vidas más sin pasar un solo apuro económico.

Recordó la cara de amargada de esa señora.

Sus labios finos y apretados levantando el afilado mentón.

«Maldita vieja».

Esa casualidad tal vez no fuera tan fatídica. Tenía la oportunidad de tomarse la justicia por su mano.

Un chantaje sería efectivo para que le dieran su parte.

Una parte justa.

Tal vez un veinticinco por ciento, siendo equitativos.

¿Por qué no?

Ya no era una niña asustada por la presencia de la mafia mexicana.

¿Y para qué decirle nada al señor Blake?

Ella podría con todo. Y se reiría de Victoria. La compra y el chantaje al pueblo eran cuestión de poco tiempo.

Lo haría con fría deliberación y saborearía la amargura de esa vieja.

Se deslizó en la cama, satisfecha con el encuentro casual, y la paz la envolvió rápidamente.

«Les quitaré mi parte».

Un instante después, el sueño la venció.

2

Victoria había pasado la noche con sobresaltos por sueños relacionados con el pasado y se levantó en varias ocasiones para mirar por la ventana. Las luces de las farolas del pueblo se reflejaban en las tranquilas aguas del lago como estrellas caídas que descansaban en la superficie mientras observaba desde la altura que le daba la ladera, con el silencio de la noche envolviendo todo a su alrededor.

Preparó una taza de café cuando amanecía y, aprovechando que Charlie dormiría un par de horas más, abrió el portátil y clicó sobre la aplicación con la que a veces se comunicaba por videoconferencia con su familia.

Ethan no estaba en línea.

“Tenemos que hablar, ahora. Conéctate para vernos”, escribió probando suerte con un mensaje de texto.

La aplicación sonó y la pantalla del ordenador se encendió.

—Abuela, ¿no es muy temprano ahí?

—¿Y tu madre?

—Volando hacia España. No te preocupes por nosotros, estamos bien.

—Yo también, gracias.

Ethan tenía una apariencia descuidada con el cabello largo y desordenado, cayendo en mechones rebeldes alrededor de su rostro. Se quedó mirándola sin reaccionar, con esa cara inexpresiva que tanto la irritaba. A veces no sabía si pillaba las indirectas o simplemente se hacía el tonto. En todo caso, le funcionaba.

—¿Sabes quién estuvo ayer en el club?

El chico seguía sin reaccionar.

—Silvia.

—¿Qué Silvia?

—Tu amiga del instituto.

—No jodas...

Ahora era Victoria la que esperaba atenta.

—¿Y qué hace ahí?

—Trabaja para una multinacional que quiere invertir en el pueblo. ¿Has vuelto a saber de ella desde aquellos días?

—No. Ya sabes que desde entonces no tenemos buena relación, nunca más volvimos a escribirnos.

—¿Seguro?

—Seguro, abuela. ¿Y qué quieren hacer en el pueblo?

—Los rumores dicen que quieren transformarlo. Comprar los negocios locales y potenciar la zona.

—Ya es casualidad que fuera a dar ahí...

—Me ha preguntado por ti.

Victoria percibió un brillo en su, ahora, atenta mirada.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que debías de estar dándote la vida padre... No fue una conversación agradable.

—¿Crees que nos está siguiendo la pista?

—De momento no creo nada. No veo potencial en esta zona como para invertir mucho dinero.

—Espera...

Ethan tecleó en el portátil mientras su abuela daba un sorbo al café.

—Por lo que leo en internet, las noticias sobre Blue Valley no hablan de inversión alguna. Solo mencionan una extraña muerte de un reconocido hostelero del pueblo. ¿Lo conocías?

—Solo de verlo contadas veces en el club de Charlie. A su mujer sí, es clienta de la librería.

—Por lo que leo, el señor apareció muerto en su coche después de una comida de negocios. La autopsia reveló que había mezclado algunas sustancias alcohólicas con opiáceos. —Levantó la vista hacia la cámara—. Nos suena, ¿verdad, abuela?

Victoria manoseó su afilado mentón y entrecerró sus párpados.

—No creo que Silvia sea tan perversa como para buscarnos. Será una coincidencia... Se llevó una buena parte.

—No fue lo justo, según me dijo ayer.

—No sé...

—Está muy cambiada.

—¿Cómo cambiada?

—Físicamente.

—¿Ah sí?

—Irreconocible. Es un bombón.

Ethan se inclinó ligeramente hacia atrás.

—¿Y tú? ¿Has engordado algo más?

—No, he adelgazado.

—¿Te has echado alguna novia?

—Abuela, paso de novias. No quiero apegarme a nadie ahora mismo. Se vive mejor sin los absurdos sentimientos del enamoramiento.

—¿Y tú qué sabrás de eso?

—Son sentimientos temporales que lo único que hacen es crear expectativas irreales. Practicar el desapego es algo que se hace por aquí, ¿sabías?

—Ya... Tú lo que tienes que hacer es llamarme más a menudo.

—Sí... Oye, te dejo —dijo mirando hacia un lado—. Cuídate, abuela.

Victoria pasó la siguiente hora leyendo noticias que en su día publicaron los diarios online locales sobre la muerte del marido de Margaret. Nunca le había prestado atención a aquel suceso por mucho que todos hablaran de ello como si una desgracia de los dioses azotara el pueblo. Todas las referencias decían lo mismo, ese hombre había muerto en extrañas circunstancias y

todo apuntaba a una mezcla accidental.

La aparición de Silvia había despertado sus instintos más suspicaces y aquella extraña muerte ocupaba ahora sus pensamientos.

3

Al atardecer, Charlie apilaba varias cajas de bebidas y refrescos cerca de la barra para acortar el camino y el tiempo de relleno de las neveras. En los altavoces del local sonaba su música favorita. Una canción country de Logan Mize que lo tenía animado y actualizado al mismo tiempo.

Le gustaba estar al tanto de las nuevas tendencias musicales y aprovechar su influencia en las radios para reproducirlas cuando los más jóvenes entraban en el local.

En el fondo, Charlie pensaba que hacía una obra social inculcando esas nuevas tendencias en algunos jóvenes, aunque la realidad era que ellos no le prestaban atención ni a él ni a su música, sino a los éxitos comerciales de pop y rock que circulaban por las redes sociales.

Aprovechaba esos momentos de trabajo, sin prestar atención a la estructura de las canciones, para anotar solo aquello que más le llamara la atención. Decía que así se quedaba con lo más importante, obviando otros detalles que le llevarían mucho tiempo desmenuzar y mejorar en sus propias actuaciones.

Una joven entró al local con una sonrisa descarada. A Charlie no le sorprendió.

Cuando llegaba el buen tiempo, algunas personas de otros pueblos visitaban el lago los fines de semana y caminaban por los senderos de la montaña hasta que acababan allí, pidiendo algo de beber aunque el local no estuviera abierto.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quería hablar contigo, ¿tienes un momento?

—¿Connmigo? ¿Quién eres?

—Soy Silvia y vengo de Landmark Capital Investments, supongo que ya sabrás la noticia. Vamos a invertir por aquí —dijo estrechándole la mano por encima de la barra.

Charlie había oído algo de un macroproyecto, pero no había prestado atención, estaba más atento a su mundo que al que le rodeaba. Eso en ocasiones era muy positivo, excepto cuando Victoria le sacaba puntilla a su falta de atención.

—¿Funciona bien este local?

—Bueno, no te creas —dijo, desconfiado—. En invierno lo mantengo abierto para no perder clientes, pero no me da. Después llega la temporada alta, donde recupero las pérdidas y consigo sacar lo suficiente para vivir el resto del año. Siempre y cuando me administre bien, claro.

—Y no haya imprevistos... —dijo con una sonrisa amplia y cálida.

—Eso es... ¿Qué es lo que vais a hacer exactamente por aquí?

—Verás, el proyecto pinta muy bien. Se construirán más locales de ocio y alguno destinado al juego.

—¿Juego?

—Sí, pero todo legal, no te preocupes.

—Eso cambiaría el funcionamiento del pueblo. ¿Nuestros negocios se verán perjudicados?

—Compraremos algunos de ellos por sus ubicaciones estratégicas, a los demás les irá bien si

saben reinventarse a los nuevos tiempos. Vendrá mucha gente.

Charlie puso las manos en la cintura y miró de lado a la chica.

—¿Y en qué posición quedaré yo?

—En la mejor —y su sonrisa se amplió todavía más—. Nos interesa tu local. Montaremos otro negocio en él, pero tu música tendrá cabida igualmente.

—¿Qué sabes de mi música?

—¡Oh! Hicimos un estudio de mercado con todo detalle. No sabemos la vida privada de cada vecino, pero sí lo más importante.

Charlie cerró las neveras para que no se escapara el frío, dispuesto a escucharla.

—Verás, transformaremos esto en un restaurante. Más allá —dijo señalando en dirección a las montañas—, estará el casino grande, cerca de la urbanización de chalets de lujo. En el centro del lago, un barco con otro pequeño casino irá recogiendo a personas para fiestas más privadas.

Sonrió incrédulo.

—No me interesa vender ahora que llega la temporada alta. Ni a mí ni a nadie del pueblo, supongo.

—Eso no será problema, Charlie. Este verano trabajaréis todos con normalidad, no empezaremos las obras hasta que llegue el otoño, pero las compras ya quedarán listas. Te daremos un adelanto suficiente para que puedas vivir tranquilo un par de años. El resto en cuanto el negocio empiece a funcionar.

—¿No crees que es demasiado riesgo para el vendedor?

—Hay muchos inversores de prestigio detrás de este proyecto. Entiendo el riesgo, por eso firmaremos un contrato indefinido contigo, para que puedas actuar en los casinos cada fin de semana. Tú y tu banda.

—¿Mi banda? Bueno, tengo amigos que...

—Hablo de músicos profesionales, Charlie.

El hombre se inclinó hacia delante apoyándose en la barra.

—Para que veas que vamos en serio —continuó—, vamos a costear el lanzamiento de dos discos.

—¿Dos discos? ¿Cómo?

—Compondrás tus canciones y las grabaremos con músicos de estudio. Eso no cuesta mucho, tenemos contactos. Después lo promocionaremos en los estados más cercanos. Espero que uno sea de country —y le guiñó un ojo.

—Por supuesto... y del bueno.

—El lanzamiento del segundo disco lo haríamos coincidir con la apertura de los casinos, para promocionar tus conciertos aquí y atraer más gente al negocio.

—¿Actuaciones para ricos?

—Más o menos, como una mini Las Vegas. Aunque eso solo sería el principio. Como ves, la gente que está detrás de este proyecto quiere mejorar la calidad de vida de todos los vecinos y, de paso, cumplir los sueños de algunos. Sabemos que así ganaremos todos. Pero... tienes que ser de los primeros en vender.

El músico miraba hacia el escenario, ahora sombrío y oscuro tras el telón. Se imaginó actuando para sus amigos, en medio de un ambiente de lujo, y todos, incluidos los ricos, aplaudiendo su actuación.

—Dale una vuelta a la propuesta, Charlie. Piensa un precio que consideres justo y seguro que llegaremos a un buen acuerdo. Sin cláusulas raras ni tramposas. Un contrato claro y transparente.

Somos gente seria.

—Lo pensaré...

—Nos veremos pronto. Me gusta el ambiente que has creado aquí.

Charlie se quedó absorto en el mundo de posibilidades que su mente imaginaba. Cuando conectó con la realidad, el coche de Silvia ya estaba saliendo del aparcamiento y no recordaba haberse despedido de ella. Estaba fascinado, y ese estado emocional lo trasladó a su música unas horas después de aquel sábado noche.

Capítulo 5

1

La casa de Charlie estaba en la ladera de una gran colina y su construcción de madera no solo llamaba la atención por su belleza, sino por su integración con el paisaje. Desde el porche, que Victoria había adornado a su gusto, tenían unas vistas privilegiadas al pueblo y a todo el lago. Comer en ese rincón siempre era agradable, incluso en invierno.

Ella pasaba muchas horas allí, leyendo y disfrutando de los atardeceres mientras él atendía a los primeros clientes del Hilltop que, desde ese lugar, se veía al otro lado de la orilla del lago.

Victoria tanteaba el ambiente desde allí y, cuando le apetecía, se desplazaba en su Mini Cooper para echar una mano si era necesario.

Los domingos cocinaba carne estofada. Esa costumbre le recordaba a Raymond, su marido fallecido, pero a Charlie le encantaba, y el ritual de cocinar con las espléndidas vistas en un día tan soleado como aquel y preparar la mesa para comer entre flores coloridas, lo ayudaba a desconectar de esos recuerdos del pasado.

Charlie estaba especialmente contento.

—¿Vendrás hoy por el local?

—Si quieres, sí.

—Ayer te echamos de menos, hubo algo de ambiente.

—Yo no. Estaba la noche tan agradable que me quedé ahí sentada disfrutando de la tranquilidad —dijo ella, sonriendo con picardía y comenzando a servir la carne.

—Ya lo supuse...

A Charlie le gustaba tener música de fondo cuando comían allí, y se levantó a conectar el hilo musical.

—¿Sabes? Ayer por la tarde tuve una visita inesperada —dijo cuando regresó.

—¿Quién?

—Silvia, una chica que viene de la empresa esa que quiere invertir en el pueblo.

La cuchara se le cayó en la fuente de servir, hundiéndose entre la salsa.

—¿Qué quería?

—Hacerme una propuesta... Es muy maja, creo que estuvo por la tarde en varios locales del pueblo y en general todo el mundo habla bien de ella.

Victoria cogió la cuchara con sus dos dedos que hacían de tenazas y la sacudió, pero después la arrojó de nuevo a la salsa.

Al ver el desorden culinario que se había producido, él la sirvió con sus propios cubiertos.

—¿Y qué te propuso? —dijo sentándose malhumorada.

—Me dijo que me había visto tocar y que le había encantado.

—Ya...

—Al parecer, había estado allí la noche anterior y me vio en el escenario... ¿Te acuerdas? Cuando estuve improvisando con...

—¿Qué más te dijo, Charlie?

—Pues... que están analizando las posibilidades de inversión en la zona.

Ella lo miró irritada.

—Me dijo que mi local podría estar muy valorado. Y que me harían una oferta que me iba a convencer.

Victoria comenzó a comer.

—Me darían un adelanto para que pudiera vivir durante dos años. Me dejarían trabajarlos este verano y después lo reformarían y lo explotarían ellos. Y lo mejor es que firmaríamos un contrato para que pueda seguir tocando en unos casinos que van a construir —sonrió ampliamente—. Solo tocar, nada de trabajar en hostelería.

Victoria dio un sorbo a su copa de vino y sin soltarla, se apoyó contra el respaldo de la silla y lo miró a los ojos.

—¿Sabes lo mejor? —continuó con la cara más iluminada—. Que dice que ve posibilidades para que en la negociación su compañía me costee los gastos de publicación de un par de discos. ¿Te imaginas? Mi sueño hecho realidad...

—No, Charlie. Ya no tienes edad para ese sueño.

—Nunca es tarde... Todavía estoy a tiempo.

—No...

—Además, ese local empieza a ser un lastre. Cada año me cuesta más remontar.

Victoria puso la copa sobre la mesa con un golpe.

—¿Remontar el qué, Charlie?

—Las deudas —dijo levantando la voz para imponerse al carácter de ella—. Cada año me endeudo un poco más con la esperanza de que al siguiente verano pueda saldar lo atrasado. Y al final de la temporada, si quiero vivir tranquilo en invierno, no me da para pagar las últimas facturas a los proveedores, a los cuales les entrego dinero con cuentagotas para que me sigan sirviendo mercancía. Y cada año, peor. Tengo el almacén casi sin cervezas porque no quieren reponerme si no pago unas facturas pendientes...

—Eso es porque no sabes...

—¿Cómo que no sé? —Puso los cubiertos sobre la mesa.

—No, contratas a esa camarera, que es una inútil, y permites a los clientes pasar la noche entera con una sola cerveza. Este verano yo te ayudaré, un salario que te ahorras, incluso dos.

—Tú no puedes, Victoria. Con ese carácter que tienes...

—Mi carácter te salvará de las deudas.

Se quedaron en silencio mientras comenzaban a comer. La tranquilidad del valle hacía que la música que sonaba de fondo se amplificara. El estofado estaba delicioso y eso calmó los nervios por unos momentos.

—Y ese disco. Siempre quise hacerlo. Es una espina clavada.

—Espina sería no sacar ese local adelante, y con mi ayuda vas a conseguirlo.

—Mis sueños son otros.

Y Victoria estalló.

—¡Y qué hay de mis sueños, Charlie! ¿Acaso no cuentas con ellos? ¿Sabes cuáles son?

Charlie se quedó clavado en la silla, asombrado.

—Ahora soy feliz en este valle, en esta casa, en este porche. Y tu obligación es sacar adelante

ese local. El sueño de la música ya lo estás cumpliendo, cada noche, cuando tocas la guitarra para tu público, no te das cuenta...

—Pero... Silvia me dijo que eso podría seguir haciéndolo igual...

—¡A la mierda con Silvia! ¡Olvídate de esa mequetrefe!

—Pero...

Victoria golpeó la mesa con el puño.

—¡Yo te ayudaré a rentabilizar ese local! Serás feliz como hasta ahora y me harás feliz a mí. ¿Estamos?

Charlie se llevó un trozo de carne a la boca y masticó en silencio.

—Está muy rico.

2

Charlie arrastraba un par de barriles vacíos de cerveza por el agrietado cemento del aparcamiento. Las empresas suministradoras tenían un horario variado y, dependiendo de las zonas de reparto, a veces se presentaban a unas horas en las que el local no estaba abierto. Por eso había construido, en el lateral del establecimiento, un pequeño cobertizo, como si fuera una casa grande para perros, donde guardaba los envases a sustituir.

Silvia llegó con su coche justo cuando se disponía a introducir la mercancía en la caseta, una casualidad desafortunada. Era como si ella estuviera escondida, esperando a que saliera para abordarlo.

Se saludaron con un gesto y Charlie no la atendió hasta que acabó de poner en orden la mercancía escondida.

—¡Menuda tarde soleada! —dijo Silvia mientras él se acercaba sacudiéndose las manos.

—Es lo que toca hasta el verano. Días calientes y noches frías.

Como era obvio, la chica venía a negociar y él, con su habitual cortesía, la invitó a pasar.

Silvia se asombró de lo diferente que parecía el pub con la luz del sol de la tarde. Las puertas que daban a la terraza estaban abiertas y el brillo del lago molestaba con su reflejo. Las pequeñas motas de polvo se iluminaban suspendidas en el aire, como si el tiempo se hubiera detenido.

—Pasemos a mi despacho.

Charlie la llevó por un pasillo privado hasta llegar a un cuarto sin ventanas ni ventilación. Allí el desorden era absoluto. Cientos de documentos se habían apilado en una estantería de madera hacía muchos años y otros se habían puesto encima descuidando la estética de los montoncitos. Los muebles eran de madera antigua estropeada por arañazos y el barniz desprendido dejaba a la vista pequeñas grietas y fisuras atiborradas de polvo y suciedad.

El aire era denso y cargado, con una mezcla de polvo acumulado y una leve humedad atrapada en un ambiente amarillento que provenía de la única bombilla desnuda que colgaba del techo.

Una vieja aspiradora, todavía enchufada, ocupaba el paso hacia el escritorio. Charlie apartó el cable con el pie y pasaron por encima.

—Disculpa el desorden, tengo cosas acumuladas del invierno. Ahora que llega el verano ventilaré esta pocilga.

—No te preocupes, Charlie, no quiero robarte mucho tiempo. Sé que estás ocupado y solo

quiero saber si has pensado en la propuesta que te hice ayer.

Charlie se dejó caer en su butaca de escay, al otro lado de la mesa, indicando con la mano a Silvia para que tomara asiento sin importarle el desorden.

—Estuve pensando, sí. Lo hablé con la familia. No sé... no estoy seguro.

—¿En qué no estás seguro? Te parece insuficiente la propuesta económica.

—Bueno, sé que eso es algo en lo que siempre podremos llegar a un acuerdo, pero... hay algo más.

—¿Algo sentimental?

—Tal vez... —dijo mirando a su alrededor—. Este lugar significa mucho. Es parte de mí.

—Pero te está llevando a la ruina.

—Bueno, eso es algo que siempre puedo mejorar, ¿sabes? Como empresario todavía tengo mucho que aprender. No sé... creemos que podemos mejorar los resultados.

«¿Creemos?».

—¿Y qué hay de tus sueños, Charlie? ¿No quieres publicar discos de estudio para que Norteamérica sepa de tu valía como músico? —Charlie no era capaz de sostenerle la mirada—. Todo ese talento acumulado a lo largo de los años... ¿Vas a privar a los amantes de la música de verdad de conocerlo?

Charlie pensaba con la mano en el mentón, mirando hacía el folio en el que había tomado unas notas hacía unas semanas y que ni siquiera recordaba de qué eran.

—¿Qué le vas a dejar al mundo, Charlie? ¿Un legado? ¿O un puñado de deudas?

Silvia dejó que el silencio y el aire sofocante atraparan su mente para que de su boca saliera lo que quería escuchar. Pero a Charlie eso le pareció que lo oprimía y, en esas condiciones, quería salir a la superficie y respirar.

—Supongo que no tengo que tomar una decisión ahora mismo, ¿no? —dijo poniéndose en pie.

—Claro que no, pero ten en cuenta que tu local vale dinero. Hoy vale dinero. Eres el primero con el que he hablado. Mañana comenzaré a hacer propuestas serias a otros vecinos. Los primeros en vender siempre son los que más caros se pagan y yo no sé hasta qué punto los inversores van a querer costear tu lanzamiento discográfico a medida que se vayan cerrando tratos y negocios con el resto de los vecinos.

—No entiendo.

—Verás, Charlie. Esto es un proyecto de personas con valores de verdad. Bajo ningún concepto queremos dejar al pueblo simplemente con las cuentas llenas de dólares. Eso está muy bien, y lo haremos, pero también queremos que los vecinos sigan aquí, que participen en la nueva economía que se viene para esta zona, que sus hijos tengan trabajos estables con las oportunidades que vamos a crear y, por supuesto, que cumplan sus sueños.

Charlie la miraba, ahora con atención, y ella siguió.

—Cumpliremos con eso, pero claro, hasta un límite. Llegaremos a un punto en el que tendremos que ponernos a trabajar, nuestras ofertas bajarán y los que no hayan vendido, en cuanto vean que sus negocios quedan desubicados en este nuevo proyecto, tendrán que conformarse con vender a bajo precio.

—Entiendo... Bueno, hablaré con la familia. Está claro que las oportunidades no hay que dejarlas pasar —dijo iniciando el camino hacia la salida.

—Eso es, Charlie. Yo sigo unas pautas de negociación estipuladas por una gran multinacional. Los presidentes son personas amigables y honradas, pero claro, miran por su

rentabilidad. Esto es una gran oportunidad para ti, pero solo si tomas una decisión rápida.

A Charlie tanta prisa le incomodaba y la acompañó hasta el aparcamiento caminando con la mirada clavada en el suelo.

—Si los números no dan, Charlie, la decisión se toma sola. Sé que duele porque este local es parte de tu vida, pero no debes dejar que eso arruine tu vejez y te arrepientas de haber dejado pasar este tren.

Se despidió de ella, cabizbajo.

Silvia se metió en el coche, decepcionada. No tendría esa venta realizada para principios de semana y necesitaba anticipar eso para no ver a su jefe malhumorado. Por un momento, se le olvidó que era domingo.

—¿Qué pasa, Silvia?

—Señor Blake, hay una pequeña dificultad con la compra del Hilltop Sound.

—Si es pequeña, ¿por qué no esperas a contármelo mañana?

Silvia cerró los ojos con fuerza, dándose cuenta del error que había cometido por su impaciencia.

—Perdón...

—¡Dispara de una vez! Me están esperando en el siguiente hoyo y estoy a punto de hacer un green a pesar de que el campo de golf está algo pesado.

—El propietario se ha puesto muy sentimental con el establecimiento y...

—Ya... ¿Quieres saber si tienes mi permiso para jugar sucio, verdad?

—Exacto —sonrió, salvando el motivo de la llamada.

—Haz lo que creas conveniente, Silvia. La compra de ese local es primordial, igual que la del hotel. Ya sabes que hacerse con ellos es un requisito imprescindible para nuestros inversores. En cuanto controlemos esos negocios, inyectarán dinero y el resto será coser y cantar.

—Claro, es lo que me había explicado...

—Déjate de historias y haz lo que tengas que hacer. No es tan difícil.

Blake cortó la llamada.

Silvia se aferró al volante y arrancó dejando atrás un halo de polvo en el aparcamiento.

Capítulo 6

1

A la mañana siguiente el valle amanecía tranquilo. La luz temprana que asomaba entre los árboles de las colinas bañaba la niebla del paisaje con el tono nostálgico de una fotografía antigua.

Era uno de los mejores momentos del día para Victoria. Mientras Charlie dormía, ella preparaba su desayuno despreocupada, viendo las noticias o disfrutando de la calma del valle en el porche de la casa.

Desde que su familia se había separado de ella, lo primero era ver el móvil por si tenía algún mensaje o llamada perdida.

Desbloqueó la pantalla.

Había un mensaje, pero no de su familia, sino de un número desconocido que le había dejado un whatsapp.

“No interfieras en la venta del local, o habrá consecuencias”.

Una oleada de furia tensó su rostro y no quiso leerlo otra vez.

—Quién se cree que es esta mocosa...

Alterada, llamó a ese número.

—El número marcado tiene las llamadas restringidas.

Apoyó el teléfono en la mesa y tecleó un mensaje de respuesta, pero después pensó que debería apaciguar su impulso. Silvia había demostrado ser una persona avispada en el pasado y temió que cualquier mensaje pudiera ser una prueba en su contra más adelante.

Respiró profundamente unos momentos, encendió la tele y puso el canal de noticias. Después cogió las llaves de su coche y salió en dirección a la comisaría.

No había nadie por la carretera, pero aun así Victoria conducía despacio, pensando en lo que iba a decir. El pueblo se estaba despertando, solo unos pocos sacaban el coche de su garaje para irse a trabajar fuera de allí. Pasó por delante de su librería, sin prestarle atención, y al llegar al final de la calle estuvo a punto de girar hacia el Hilltop por costumbre, pero el semáforo la detuvo justo a tiempo.

Después giró hacia el otro lado, por la calle Sycamore Lane, que la llevaba hacia las afueras, en dirección a la comisaría.

Poco después estacionó al lado del coche patrulla y calculó que estaría de vuelta antes de que Charlie se diera cuenta de que las noticias de la tele estaban puestas para simular normalidad en la casa.

Abrió la pesada puerta y encontró a un agente recién llegado a su puesto de trabajo,

colocando un café encima de la mesa.

—Buenos días, necesito hablar con el sheriff.

El agente, con exceso de peso, reconoció a la señora de verla en el local de Charlie.

—Yo la atenderé, ¿qué desea?

—Ya se lo he dicho, hablar con el sheriff.

—Es usted la pareja de Charlie, ¿quiere denunciar algo?

—Una amenaza...

—¿De él? No puede ser...

Ella puso su intimidante mano encima del mostrador.

—No, de él no —dijo mirando por encima del hombro del gran hombre—. ¡Eh! ¡Sheriff!
¡Quiero hablar con usted!

—¿Pero qué pasa, señora? Yo soy el encargado de las denuncias, el sheriff no está para eso.

—Esto no es nada simple, usted no me vale.

Victoria era conocida por su fuerte carácter en todo el pueblo. Los distintos apodos que se había ganado no eran casualidad y el agente optó por la vía diplomática.

—Bueno, pase por aquí y siéntese —dijo abriéndole la puertecilla batiente.

—Muy amable —y pasó por su lado como un suspiro.

—Oiga... No puede atenderla...

Se coló en el despacho del sheriff sin permiso, sorprendiéndolo en sus tareas.

—No le quitaré mucho tiempo, sheriff.

—Le digo que yo la atiendo... ¡Señora!

Ella levantó el brazo con una señal autoritaria para que se detuviera, como si fuera su superior.

—Yo me ocupo... —indicó el sheriff.

—¿Lo ha oído? Ya puede seguir comiendo... —dijo Victoria sacando su móvil.

El agente abrió la boca, pero su jefe le hizo un gesto para que se retirara.

—Lea esto, por favor...

Victoria le entregó el teléfono.

—Es una amenaza. Sí, ya la había escuchado cuando entró. ¿Sabe de quién es?

—Tome nota de ese número.

El alguacil la miró insolente.

—¿De quién es?

—De Silvia, la chica de la que todo el mundo habla, la que ha llegado al pueblo para comprar negocios a cambio de promesas vacías.

El hombre enarcó ligeramente una ceja y ese gesto no le pasó desapercibido a Victoria.

—¿Promesas vacías?

Ahora fue ella la que entornó los ojos de manera descarada.

—Mire, señora. No creo que esa chiquilla haga ningún daño a nuestros vecinos. En todo caso, si este mensaje viene de ella, cosa que tendría que probar, ya no me parece tan amenazante.

Victoria se inclinó sobre él y le arrebató su teléfono de las manos.

—¿Podría volver a repetir eso último que ha dicho? —dijo accionando una aplicación.

—No lo repetiré, señora. Y le advierto que aquí no se puede grabar. O se va ya o tendré que requisarle el teléfono.

Ella lo miró desafiante.

—Entonces, usted ya conoce a esa señorita y no quiere problemas...

—No he dicho que la conozca, permítame que la acompañe a la salida.

Victoria esperó a que pasara por su lado y le mostrara con un gesto el camino de vuelta. Después salió apurando el paso, taconeando entre dos mesas y deteniéndose al lado del agente de recepción.

—No le queda nada para jubilarse. El pueblo saldrá ganando, sin duda.

El otro levantó el vaso de café como si quisiera agradecerle un cumplido y le sonrió.

Salió dando un portazo.

2

Victoria se cuestionaba en ocasiones si abrir su librería en aquel pueblo había sido un acierto o el capricho de una vieja averiada. No tenía ninguna necesidad, porque le sobraban los recursos, y pensó que pasar desapercibida era lo más inteligente para mantener a salvo a su familia. ¿De qué viviría entonces una recién llegada a un modesto pueblo del interior del país, que se sostenía a duras penas gracias al turismo de unos pocos meses alrededor de un lago?

Su hija y su nieto optaron por viajar alrededor del mundo, gastando a través de sus tarjetas anónimas las criptomonedas que los habían hecho multimillonarios. Pagaban siempre con esas monedas virtuales que la tecnología del exchange, donde las guardaban, se encargaba de transformar en la moneda oficial del país sin dejar rastro.

Pero a ella nunca le había gustado viajar y solo quería tranquilidad. Algo que ellos no entendían. Encontró ese lugar después de dar tumbos con su familia por diferentes puntos del país y se enamoró de Blue Valley y de su lago.

Al tercer día de instalarse los tres en la segunda planta de la casa de Marlene, una viuda feliz, compró el local del comienzo de la calle Lakeside, pegada al paseo del lago, y lo transformó en una acogedora librería, reformándola con una fachada que simulaba ser de madera envejecida, pintada de un tono cálido que recordaba tiempos pasados, con ventanas amplias donde exponía los estantes repletos de libros.

Había gastado parte de los ahorros bancarios generados con su marido en su etapa matrimonial, sabedora de que podría reemplazarlos con lo que generara el negocio con el paso del tiempo, gastando libremente en su vida personal del exchange de criptomonedas.

Un día, hablando con el alcalde sobre la licencia de su establecimiento, le planteó la posibilidad de crear pequeños stands en el paseo del lago con muestras del comercio del lugar y un negocio de pequeñas embarcaciones para el verano. Él se mostró entusiasmado por la iniciativa de la recién llegada, cualquier idea era bien recibida para atraer más turismo hacia aquel rincón del estado.

Ese día, comiendo los tres juntos, cuando estaba a punto de contar el plan que tenía para ellos montando negocios alrededor del lago, alrededor de ella, Casandra y Ethan le soltaron que viajarían por el mundo, como si hubieran esperado a que ella se asentara para irse de su vida.

Se consolaba pensando que había hecho lo correcto en el pasado. Y que, gracias a eso, ahora podían pasar el resto de su vida sin apuros económicos.

Aunque su balanza se descompensaba en ocasiones. No tenía sentido pasar las horas en una librería que ya no le entusiasmaba. Sentía como desperdiciaba la vida que tanto esfuerzo le había costado salvar. Miraba su mano para recordar el precio que tuvo que pagar y entonces cerraba el

negocio, a la hora que fuese, y se iba con su Mini Cooper montaña arriba, en busca de tranquilidad.

Eso era justo lo que estaba a punto de hacer. La llegada de Silvia y el mensaje de esa mañana la habían dejado perpleja. Necesitaba irse a pensar a solas sobre ello. Calibrar si la policía estaría comprada en lo que estaba por llegar. Analizarlo desde todos los ángulos y prepararse para todo tipo de escenarios.

Trazaría un plan y, si algo se torcía y se salía de los límites establecidos, abandonaría esa vida y empezaría de cero en otra parte. Tal vez así volvería a reunirse con su familia.

Era media mañana. Se echó el bolso al hombro y cogió las llaves en su interior para cerrar, pero cuando se disponía a salir, Margaret, la viuda del hostelero fallecido, entró por la puerta.

—Buenos días, Victoria. ¿Te ibas ya?

—Sí, a hacer unos recados.

—¿Te importa que mire unas revistas para el hotel? Las tengo todas desactualizadas de la anterior temporada.

Victoria tapaba la entrada al local, queriendo irse. Pero algo le decía que tal vez era un buen momento para conocer mejor a esa persona.

—Adelante, Meg. Puedo salir más tarde.

La viuda ojeó algunas de entretenimiento y otras de decoración.

—Tu marido se llevaba las de ciencia, decía que despertaba la curiosidad de los clientes y eso los calmaba cuando tenían que esperar en recepción.

Meg sonrió por cortesía y se fue a la sección de naturaleza.

—Tenía razón, era un sabio en nuestro negocio.

—Y un buen hombre... ¿Qué crees que opinaría de esos inversores que quieren comprar al pueblo?

A la viuda se le entristecieron los ojos. Victoria le sostuvo la mirada, a la espera de una respuesta.

—No lo tengo claro. Tal vez lo mejor hubiera sido vender.

—No te entiendo, Meg. Quieres decir... ¿que ya habían hablado con él?

—No lo sé, mi marido hablaba con mucha gente. Gente de negocios... Yo no conocía a casi nadie. —Puso las revistas sobre el mostrador para pagarlas.

—Yo también hablaba con él —mintió—. Su fallecimiento fue un accidente, esa medicina... Debía de tener dolores muy fuertes para estar tomándola.

Margaret guardó silencio.

—¿De qué padecía exactamente?

—No lo sé, Victoria —y comenzó a llorar.

—Perdona, no pretendía...

—No pasa nada...

—Pero, entonces...

Las lágrimas seguían brotando y se las secó con la manga de la blusa.

—No sé qué tenía... A veces era muy suyo con algunas cosas, pero era un hombre franco... y asustadizo con cualquier enfermedad. No me cuadra que no me dijera nada si tenía algo grave —se secó más lágrimas con un clínex que sacó del bolso—. No lo veo tomando medicamentos a escondidas cuando era yo la que tenía que darle una simple aspirina para un dolor de cabeza.

Victoria dejó que se recompusiera.

—¿Y tú qué harás si te proponen una compra?

—Aún no lo sé, Victoria.
Cogió las revistas y se fue.

3

Después de comer, Victoria pensaba sobre lo sucedido mirando hacia el lago. La brisa de la primavera era agradable a aquella hora. Se había despedido de Charlie, que fue a ordenar el almacén para dar entrada a la mercancía de la temporada alta.

No sabía si bajaría a abrir la librería. Tenía un grupo de lectura a las seis, pero todos sabían que en poco tiempo dejarían de ir para atender a los turistas, por lo que el libro que estaban debatiendo no llegaría a su fin antes del verano.

El mensaje de la mañana la tenía de mal humor. Pensaba en los inútiles de comisaría y eso no ayudaba. Miraba el pueblo desde las vistas privilegiadas que le otorgaba aquella casa en la colina y se irritaba por cómo los vecinos se dejarían llevar por el dinero de una posible inversión que destruiría la tranquilidad y el encanto de aquel lugar.

Su teléfono vibró con el sonido de un whatsapp y se apresuró a cogerlo con nerviosismo.
Ethan.

“Abuela, conéctate”.

Victoria abrió el portátil y se acomodó en el porche.

—Hola, Ethan.

—Abuela, ¿cómo estás?

—Vaya, por fin te interesas.

Los dos se sonrieron.

—Mamá ya está en España. Acaba de decirme que todo está bien.

—¿Y no puede llamarme ella para contármelo en persona? ¿Qué hace en ese país?

—No sé, abuela. Pero creo que se ha echado un novio de allí.

—¿Cómo? ¿Un novio por internet?

—Creo que sí. Últimamente hablaba a escondidas con alguien.

—No aprenderá jamás... Un novio tan lejos...

La imagen se congeló unos segundos.

—Ethan, ¿me oyes?

—Sí, abuela.

No se había congelado, era el gesto característico suyo de mantenerse impasible que tanto la cabreaba.

—¿Qué tal Silvia? ¿La has vuelto a ver?

—No, pero está muy insistente con comprar el negocio de Charlie —respondió, guardándose para ella lo del mensaje de esa mañana.

—¿Y tú qué opinas?

—Estoy pensando que haga lo que quiera. Que Charlie coja ese dinero y que empecemos una vida en otro sitio.

Ethan volvió a quedarse congelado.

—Será por dinero, ¿no crees?

—No sé, abuela. No todo el mundo es como tú.

—¿A qué te refieres?

—A que llegada una edad uno no está para empezar de cero otra vez. ¿Tú tienes ganas de iniciar una nueva vida?

Victoria pensó la respuesta:

—Cada día te pareces más a mí.

Los dos se rieron.

—Esta mañana hablé con la viuda del hostelero que apareció muerto.

—Por sobredosis de opiáceos, sí.

—No acaba de creer que haya fallecido. Y está como derrotada, creo que si le hacen una buena oferta, venderá.

—¿Quieres que investigue algo más sobre esa muerte? Si el caso se dio por cerrado, igual hay algún informe de la policía colgado en internet.

—La policía de aquí es inoperante, no creo que encuentres nada de relevancia.

—Por probar...

Victoria pensó que esa sería una forma de estar más en contacto con su nieto. Ocuparlo con esos asuntos del pueblo tal vez atraería su interés para que la llamara más a menudo y, quién sabe, la visitara pronto.

—Lláname cuando averigües algo...

—Vale, abuela. Mañana lo veo, que ahora voy a seguir durmiendo, aquí es madrugada.

—Muy bien, Ethan. Descansa.

Victoria cerró el portátil y miró hacia los árboles de las montañas. Tal vez era momento de echarse a un lado y no complicarse la vida. Dejar que Charlie tomara la decisión que creyera conveniente y no forzar las cosas con Silvia.

«No debimos haber repartido nada con ella. Eso nos habría asegurado que no llegaría a ser nadie en la vida. Desagradecida».

4

Victoria abrió su negocio para atender a su club de lectura. Como ya suponía, se habló de todo menos del libro. Las abuelas conjeturaban con datos imprecisos de supuestas ofertas de compra millonarias y exageradas expropiaciones acerca de los inversores que estaban por llegar al pueblo. Cansada de disparates, Victoria cerró la sesión, invitándolas a que siguieran el debate en la calle.

Cerró el negocio y se fue a ver a Charlie. Cuando llegó, lo sorprendió entre cajas vacías y algunas botellas rotas en el almacén.

—¡Qué sorpresa, cariño! —y la besó en la mejilla con una alegría sincera.

—He venido a ayudarte.

—No hace falta, ya sabes que los lunes apenas hay ambiente.

—Ya, pero tienes mucho desorden aquí.

Charlie se rascó la nuca observando el desbarajuste de aquel almacén. Necesitaría una tarde más para ponerlo todo en orden.

—Deberías decirle a la camarera esa que venga a echarle una mano. Así tendrá más cuidado en dejar las cosas en su sitio cuando viene a reponer.

—No me da para pagarle más horas de sueldo.

—¿Pagarle? ¿Por no ser cuidadosa?

Trabajaron el resto de la tarde adecentando aquel desorden y cuando abrieron las puertas para servir las primeras cervezas ya lo tenían terminado.

—¿Por qué te empeñas en llevar esos pesados barriles afuera?

—Es para facilitarles la carga a los repartidores.

—Que vengan ellos a recogerlas aquí.

—Me lo agradecerán.

—Si les pagaras, te lo agradecerían más.

Charlie levantaba el barril metálico, a punto de arrastrarlo por el suelo, y avanzaba a pasos cortos.

—Y esa caseta en el lateral del Hilltop donde las guardas... ¿No has visto lo mal que queda? Si es que hasta le quita un espacio al aparcamiento.

Pero Charlie estaba a lo suyo y con el tiempo había aprendido a escabullirse de algunas discusiones con Victoria.

—Hoy pincharé country y rock, hay que ir calentando el ambiente para la temporada... ¡Que se hable de este lugar!

A Victoria le daba igual el tipo de música, que se hablara bien o mal. Solo quería mirar a la cara a Silvia. Deseaba que intentara persuadir a Charlie para la compra del negocio en su presencia. Le diría cuatro cosas, a ella no la iba a convencer una mocosa que hasta hacía dos días era una cría.

Después Victoria llevó unas cervezas frescas a los clientes que hablaban con Charlie en la terraza. Las nubes de rojos intensos, naranjas y violáceos creaban coloridas pinceladas con la puesta de sol sobre las montañas y vio como Silvia estacionaba su coche en el aparcamiento.

Enfrentaron sus miradas dentro del local y Silvia se acercó sin mediar palabra.

—¿Quién te crees que eres para amenazarme, niña?

—No sé de qué me hablas.

—No me tutees, soy mucho mayor que tú. ¿No te enseñaron a respetar a los mayores en la facultad?

—Lo que allí me enseñaron fue a ganarme la vida sin la ayuda de nadie.

Victoria puso tres cervezas sobre la bandeja.

—No te olvides, niñata, de que sin la parte de nuestro dinero que te dimos, no habrías ido a la universidad.

—Esa parte me la había ganado por mí misma. Y más que debería haberme llevado.

—Tú no te ganaste nada.

—¿Vamos a empezar otra vez con lo mismo? Solo he venido a cerrar un trato con Charlie.

—Como vuelvas a amenazarme te las verás conmigo.

—¿Contigo? ¿Crees que me da miedo una abuelita?

Debajo de la barra, Victoria agarró el cuchillo de cortar el limón.

—Cierra el trato que te dé la gana, pero como vuelvas a amenazarme...

Charlie entró en ese momento.

—¡Esas cervezas! Ah... Hola, cariño, esta es Silvia.

—Ya sé quién es... —respondió sin dejar de mirarla—. ¿Vas a cerrar ya el trato? No vas a

tener en cuenta lo que hablamos ayer, claro.

—Pero si van a producirme dos discos y querrán que actúe en los casinos —contestó forzando una risa temblorosa—. Seré como Elvis en Las Vegas... ¿verdad, Silvia?

—Por supuesto, redactaré un documento que lo explique con toda claridad.

Victoria pasó un paño sobre la barra, limpiando lo que ya estaba impoluto.

—Será bueno para los dos, cariño.

—¡Eh! Habla por ti. A mí no me metas en esos planes... y menos delante de esta —y se fue a por más cervezas.

Charlie entró al otro lado de la barra y le hizo un gesto a Silvia para que la disculpara.

—Cariño... —le susurró—. Soy esclavo de este local, si lo vendo pagaré todas mis deudas y tendremos tiempo para estar juntos... No habrá más noches de llegar de madrugada ni más desayunos a solas...

—Este local no te hace esclavo, Charlie. Este local te hace feliz, no hay más que verte en el escenario.

—Pero eso lo seguiré haciendo. Y lo de la grabación del disco...

—¿De verdad crees que vas a firmar un contrato con el que ellos no puedan echarse atrás? Firma lo que quieras, pero te aseguro que ni habrá disco ni te dejarán actuar en ningún local del pueblo.

Charlie miró a su alrededor y una avalancha de recuerdos invadió su mente. La tenue luz del púrpura anochecer entraba por las ventanas que daban hacia el lago, como si fuera la magia que precede a un legendario concierto.

—Si vendes, ¿estarías dispuesto a comenzar una nueva vida conmigo lejos de aquí?

—¿Cómo? —dijo aturdido, saliendo de la ensoñación.

—Vende, nos iremos para empezar otra vida en otra parte.

Esas palabras fueron como una bofetada para Charlie.

—No...

—¿No qué, Charlie?

—No me iré de aquí... nunca.

Victoria se secó las manos y le tiró el paño a la cara. Después agarró su bolso y salió de la barra. Cuando pasó por el lado de Silvia, le dijo:

—Tú ganas. Haz la operación y no quiero volver a verte más.

Charlie salía con la bandeja de cervezas, con la cabeza gacha y caminando vacilante.

—No, maldita vieja —dijo sujetándola con discreción por el antebrazo—. Tú no me vas a decir dónde tengo que estar y dónde no...

Victoria se acercó un paso y le susurró sin que nadie la escuchara.

—Tendría que haberte rematado a ti también.

Silvia le correspondió en el mismo tono.

—Pero no lo hiciste... Deberíais darme seis millones de dólares en bitcoin. Es el reparto proporcional que teníamos que haber hecho en su día.

Victoria agarró con su zarpa el brazo de Silvia. Aquella mano con dos dedos tenía más fuerza que la de cualquier hombre allí presente, pero la chica se separó de ella.

—Ahora que he dado con vosotros, Victoria... me daréis mi parte o de lo contrario denunciaré a la policía.

—No hay nada que pueda culparnos, ya salimos inocentes de aquel juicio.

—Han pasado unos años, no hay más que hacer un seguimiento de vuestro estilo de vida

desde entonces. Seguro que Ethan y su madre han metido la pata con algunos excesos.

No solo en algunos, Victoria sabía que se habían excedido con los viajes y con la frecuencia de los mismos.

—No me perderás de vista, abuelita. Esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 7

1

Al siguiente amanecer, Victoria leyó un mensaje de su nieto que le alegró la vida.

“He averiguado algo más sobre el fallecimiento del hostelero, te lo contaré en persona. Llegaré a Blue Valley dentro de un par de días y me quedará una semana o dos”.

Así que Victoria alargó unos días la reconciliación con Charlie, a pesar de la tristeza de su hombre. Sabía que le hacía daño, pero necesitaba ganar tiempo hasta que Ethan llegara.

Conocía a su nieto, conocía a los hombres.

La visita no se debía a lo que averiguó sobre esa muerte ni a que tuviera ganas de pasar unos días con su abuela. Regresaba para ver a Silvia y debía tener cuidado con lo que pudiera surgir entre ellos en los próximos días. Como no se fiaba de su amiga, le contaría a su nieto con pelos y señales lo ocurrido, temerosa de que Ethan pudiera enamorarse del cambio físico que la chica había experimentado.

A pesar de ese riesgo, se moría por verlo.

No tenía dudas de que Silvia visitaba el local cada noche intentando que Charlie estampara su rúbrica en el documento de venta, pero también estaba segura de que él sería incapaz de hacerlo sin que ella estuviera de acuerdo con esa decisión. Buscaría una reconciliación y cierto permiso, aunque fuera sin convicción, para dar ese paso.

Y ese momento debía esperar. Ella lo alargaba adrede, pues apenas le dirigía la palabra ni aceptaba conversaciones.

Desde ese encontronazo dormían en habitaciones separadas. Él llegaba del club y ella se hacía la dormida en el cuarto de invitados. Cuando Charlie se levantaba por las mañanas, Victoria ya estaba en la librería, y por las tardes él se iba a sellar y barnizar las grietas de la madera de la terraza para que todo estuviera en orden cuando llegaran los turistas.

Esos días le sirvieron para reflexionar sobre ella misma. La gente del pueblo parecía que había apagado los rumores de compra y todos estaban aprovechando el buen tiempo para limpiar las fachadas y redecorar los balcones.

No había vuelto a ver a Silvia, a pesar de que temía encontrarse con ella por las calles del pueblo o que simplemente entrara en su librería para buscar un enfrentamiento. Nada de eso ocurrió y sus preocupaciones se apaciguaron.

Pero por la profesión de su difunto marido Victoria tenía experiencia en asuntos de espionaje, de escuchas secretas y de chantajes, y barajó la posibilidad de que pudieran estar vigilándola.

Cada día repasaba los muebles de casa y de su negocio en busca de micros o cámaras, como le había sucedido en el pasado. Era desconfianza extrema llevada a lo personal, secuelas de la

mafia mexicana. Ahora no tenía conversaciones que ocultar ni comportamientos que esconder. Su vida en el valle era de lo más normal. Una vida apacible llena de charlas triviales y amistades superficiales.

Hasta que llegara su nieto.

Esa tarde estaba extendiendo un mantel sobre una mesa plegable que había puesto sobre el césped del jardín, cuando un taxi dejó a Ethan en la entrada de la casa.

—Te parecerá bonito, a estas alturas y todavía sin un coche propio —dijo conteniendo las lágrimas.

—No me da el sueldo, abuela —Le guiñó un ojo—. Te parecerá bonito a ti, que está la librería cerrada, ¿te cae el dinero del cielo?

—Estuve limpiándote la habitación de invitados, fíjate bien cómo está, porque así la tienes que dejar cuando te vayas.

—Eso está hecho, abuela.

Y le dio un cálido abrazo que la sorprendió. Era curioso como a medida que pasaban los años el chico iba abandonando la frialdad y distancia de su adolescencia.

—¿Tampoco tienes dinero para cortarte el pelo?

—¿Cuándo vas a hacerme uno de tus estofados?

—¿Te apetece? Podríamos cocinar esta noche, si quieres.

—Esta noche mejor vamos al club, quiero ver a esa pardilla de Silvia.

Victoria lo invitó a sentarse.

—Ethan, tengo que contarte que tuve una conversación desagradable con esa chica.

—Ahora ya será una mujer.

—No creo que sea bueno que os veáis. Está muy cambiada.

Él se recostó en el asiento y sonrió observando el club a lo lejos.

—¿Crees que me va a enamorar? ¿Tú sabes que la llamaban dromedario?

—Ethan...

—No, abuela. Yo no estoy para rollos ni para comprometerme con nadie, ya te lo dije. ¿Y sabes qué he aprendido de tanto viajar? Que el desapego es lo mejor.

—¿Otra vez con lo del desapego?

—Pues sí. Al moverme entre países no le tengo cariño a nadie en concreto, y eso te hace seguir avanzando y mejorando.

—Tú no te habrás metido en alguna secta, ¿verdad?

El chico se reía a carcajadas y ella le sirvió limonada fresca.

—¿No quieres saber de qué hablamos?

—Claro... Sería algo del pasado, le pareció poco lo que le dimos, ¿me equivoco?

—¡Bingo!

—Claro, ya os lo dije en aquel momento. La conocía bien...

—Me amenazó con que ahora que ha dado conmigo debemos darle más o irá a la policía.

—¿A la policía a qué? Ya nos investigaron en su día y salimos indemnes.

—Tu madre y tú estáis llevando un ritmo de vida desde hace un par de años que podría hacer saltar las alarmas. Tanto viajecito sin que conste ninguna manera de ganarse la vida...

Ethan entornó los ojos mirando el lago.

—No creo. Jamás demostrarán nada. Y precisamente al estar viajando por otros países podría estar ganando dinero por allí, no tengo que dar explicaciones.

—Todo es investigable, Ethan.

—Ni así, nos estamos gastando las criptos con tarjetas anónimas. No tendrían manera...
—No me ha pedido dinero para estudiar otra carrera, Ethan...
Él la miró ahora a los ojos.
—¿Cuánto quiere?
—Seis millones.
Su alegría se desvaneció.
—¿Por qué no me lo has dicho antes?
—Por si no venías...
—¿Por qué siempre piensas así?
—¿Sabes algo de tu madre estos últimos días?
—No...
—Andáis solos por el mundo, no sabéis el uno del otro, ¿y te extraña que yo piense así?
Victoria vio en los ojos de su nieto una muestra de comprensión.

2

Ethan pasó el resto de la tarde hastiado. Las palabras de su abuela le habían afectado. Por una parte le dolían, era una verdad silenciosa que la familia se distanciara. Su mente luchaba contra esa aceptación, buscando recuerdos de su madre discutiendo con Victoria, encontronazos que ahora, más adulto, empezaba a cuestionar.

Dudó si enviar un mensaje a su madre, pero después lo descartó. Últimamente no se hablaban mucho y decirle que estaba con la abuela no le agradaría. Conocía de primera mano su descontento por el noviazgo de Victoria, nunca aceptado, y no quería decirle a su abuela que uno de los motivos del distanciamiento era ese.

Entendía que tenía todo el derecho a estar con quien quisiera y afrontar su vejez como considerara, y esa iba a ser su lógica respuesta. Además, le caía bien Charlie, siempre los había tratado con respeto y era agradable y considerado.

—Estarás cansado del viaje, ¿estás seguro de ir hoy? No creo que sea un encuentro agradable y estoy a tiempo de hacer el estofado.

—Sí, abuela. Tengo que tantearla, y cuanto antes mejor. Además, tengo ganas de ver a Charlie.

—Ya... Pues estate atento y preparado.

3

Al anochecer, el aforo ya estaba a medias. Charlie lo recibió con una alegría moderada pero sincera. Sus bromas eran ingeniosas y, a pesar de que atendía toda la barra, estaba muy pendiente de él.

Victoria se había ido al almacén y aconsejaba a la camarera cómo mantener un orden meticuloso.

—Cuéntame algo... —dijo Charlie acercándose—. ¿Son guapas las tailandesas?

—Hay de todo...

—O sea, que como aquí...

—Más o menos.

—No te echas novia —interrumpió un hombre de barba desarreglada sentado al lado—, mira a Charlie, lo que era y en lo que se ha convertido desde que está con la tenazas.

Miraron hacia la puerta del almacén, Charlie contuvo la respiración con los ojos abiertos mirando a Ethan y este estalló a reír contagiando a los demás. Después se fue aliviado a atender a una chica al otro lado de la barra.

La camarera apareció poco después con cara de indignación seguida de Victoria, que la recriminaba.

—¿Estás bebiendo cerveza?

—Una suave que me dio Charlie.

Victoria miró la marca del botellín.

—No bebas más de esa, tiene demasiado alcohol.

—Esto no es nada, abuela... Comparado con...

—¡Vaya! Si ya está aquí tu amiga —dijo ella señalando con la cabeza hacia el otro extremo.

Charlie hablaba con semblante serio con una joven de mandíbula bien definida, con su pelo negro atado en una coleta alta que llevaba una elegante blusa blanca.

—¿Esa es Silvia?

La abuela asintió mirándola desafiante y Silvia se percató de ello, removiéndose en su taburete. Ethan se asomó para verla mejor. Charlie no paraba de hablar, pero ella tuvo tiempo para percatarse de su presencia.

Los ojos de Silvia se agrandaron por la sorpresa, se puso en pie y caminó apresurada hacia su viejo amigo. Su sonrisa, el pantalón ajustado que realzaba sus piernas tonificadas encima de los tacones y su gesto abriendo los brazos desconcertaron a Ethan.

Después llegó un abrazo que no se esperaba.

—¡Ethan! ¡Estás genial!

No reaccionaba, la miraba a pocos centímetros de su cara, su dentadura perfecta, su toque sutil de maquillaje y el rímel que le daba un punto glamuroso a su mirada.

Victoria se alejó de la escena con una mueca desaprobatoria y el de barbas agarró su cerveza, observándolos divertido.

—Ven, sentémonos en una mesa, tenemos mucho de que hablar... —propuso ella.

Como un autómatas, Ethan caminó hacia donde Silvia le indicaba y tomaron asiento después de que ella pidiera dos consumiciones con un simple gesto.

—Ethan, cómo me alegro de verte. Estás muy guapo.

—Tú estás cambiada...

—Lo sé... —y amplificó su sonrisa.

Instintivamente Ethan observó su mano. Sin el dedo.

—Todavía sigo sin él. Si un día lo encuentro miraré que me lo pongan de nuevo. —Le guiñó un ojo.

—Perdona, solo quería asegurarme de que eras tú...

Silvia lo puso al día de los años transcurridos. Sus padres habían pagado la deuda poco a poco gracias a su mágica tarjeta de criptos. Le contó que lloraban juntos recordando aquello cuando ella los visitaba de vez en cuando. Después estudió la carrera que le gustaba y ahora también tenía ahorros gracias al trabajo que había conseguido en Chicago. Un trabajo donde

empezó desde cero, con un precario contrato, y en el que fue ascendiendo en poco tiempo gracias a la dedicación y constancia de cada día.

Charlie se subió al escenario a la hora en la que el local solía estar más lleno y el público aplaudió. Mientras tocaba un viejo repertorio y bromeaba con los asistentes, los amigos reencontrados pedían más consumiciones, se sonreían y se acercaban más.

Victoria los miraba inquieta.

«Mira al del desapego».

«Y ella qué lista».

Cuando Charlie tocaba las últimas, Silvia le contaba lo esencial del plan de inversión que su empresa tenía planeado para el pueblo, y eso a Ethan le pareció una demostración de sinceridad. La veía transparente en esa impulsividad por explicarle esos planes, lo que le hacía recordar algunas pinceladas de su personalidad pasada.

Charlie tocaba una canción animada como despedida en su actuación y para entenderse tenían que acercarse mucho más.

—Mi abuela me insinuó que tuvisteis un mal encuentro.

—Un poco sí... —Sonrió poniéndole la mano en el hombro—. Me alteré al recordar aquella vez que me paró delante de su casa y me amenazó sujetándome el manillar de la bicicleta, ¿te acuerdas?

—Sí... —Le correspondió con otra sonrisa.

—Aquello me dejó traumatizada, todavía sueño con esa escena —los dos se reían acaramelados—. No estuvo bien cómo le hablé el otro día, pero es agua pasada. Ahora soy una persona con un gran futuro por delante, me encanta mi trabajo y estoy en una multinacional donde se me valora. Estoy muy feliz —dijo, y le acarició el pelo.

Charlie finalizó su función con un gran estruendo de guitarra que todo el mundo ovacionó. Ethan miró hacia la barra y vio, por primera vez desde que se había sentado, a su abuela. Tenía el rostro serio, pendiente de él, y le hizo un gesto para irse.

—Me ha alegrado mucho verte, Silvia. Voy a estar unos días por aquí.

—Entonces volveremos a vernos —comentó entusiasmada.

Se intercambiaron los números de teléfono y después discutieron por quién invitaba.

—Abuela, cóbrame a mí... —dijo sacando su tarjeta de criptos.

Victoria agarró el plástico y se lo metió en el bolsillo malhumorada.

—Yo invito esta noche... Por las viejas amistades.

—¡Gracias, Victoria! —se apresuró a decir—. Discúlpeme por lo del otro día, no estuvo bien por mi parte. En realidad pretendía que se sintiera mal por... Bueno, ya le explica su nieto el motivo. Perdóneme. —Le echó un brazo por encima a Ethan ante la penetrante mirada de la abuela.

Después le estampó dos besos, un abrazo, un gesto cariñoso para que se llamaran y se fue.

Cuando llegó a la puerta de salida miró hacia atrás para volver a verlo y le sonrió.

Capítulo 8

1

Cuando Victoria se despertó al día siguiente, Ethan estaba tomando un café en el porche disfrutando del paisaje del amanecer que auguraba otro día soleado. Ella vertió el que había sobrado en su taza y evitó el azúcar, que le recordaba los asesinatos que cometió años atrás cuando mezcló aquellos polvos para matar con amables ofrecimientos de café edulcorado a los miembros de la mafia que frecuentaban su casa para chantajearla.

Pasó por el lado del chico y le acarició el cuello.

—Abuela, no me toques con esa mano, que me da grima.

—¿Por qué? Esta mano nos salvó a todos.

—Esos muñones ásperos no me gustan.

Ella observó su mano y la levantó como un trofeo.

—Pensaba que dormirías hasta tarde.

—El jetlag...

—Cuéntame qué has averiguado de la muerte del hostelero.

—¿Del hostelero?

—Sí, me dijiste que venías por eso...

—¡Ah, sí! —Vio como su abuela arrugaba la frente con los ojos bien abiertos—. Los resultados de la autopsia no revelaron gran cosa y se le atribuyó una muerte natural. Debió de ser un infarto o algo así...

Victoria dio un sorbo.

—¿Y nada más?

—Creo que no.

—Ten cuidado con esa chica —dijo sin importarle cambiar de tema—. No te vaya a embaucar.

—¿A mí? Por favor, abuela...

Observó cómo él sonreía, intentando aparentar indiferencia.

—Ethan, tú practicarás mucho el desapego, pero no has dado con una mujer manipuladora de verdad.

—La identificaría a la primera. —Le guiñó un ojo.

—No seas soberbio. Hay mujeres que consiguen todo lo que se proponen.

—Silvia no es así... Ayer hablamos y no quiere nada del pasado. Ya viste que se disculpó contigo.

—Esa disculpa no fue sincera.

Ethan acarició el asa de su taza y miró hacia el local de Charlie.

—No le vi maldad. Me dijo que estaba feliz con lo que había conseguido y que con ese

trabajo que tiene puede vivir bien.

—De esa empresa tampoco me fío.

—¿Por qué?

—Tuve una conversación con la viuda del hostelero y me dio a entender que ya habían hablado con su marido.

Ethan ya no le prestaba atención, tenía la mirada perdida hacia la montaña y su expresión era distante.

A Victoria le pareció que aún no era el momento de prohibirle verse con Silvia. Tal vez pudiera salir algo bueno de ahí.

—¡Ethan!

—Dime, abuela.

—¿Me ayudas con unos recados de la librería hoy?

—Claro.

2

Antes de la apertura de la librería, Victoria se acercó a La Despensa de Lily para aprovisionarse de cara al fin de semana. Ethan caminaba a su lado, despistado y cansado, sin percatarse de las miradas de los lugareños.

—Buenos días, Victoria —dijo Lily—. ¡Hola, muchachote!

Ethan saludó con una sonrisa. La conocía de las pocas visitas que había hecho a su abuela desde que se había instalado en la casa de Charlie.

—¡Qué sorpresa verte! ¿Qué es de tu vida?

—Mucho trabajo.

—Ah, ¿sí? ¿Por dónde andas?

—Ayúdame con el carrito, Ethan —interrumpió Victoria—. ¿Está tu marido para que me prepare unos filetes?

Ethan seguía las indicaciones de su abuela. En una estantería las especias, en otra la bebida. Asistió al corte de la carne fresca, eligió el pescado congelado y después guardaron su turno en caja detrás de una señora de mediana edad que interrogaba a Lily.

—¿Y qué? ¿Esa chica ya te ha hecho una oferta por el negocio?

—¿Una oferta? No creo que le interese un colmado como este.

—Ojalá le hicieran una oferta a mi marido.

—Mujer, no creo que les interese una tienda de bicicletas tampoco.

—El local es nuestro, eso vale dinero... Podrían montar un restaurante en él.

Victoria se cansó de la interesada e intervino.

—¿Y por qué no lo montaste tú en lugar de una tienda de bicicletas?

—Es la profesión de toda la vida de mi marido, ¿qué íbamos a hacer?

Ethan le dio un codazo a su abuela. Después, la otra se fue con sus bolsas enfadada y el marido de Lily se ofreció a llevárselas hasta el coche.

—Victoria, cómo eres... Espantas a mis clientes.

—En el fondo tiene razón. ¿Qué harás si te ofrecen comprar este bajo para montar un restaurante?

—No sé. Ya veremos qué van haciendo, igual le sacamos partido a no venderlo y seguir como estamos si esto se va a llenar de más turistas.

—Primero irán a por el hotel de la viuda —dijo el marido de Lily de regreso—. Si ella vende puede que caigan los demás. Creo que todo el mundo está esperando ese primer movimiento.

—No creo que Meg venda, cariño, no la veo en esa disposición.

Victoria e Ethan atendían a la conversación de marido y mujer.

—No lo tengo tan claro. Aquel Bentley del día anterior te digo yo que...

—¿Bentley? —preguntó Victoria sacando la tarjeta de criptos.

—Sí, es que mi marido declaró a la policía que la tarde anterior a la muerte le pareció ver un Bentley de cristales tintados en el pueblo...

—Me pareció ver, no. Lo recuerdo perfectamente, aquella gente ya me dio mala espina en ese momento.

Ahora Ethan afirmaba con la mirada enfocada.

—¿Y se lo habéis contado a Meg?

—Supongo que el sheriff ya la habrá puesto al tanto...

—¿Nuestro sheriff? —preguntó Victoria con los ojos muy abiertos—, pero si es un inútil.

—¿Ves? A Victoria tampoco le gusta, Lily. Me da que fue un asesinato.

—Bueno, fuera un asesinato o no, yo no le voy a decir nada a Meg... Bastante tiene con lo suyo. Con los ricos no nos debemos meter, nos compran mucho y dependemos de ellos, así que, carpetazo al asunto.

Victoria pagó la compra con su tarjeta y llevaron las bolsas al coche.

—¿Crees que alguien de esa empresa mató al hostelero porque no quería vender, abuela?

—De momento no creo nada —y le dio las llaves—. Lleva la compra a casa y si ves que Charlie no se levanta, despiértalo a media mañana, que luego no le da tiempo a nada.

—¿Puedo echar una cabezada?

—Sí, pero no te olvides de venir a buscarme.

3

Ethan pasó la tarde haciéndose el dormido. Con la excusa del jetlag descansaba en el dormitorio de invitados, aunque no era capaz de conciliar el sueño. No se sacaba de la cabeza la cautivadora sonrisa de Silvia.

Estirado en la cama, con los brazos entrelazados detrás de la nuca, analizaba los recuerdos de la noche anterior. Tal vez se hubiera operado los labios, eran más carnosos que cuando era una chiquilla.

Tal vez fuera el maquillaje.

Las caricias y sus dedos jugueteando con su pelo y aquella mirada entre melancolía y admiración.

No pudo resistirse más y le escribió un mensaje.

“¿Nos vemos esta noche en el club?”

Silvia no contestó.

Pasaron los minutos y no la veía en línea.
Cuando al fin la vio conectada, ella leyó el mensaje y salió.
Esperó su respuesta, pero nada ocurrió.
No quería parecer desesperado.

“Yo iré. Si quieres nos vemos allí”.

¿Si quieres? ¿Qué frase era esa? Parecía un necesitado.

«Si vas a estar nos tomamos una cerveza, si no ya nos veremos», pensaba en esa mejor propuesta.

«Tendría que haber demostrado más autoridad con esa frase. Ha sido infantil».

Y a medida que pasaron las siguientes horas, Ethan se impacientó más y salió de la cama, desconcertado. Su abuela leía una revista en el porche.

—Hoy Charlie necesitará ayuda, ¿no?

—¿Por?

—Podría ir, sería una buena manera de agradecerle su hospitalidad...

—Ya... ¿Has superado el jetlag?

—Sí, de sobra.

Se sentó a su lado, pero ella no levantó la vista.

—Entonces, ¿vamos a ir?

—¿Sabes algo de tu madre?

—¡Ah, sí! Tengo un mensaje suyo. Que está bien y eso...

—¿Qué es eso?

—Nada importante. —Miró al otro lado del lago, donde el sol daba en el local de Charlie en su caída hacia el anochecer.

Victoria dejó pasar unos minutos en silencio. Después observó a su nieto. Vio sus ojeras y su agotada mirada, y supo que no había pegado ojo. Llevaba sin descansar desde que llegara a Blue Valley.

—Me parece bien.

—¿El qué?

—Que quieras ayudar a Charlie. Esta noche estarás en la barra.

—¿La barra? Pero...

—No te preocupes, yo te enseñaré.

El local se iba llenando y Ethan notaba el cansancio en sus piernas. La gente no hacía más que pedir bebidas que no conocía y, mientras su abuela lo orientaba, aprovechaba para descansar el peso de su cuerpo apoyándose disimuladamente en alguna estantería.

Para colmo, un grupo de rock hacía un ruido ensordecedor que lo aturdí por completo.

En ese momento crítico vio llegar a Silvia. Se la imaginó con los brazos abiertos sonriéndole en cuanto lo viera para darle dos besos. Pero se mezcló entre la gente y la perdió de vista por el aluvión de peticiones que le hacían los clientes.

Ethan sacó el móvil y comprobó que no había leído el segundo mensaje que le había enviado por la tarde.

—¡Eh, chaval! ¡Un ron cola!

Minutos después vio a Silvia pedir a la camarera, al otro lado de la barra. Él agarró una botella de whisky y se dirigió hacia allí. En el trayecto vio como un treintañero que estaba a su

lado le decía algo al oído y ella le sonrió.

No solo le sonreía, sino que también le hablaba.

Al oído.

—¡Hola!

—¡Ah, hola, Ethan! —Se sorprendió.

Ahora llevaba su cazadora vaquera atada a la cintura y su blusa entreabierta revelaba el delicado contorno de su escote.

—¿Has visto mi mensaje? —le gritó para que el treintañero se enterara.

Ella sacó su móvil y abrió la aplicación.

—Ya estoy aquí... —y le dedicó una de sus encantadoras sonrisas.

Agarró su cerveza y se fue hacia el centro de la pista, sin decirles una palabra más a ninguno de los dos chicos, mezclándose entre el público que vibraba con el concierto.

El resto de la noche la pasó buscándola entre el gentío. En ocasiones le pareció que saltaba entre el público. En otras que hablaba con otros chicos. En otras, simplemente estaba pasándoselo bien a solas.

Victoria, que observaba a su nieto, consciente de las sensaciones que estaba viviendo, trataba de mantenerlo ocupado para que la perdiera de vista.

Después del concierto ella se acercó a la barra y lo buscó. Él se hizo el ocupado unos segundos y después se dirigió a ella.

—¡Hola! ¿Tú eres la inversora, verdad? —dijo uno justo cuando Ethan iba a hacerle una broma—. Tengo un negocio que podría interesarte comprar.

—Ya hablaremos... —le cortó ella y se apartó a un lado.

Era el turno de Ethan, que se acercó a ella con intención de resultarle interesante.

—Me voy.

Al chico se le vino el mundo encima.

—¿Tan pronto?

—Estoy cansada. Ya hablaremos.

Él no supo qué decir y Silvia le acarició la mejilla con sus delicados dedos y el toque suave de sus uñas pintadas. Se fue dedicándole una sonrisa que a él le pareció que escondía algo más que una amistad.

Era una sonrisa que rememoró al llegar a casa y en la que buscó un significado especial entre las sábanas.

Esa despedida había sido solo para él.

Para nadie más.

Y entonces, se quedó dormido.

Capítulo 9

1

Los fines de semana Victoria no abría su librería. La criticaban porque en la temporada alta esos eran los días en lo que precisamente más se la necesitaba. El pueblo funcionaba como un engranaje invisible. Existía un pacto ético entre todos los vecinos. Algo que nunca se había consensuado, pero que todos hacían de manera evidente.

Los negocios permanecían activos todos los días de la semana. No necesariamente con sus puertas abiertas, pero siempre dispuestos a colaborar ante una llamada. Así se ayudaban entre ellos y ayudaban a los forasteros, estableciendo una armonía latente que a los de fuera les parecía encantadora.

Pero Victoria cerraba y se alejaba del pueblo hacia la casa en lo alto de la colina. No había elegido aquel lugar para trabajar, sino para tener una calidad de vida que le permitiera disfrutar de alguna ocupación que le llenara y que, al mismo tiempo, fuera una tapadera para ocultar los millones de dólares que ella y su familia disfrutarían el resto de sus vidas.

Aquella mañana de luz radiante esperaba a que Ethan se levantara para decidir qué hacer el resto del día, aunque él necesitaba recuperarse del cansancio acumulado por los dos días sin dormir.

Charlie hablaba con ella en la cocina, desde la cual se accedía al porche con las vistas al lago y al valle.

—Déjalo un poco más. Pobre chico. Ayer trabajó duro en el local, con esa cara de cansado que tenía.

—¿Que trabajó duro?

—Bueno, al menos hacía acto de presencia y una cerveza sabe abrirla.

Se sonrieron y a Charlie le pareció que había recuperado la concordia con ella.

—Voy a bajar a por barniz, quiero retocar la barandilla de la terraza para la semana. ¿Necesitas comprar algo?

—Voy a encargar comida en el restaurante de Meg. Llévame allí mientras haces tus recados.

—La puedo encargar yo, si quieres, no hace falta que...

—No, tengo que hablar con ella.

—Pero... Ethan...

—Le dejaré una nota. ¡Vamos!

Cuando Victoria llegó al restaurante, se encontró con Meg a punto de entrar en la cocina. Al principio hizo como que no la veía, pero cuando Victoria levantó la mano se resignó y fue a atenderla.

—¿Puedo encargarte comida para este mediodía?

—Claro, ¿lo de siempre?

—Sí, pero para tres, y esa ración adicional que esté bien hecha, no al punto como la nuestra.

—¿Algo más?

—Sí, ¿puedes enseñarme la carta de postres?

Meg fue al interior del comedor y Victoria observó la estancia. No tenía nada diferente con respecto a cómo lo atendía su marido. Apostaría a que las cortinas no habían sido lavadas ese invierno y que los manteles que ahora desplegaban sus hijos sobre las mesas habían sido planchados por última vez hacía meses.

—Aquí tienes.

Y Victoria se hizo la sorprendida.

—Estaba mirando el restaurante. Es muy bonito, siempre me lo ha parecido y ahora resplandece de nuevo.

Meg le extendió la carta mirando de reojo a sus hijos, que discutían tirando cada uno por una esquina de un mantel a punto de resquebrajarse.

—No lo vendas nunca, Meg. Este lugar tiene mucho encanto. Sería una pena que esos inversores acaben apoderándose del pueblo.

—Sinceramente... cada día me importa menos.

—No digas eso... Solo por tus hijos ya merece la pena seguir luchando por esto.

—Mis hijos son suficientemente mayores. —Se emocionó.

—Es el momento de que tomen el relevo... Tal vez tú podrías supervisar solamente. Es una pena, esos inversores... Tengo el presentimiento de que están tramando algo malo. ¿Has visto a esa chica? Está hospedada en tu hotel...

—Silvia no da ningún problema. Es poco exigente y agradable.

—A veces esas son las peores...

Victoria cogió la carta y pasó algunas hojas distraída.

—¿Ya te han hecho una oferta?

—No.

—Tal vez se la hicieran a tu marido.

Los ojos de Meg se tornaron vidriosos.

—Haremos lo que ellos nos digan, ¿vale? —dijo con la voz quebrada.

—No entiendo...

—Esa venta ya no depende de mí...

—¿Quieres decir que el trato ya está cerrado?

Ella bajó la mirada, emocionándose. Una lágrima se deslizó por su mejilla y cayó al suelo.

—Entonces... ¿das por buena la muerte de tu esposo?

—No puedo hacer otra cosa...

—¿En serio?

Meg levantó el rostro y asintió con los ojos enrojecidos y los labios temblorosos.

Victoria le entregó la carta.

—Dos mousses de chocolate y un flan de queso. Vendré a las dos. —Le hizo una cariñosa caricia en el brazo.

Salió del restaurante y caminó por el paseo de madera que bordeaba el lago durante varios minutos. No se trataba de un puñado de analistas especializados en rentabilizar negocios. Eran capaces de matar por sacar adelante su proyecto. Y para Victoria, la posibilidad de que ellos hubieran asesinado al mayor hostelero del condado cobró toda la fuerza.

Aquellos inversores eran poderosos y sin escrúpulos.

Y Silvia estaba de parte de ellos.

2

Victoria buscaba un momento para estar a solas con su nieto, pero Ethan se había levantado justo para sentarse a comer y la claridad del radiante día le molestaba en los ojos.

—¿Qué vas a hacer por la tarde? —preguntó Charlie.

—Tenemos varias cosas que atender —dijo Victoria.

—¿Qué cosas, abuela?

—Tenemos que hablar...

Ethan se temía alguna enrevesada reprimenda relacionada con Silvia.

—Entonces nada, era por si podías ayudarme...

—Mi nieto no es tu empleado, Charlie. Para eso tienes gente contratada.

—No se lo puedo pedir a Wendy, no es su función.

Victoria levantó el mentón apretando los labios.

—Necesito que alguien me ayude con unas barricas, quiero sacarlas y lavarlas por dentro para cuando me traigan el vino.

—Por mí no hay problema, después ya nos quedamos para la noche, ¿no?

—Si quieres sí, pero no pretendo ocuparte toda la tarde, solo será una hora.

—El niño no se va...

—Abuela, de niño nada. Le ayudaré y después vengo y hablamos.

Victoria se quedó callada y los dos hombres de la casa entendieron eso como una aceptación. Después se brindaron a recoger la mesa y traer el postre, pero la armonía ya había dado medio giro.

—¿Qué concierto habrá hoy, Charlie? —preguntó el chico mientras iban juntos a por los cafés.

—Hoy toco yo, chaval... Los sábados son para mí.

—¿En serio? ¿Vas a estropear una noche tan hermosa?

—Que sepas que me han propuesto grabar un disco, listillo.

Los dos hacían buen equipo. En otras circunstancias Victoria habría puesto todo su empeño en convencer a Ethan para que se quedara en el pueblo y hacer una vida honrada y tranquila, pero en el fondo sabía que la euforia que ahora mostraba su nieto se debía a los encantos de aquella chiquilla del pasado, de aquella mujer de ahora.

«Maldita Silvia. No tendríamos que haberle dado nada. Hoy sería una pobre inofensiva».

Tras una larga sobremesa de risas, donde Charlie desplegó su arsenal de anécdotas musicales, se fueron juntos a trabajar al local.

—¿A qué hora me lo traes? —gritó Victoria cuando ya entraban en el coche.

—¡En un par de horas!

—¿No era una hora?

—Más o menos...

Pero la tarde pasó y ninguno de los dos respondió a sus llamadas. Ambos faenaban entretenidos y se tomaban alguna cerveza para descansar sin prestar demasiada atención a sus teléfonos.

—Verás la bronca que nos cae. ¿No será mejor que te lleve a casa?

—Déjala, se le pasará. En el fondo es inofensiva...

—¿Inofensiva? —dijo carcajeándose sobre el taburete de la barra—. Será contigo...

—Soy su ojito derecho.

—Eso es verdad, tiene un cariño especial por ti.

Sonreían y brindaban dejando que el silencio del local que había soportado tantos decibelios tanto tiempo también tuviera su protagonismo.

—¿Tomamos otra en la terraza?

—¿Estás loco? Tu abuela estará con los prismáticos observándonos desde casa.

—¿Tú crees?

—Todo lo que vea será utilizado en tu contra —y volvió a reír retorciéndose sobre el asiento—. Pero tomaremos algo mejor. Ven conmigo...

Entraron en el almacén y Charlie apartó una caja de cerveza. Después empujó uno de los azulejos hacia dentro, dejando a la vista un hueco secreto.

—No le digas a tu abuela que te he enseñado esto.

Dentro escondía un puñado de billetes y unas pequeñas llaves que utilizó para abrir un cofre que guardaba encima de los estantes más altos.

—Mira esta caja... ¿a que es una preciosidad?

Ethan observó el estuche de madera, tallado a mano con unos estandartes y la marca de una bebida alcohólica. En su interior guardaba tres botellas de bourbon que sacó con mucho cuidado.

—Es solo para ocasiones especiales...

—Charlie, pero no abras nada... Yo no entiendo de eso, sería un desperdicio.

—Calla, hombre. Yo te enseñaré...

Regresaron a la barra y Charlie preparó unos vasos anchos.

—El mejor bourbon de Kentucky, de lo mejor del país —susurraba mientras dejaba caer el líquido hacia el hielo, con sumo cuidado de no desperdiciar ni una gota—. Pruébalo.

Ethan dio un pequeño sorbo y, con el fuego que le produjo en la garganta, hizo una mueca graciosa.

—¿A que está bueno?

—Arde... y rasca.

—Eso es bueno... Da otro sorbo y mantenlo unos segundos en la boca antes de tragarlo, notarás un sabor a vainilla y caramelo.

Ethan dio otro sorbo y asintió sin haber percibido nada.

—¿Lo has notado?

—Creo que sí, y también sabe como a madera...

—Correcto, a roble concretamente. Muy bien, mi aprendiz de catador. —Dio un trago al suyo.

Se quedaron en silencio. Charlie saboreando las delicias del licor y Ethan en señal de respeto al haber compartido algo tan valioso con él.

—¿No has pensado en venir a vivir aquí?

—¿Aquí? ¿Con mi abuela? ¡Estás loco!

—No con nosotros. Tendrías tu propia casa.

—Aquí no hay acción, ¿qué haría con mi vida?

—Esto va a cambiar mucho cuando vengan los inversores, habrá trabajo. Yo podría ayudarte,

¿sabes que igual acabo tocando en un casino para ricos?

—¿En serio?

Ethan pasó el resto de la tarde escuchando las hipótesis de Charlie. Parecía que la vida ya iba camino de girar ciento ochenta grados. Su mente representaba el tipo de actuación que quería hacer ante su nuevo público. Alternaría sus nuevas canciones con otras tradicionales para que la gente pudiera tararearlas, todo ello respetando el country, que era un estilo esencial en su influencia musical.

Cuando Victoria llegó al local dispuesta a montar la bronca, ya habían abierto. Un grupo de senderistas ocupaban la terraza después de una excursión por la montaña y estaban sedientos.

Se arrepintió de no haber provocado un momento a solas con Ethan, por miedo a que Charlie se enterara de la conversación, y se quedó a ayudarlos para buscar una oportunidad y comentarle lo que había hablado con la viuda.

Poco después, el local se fue llenando despacio, como cada sábado.

3

Silvia aplaudía entusiasmada cada canción del repertorio de Charlie. Victoria veía su intención de hacerse notar y se daba cuenta de que lo estaba consiguiendo. Sobre el escenario, el músico sonreía a su mujer, entre canción y canción, formando un corazón con sus manos, intentando parecer ridículamente joven.

Ethan vigilaba tenso a Silvia. Estaba rodeada de lugareños que hacían lo posible por bailar cerca de ella. Su abuela se percató y deseó que se largara con alguno de aquellos al terminar el concierto. Sería bueno para todos.

El *show* finalizó y lo primero que hizo Silvia fue dirigirse a la barra y pedir otra cerveza a Ethan.

—¡Este local es genial! ¡Me lo paso muy bien en este pueblo!

—¡Yo también! —le gritó Ethan al oído entre la ovación que todavía se alargaba.

—¿Vienes conmigo a la terraza? Me muero de calor —dijo ella pletórica, con una mirada que a Ethan le pareció seductora, con sus labios irresistibles cubiertos de un brillo húmedo.

Él se llevó otra cerveza y se apartaron hacia la esquina más tranquila, apoyados contra la balaustrada encima del lago que reflejaba las luces del pueblo como un espejo.

—Pronto esto se llenará de turistas y las aguas no estarán tan tranquilas.

—¿Conoces este pueblo?

—De vez en cuando vengo para estar unos días con mi abuela...

—Eres igual de bueno que siempre.

—¿Soy o estoy? No he entendido lo que has dicho. Justo pasaba un avión y...

La chica sonrió por la ocurrencia y lo abrazó. Apoyó la cabeza en su hombro y él percibió su temblorosa respiración cerca del cuello.

En ese momento, Victoria irrumpió en la terraza haciéndose notar.

—¿Nadie va a tomarse una ronda más? Quiero veros consumir en esta terraza con más frecuencia. A ver, tú... ¿qué vas a tomar?

—La tenazas en su línea... —oyeron murmurar a un chico en una mesa cercana.

Ethan y Silvia se miraron.

—¿La tenazas? —susurró ella, sonriendo.

Y él asintió desternillándose.

Victoria los miraba de soslayo con recelo y, después de ver a su nieto cada vez más acaramelado, no pudo resistirse y se dirigió a ellos.

—¡Eh! ¡Ya está bien! La sesión de cine de hoy llega a su fin. Vete con tu película romántica a otra parte.

—¡Abuela!

—¿Qué pasa, Victoria? —dijo separándose de Ethan y encarándola—. Ya no soy una niña que va en bicicleta, ¿me oyes? Ya no me asustas...

—Ya está bien de caer bien a todo el mundo. ¡Quítate esa máscara, hipócrita!

Ethan se interpuso entre las dos y trató de llevarse a su abuela de allí.

—¡Ya está bien! Estás a punto de hacer un numerito aquí...

—Te está embaucando, Ethan. No lo ves, pero...

—Deja, Ethan... Será mejor que me vaya...

—¡No! Espera. —Trató de retenerla pensando que la noche aún podía seguir el curso que estaba llevando.

Victoria y Silvia se encararon.

—Esa multinacional está involucrada en la muerte del marido de Meg. —Silvia la miró incrédula—. No pongas cara de mosquita muerta. No me fío de ti.

—Abuela, ya está bien... —La apartó entre los clientes que miraban la escena enmudecidos.

—¡Tu empresa va a manchar de sangre el honor de este pueblo!

Cuando Charlie vio la escena que se estaba montando afuera, acudió para llevarse a Victoria, que ya salía rehusando que la tocaran.

—Lo siento, Silvia... —dijo Ethan.

Ella se abrazó a él, emocionada.

—Ha sido muy desagradable. —Se separó de él, mirando a su alrededor como los clientes seguían la escena de cerca—. No me merezco esto...

Y se separó de él. Ethan le agarró una mano, pero ella lo esquivó para salir de allí cuanto antes.

El chico se quedó quieto, mirando hacia todas partes, buscando una nueva perspectiva que lo ayudara a disipar la confusión que ahora nublaba su mente.

—¿La tenazas es tu abuela? —dijo uno—. ¡Te ha jodido la noche, chaval!

Salió corriendo dándose golpes contra la gente, pero cuando llegó al aparcamiento Silvia ya se había ido. Sacó el móvil y lo desbloqueó.

—Como la llames tendrás que buscarte otra casa para dormir y comer los próximos días.

Ethan se dio la vuelta y allí estaba ella, con su baja estatura y la cabeza bien erguida.

—Ya ves tú... Será por dinero.

—Tú verás.

Se miraron con frialdad unos instantes.

—¿Por qué eres así? No me extraña que mamá no te llame nunca.

—Para protegeros y para que espabiléis en la vida.

Ethan miró la pantalla encendida de su teléfono, estaba a un toque de llamar a Silvia.

—¿No te ha gustado la respuesta? Es lo que hay. Hoy he hablado con la viuda del hostelero muerto. Esos empresarios, los jefes de tu amiga, son los que lo han matado... Y vete tú a saber si ella no...

—¿Te lo ha dicho Meg?

—Me lo ha dado a entender. Y creo que ella también está amenazada. Es cuestión de tiempo que venda.

Ethan guardó el teléfono en su bolsillo.

—¿Sabes que la gente te llama tenazas?

—Me da igual.

—A mí no...

Se miraron unos instantes más y después Victoria se dio la vuelta y se fue.

—Te odio, tenazas —dijo para sí mismo.

Capítulo 10

1

Al día siguiente cada uno estaba en su mundo. Charlie evitaba cualquier contacto visual con Victoria y hacía alguna tarea de mantenimiento fuera de casa que lo alejara de ellos. Él había visto de refilón el espectáculo de anoche y se sentía avergonzado cuando los testigos le contaron el numerito de su querida.

Ethan no disimulaba su malestar. Se distraía en el porche echando un vistazo a las redes sociales y no se molestaba en mirar a su abuela cuando esta hacía acto de presencia sentándose cerca de él.

Victoria se manejaba en ese tenso ambiente con soltura. En su interior desbordaba orgullo al ver que los tenía bajo control, pero su intuición le advertía que algo podría estar tramándose a sus espaldas.

En un momento en el que Charlie entró en casa, ella aprovechó para abordarlo.

—¿A dónde vas con esa cazadora?

—Al club, cariño. Hoy no comeré con vosotros.

—¿Y eso?

—Tengo cosas que hacer y vosotros necesitáis vuestro espacio.

—No digas tonterías...

Charlie asentía y no quería discutir, se puso la prenda y salió disparado hacia el coche, sin despedirse.

Ethan levantó la cabeza extrañado cuando lo vio salir por el camino de grava que daba a la carretera que bajaba de la montaña.

—Hoy comeremos solos.

«Cobarde», pensó Ethan de Charlie.

—No tengo hambre, abuela.

—¿Y eso?

—Iré a dar un paseo al lago, déjame algo por ahí y a la vuelta...

—O sea, que tú también te largas. Hago estofado para nadie...

Ethan vio que la conversación se enfilaba hacia una retahíla de reproches en los que su abuela era una maestra. Optó por bajar del porche y dirigirse hacia el sendero que bajaba hacia el pueblo, también sin despedirse.

Lejos de afectarle, los dos desplantes la pusieron en alerta. Con sus prismáticos siguió la ruta por la que caminaba su nieto hasta que llegó al pueblo y se perdió entre los árboles del sendero que serpenteaba cerca del lago.

Poco después, Victoria conducía su Mini en esa dirección, a toda velocidad.

Cuando llegó al pueblo enfiló la carretera que subía hacia la montaña con la intención de

aparearse en el mirador. Allí bajaría por el sendero, con la sospecha de que su nieto pudiera estar con Silvia en algún lugar apartado.

Conducía con destreza, cogiendo cada curva a la velocidad exacta, manteniéndose en la trazada sin hacer chirriar las ruedas. A punto de llegar a la zona en la que la carretera se desviaba hacia el mirador, una sombra se atravesó delante y golpeó la defensa.

—Maldita sea.

Accionó el freno de mano y se bajó sin apagar el motor. Delante del morro, un perro, pastor ovejero australiano, la miraba tumbado respirando agitadamente.

—Pero... ¿de dónde has salido?

Buscó a su alrededor al propietario, pero no encontró a ninguna persona.

Se quedó mirándolo, sin saber si intentar socorrerlo o bien subirse al coche para esquivarlo y seguir con su plan.

Cuando iba a optar por la segunda idea, el perro dio un salto y se puso a cuatro patas, como si nada hubiera ocurrido. La miró y a ella le llamaron la atención sus ojos, cada uno de un color, y la expresión del animal, bien cuidado y limpio.

Observó a su alrededor, pero no había nadie.

En el momento en que se subía al coche, el perro se acercó y rozó su pierna emitiendo un dulce gemido que a ella le pareció adorable. Pero después notó una sensación de debilidad y una leve corriente eléctrica atravesando su cuerpo.

—¡Quita, perro! —y le dio un empujón con el pie.

Victoria arrancó y poco después estacionó el coche donde había planeado. Descendió por el sendero entre las ramas que la lluvia había arrastrado en el invierno.

Conocía aquella parte del bosque, Charlie le había enseñado los recovecos del camino paseando varios días consecutivos, cuando se conocieron. Allí mismo le había pedido que se fuera a vivir con él.

Se dirigió a la parte más llana, donde había unas mesas de madera que los turistas utilizaban para hacer algún picnic.

Y allí estaban.

Ethan y Silvia se besaban, y no por primera vez.

Se escondió tras unos árboles y los observó varios minutos desde la ladera.

Él bromeaba dulcemente con ella, que sonreía de manera traviesa, dando un pequeño empujón a Ethan, provocándole una carcajada. Él respondió tomando su mano, haciendo que ella girara en una danza improvisada.

Sus risas resonaban en el aire y sus miradas se encontraban, llenas de complicidad y ternura. Ella intentó liberarse juguetonamente, pero él la atrapó de nuevo, acercándola hacia sí.

Victoria se desanimó al verlos. Lo que había comenzado como una amenaza para el entorno en el que le gustaría pasar el resto de sus días, se había convertido en un problema personal de su familia.

Sabía que podía pelear por muchas cosas, pero no contra el amor. Y su nieto, que tanto alardeaba sobre el desapego como una parte importante para ser feliz en la vida, estaba experimentando por primera vez lo que nunca había sentido.

Y contra eso Victoria sabía que no podría batallar.

Cuando caminó la cuesta para irse, una rama se rompió bajo sus pies e hizo que se resbalara, a punto de perder el equilibrio. Su nieto no se percató, pero Silvia, que en ese momento tenía a la vista esa parte del bosque, vio el movimiento de una persona.

De regreso a casa, Victoria se encontró sola para comer un domingo, por primera vez desde que había llegado a Blue Valley, y no probó bocado. Pasó la tarde vigilando todo el paraje con los prismáticos, sin encontrar rastro de su nieto en ningún tramo del camino ni en algún claro en las montañas.

Nunca se había enfrentado a una situación así. Acostumbrada a que Ethan la siguiera en todas sus indicaciones, a mandar en él, siempre por su bien, y sentir esa admiración permanente por su parte, sin rechistar, esa nueva situación le hacía cuestionarse si habría sido buena idea incitarlo a ir al pueblo.

Tal vez su hija tenía razón en alguna discusión cuando le echaba en cara que siempre intentaba tenerlos bajo su dominio, impidiéndolos volar. A toda costa.

Ahora ya volaban, lo habían hecho por su cuenta, hartos de ella.

Aunque nadie, ninguno de los tres, olvidaba jamás que, si ahora podían hacerlo, era gracias a ella.

Después pensó que tal vez no hubiera calibrado bien el amor. Era posible que el chico se enfrentara a su primera aventura pasional y ella había subestimado ese sentimiento. No había previsto que él pudiera poner esa circunstancia por encima del interés de la familia.

Y si era así, estaba cometiendo un grave error. No se lo perdonaría jamás. Y tampoco a ella misma, cuando tenía en sus manos abandonar el pueblo y desaparecer.

Pero algo tiraba en su interior que no la dejaba irse. Igual había echado raíces en aquel lugar.

Pensaba en la propiedad de la librería, la cual tendría que vender y personarse para la firma en algún momento. No iba a dejar que toda esa inversión se pudriera con el tiempo por miedo a que Silvia la retuviera y la entregara a la policía.

Y también estaba Charlie, un hombre bueno cuyo afecto había arraigado en su interior.

Su teléfono sonó.

—Dime, Charlie.

—¿Qué tal, cariño? ¿Cómo va?

—Bien, ¿por ahí qué tal?

—Muy bien, esto está abarrotado. ¿Qué tal con el chico? ¿Habéis hablado?

—No.

—¿Y eso?

—Se fue a dar un paseo y aún no ha vuelto.

—¿Un paseo? ¿Sin comer?

—Si aparece por ahí avísame, para quedarme tranquila.

Charlie guardó silencio unos instantes.

—¿Quieres que hable con él?

—No, solo avísame.

—A veces si dos hombres hablan...

—No hace falta, gracias.

Y en los momentos en los que uno no vigila es cuando aparece la persona a quien estás buscando.

—¿Qué haces con esos prismáticos? —preguntó Ethan.
Ella cortó la llamada, sorprendida.
—Vigilándote... Me tenías preocupada.
—Controlas a la gente del valle con eso...
—No controlo a nadie.
Ethan la observó unos momentos.
—¿Quieres cenar algo? Tengo estofado del mediodía.
—No quiero cenar nada. Me voy a dormir, estoy cansado.
Y se fue dejándola con la palabra en la boca.
Algo que cabreaba a Victoria.

3

Después de pasar el día con Ethan, Silvia echaba de menos las luces y el sonido de la ciudad. Desde la fría habitación del hotel no veía más que el pobre resplandor de las farolas en las calles deshabitadas, próximas al lago. Al fondo, la oscuridad de las montañas y el ladrido del perro del vecino, comunicándose con otros en la lejanía.

Aquel ambiente la hacía sentirse fuera de lugar y, aunque sus planes transcurrieran por el sendero marcado, este todavía estaba muy desdibujado. Necesitaba el calor de la gran urbe, sentirse parte de aquella empresa, ver las caras de las personas que confiaban en ella y también las de sus enemigos.

Quería un pequeño guiño, un reconocimiento por estar trabajando a aquellas horas de la noche de un domingo tan lejos de casa, una señal de que lo estaba haciendo bien.

Escribió un mensaje a su jefe y se arrepintió de hacerlo en cuanto lo envió.

“La compra del local está algo atascada. Lo tenía hecho, pero la pareja del propietario se ha entrometido en sus sentimientos”.

Blake tardó en leer el mensaje. Ella comprobó en línea como esas pequeñas uves se ponían de color azul, aunque él no contestó.

«No tendría que haberlo hecho. Una ejecutiva de verdad resuelve los problemas, no se los tira encima a su jefe».

Hasta que él llamó.

—No era necesario que me llamara, solo quería informarle.

—Esas cosas se hacen los lunes a primera hora, Silvia. ¿Qué coño quieres que te diga hoy? ¿Hay algo que pueda hacer por ti ahora que no pueda solucionarse mañana?

Al escuchar estas palabras, a Silvia se le cerró la garganta mientras intentaba responder. Había una voz de una mujer de fondo y la de un niño gritando a lo lejos. Aquel tono no era propio de su jefe y supuso que lo empleó para disculparse con su familia por interrumpir el tiempo dedicado a ellos.

Ese pensamiento la ayudó a salir del paso y le vino la imagen de la persona, ladera arriba después de espiarlos.

«Era Victoria, estoy segura».

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte hoy, Silvia? Espero que sí, porque si no...

—Sí, claro... No le habría molestado de no ser así. Tengo un plan, pero necesito de su consentimiento y de algunos recursos.

—Dispara de una vez... —dijo más calmado, alejándose del ruido del niño.

Capítulo 11

1

Al día siguiente, Victoria se fue de casa sin que Charlie ni Ethan se hubieran levantado. Quería tener un buen inicio de semana. Sin malos gestos, sin situaciones incómodas y que fueran ellos los que le dieran alguna señal a lo largo de la mañana.

Todo transcurría con la normalidad de un lunes. Desde que había llegado el buen tiempo, la gente del valle se había activado con una cordialidad que se iría desgastando hacia el final del verano.

A las diez y media, llegaron al club de lectura las señoras de siempre para chismorrear sobre las novedades del fin de semana.

Victoria veía a ese grupo como inofensivo. Sus historias le parecían inocentes. La mayoría de las veces la aburrían y acababa detestándolas a todas ellas.

Aquella mañana decidió no aguantarlas un segundo más. Desapareció de su círculo y se fue a la parte delantera a ordenar un pedido de libros que le había llegado hacía dos semanas. Se entretuvo unos minutos y apenas se percató de la ausencia de las señoras cuando se fueron.

—¡Adiós, Victoria! —dijo la última al salir.

Ella levantó la mirada y agradeció el silencio que habían dejado.

Respiró aliviada.

Poco después, la campanilla de la puerta de entrada sonó.

—¡Ahora voy! —gritó desde el otro extremo.

—No tengo prisa, señora.

Victoria tardó un par de minutos en atender al recién llegado, aunque se sorprendió al comprobar que eran dos hombres bien vestidos de mediana edad.

—¿Qué desean?

—Verá, estoy buscando un libro sobre la zona —dijo el de la cazadora de cuero dando un paso al frente—. Ya sabe, de esos que le enseñan a uno en una agencia de viajes.

El otro se mantenía impasible sujetando la puerta para que no se cerrara. Victoria observó que fuera había un tercero, esperándolos apoyado sobre el capó de un Bentley.

—Señora, ¿me ha escuchado?

—Perfectamente... Lo único que tengo es esta guía, que es la misma que venden en la oficina de turismo. Toda la recaudación irá para una asociación benéfica de un refugio de animales que tiene el pueblo.

El hombre pasó las hojas sin fijarse en nada.

—Creo que podrá valerme —comentó con su mejor sonrisa—. Y qué bonita iniciativa para el pueblo. Así debería funcionar el mundo, ¿no cree?

Los ojos de Victoria se estrecharon y su mandíbula se tensó.

—Me refiero... —continuó el hombre apoyando las manos en el cristal del mostrador— a que a la gente que aporta deberíamos reconocerle su labor y a la que estorba eliminarla de nuestro camino.

—Serían siete con noventa.

—Por supuesto, ¿admite efectivo?

—Cómo no...

El hombre abrió su cazadora y sacó una pistola que apoyó sobre el mostrador como si fuera un objeto cualquiera. Victoria fijó su mirada en el arma con la respiración entrecortada

—Creo que tengo uno pequeño... deme un momento.

Abrió su cartera y hurgó en busca del billete, saboreando los instantes de silencio aterrador.

—Aquí está... uno de diez.

Victoria abrió el cajón y le dio la vuelta. El hombre cogió su pistola y la guardó de nuevo.

—Muy amable, señora. No deberíamos volver a vernos, a menos que estorbe... Ya conoce mi opinión al respecto. Que pase un buen día.

Cuando se fueron, Victoria se asomó al ventanal del escaparate y observó como el Bentley se alejaba, con sus lunas traseras tintadas.

2

Aquella inesperada amenaza desconcertó a Victoria, que ya no quería visitas ni llamadas. El resto de la mañana puso el cartel de «Vuelvo en 10 minutos» que solía utilizar a menudo y se quedó dentro, desgarrándose mentalmente con cada pensamiento de rabia que la devoraba por no ganarles la partida.

Después fue calmando su cólera. No dejaban de ser unos extraños que podrían arruinar el plan de vida que había trazado para mucho tiempo, pero al fin y al cabo, no era para tanto. Ni ella ni los suyos estaban en peligro real, solo había sido una advertencia para que se apartara y no obstaculizara el camino a los inversores.

Pero la mente de Victoria era una montaña rusa de pensamientos y sentimientos.

No quería que Charlie vendiera el local. Los inversores se apoderarían del pueblo y lo transformarían en un lugar de vicio, juego compulsivo y drogas de primer nivel. Su hombre se había rendido muy pronto, casi sin consultarle, esa no era la clase de persona que le gustaba tener a su lado.

La aparición de Silvia había encendido todas sus alertas del pasado. Quería ganar, como lo había hecho años atrás, y no huir como una cobarde. Si no huyó entonces, ¿por qué ahora?

Deseaba escarmentar a Silvia y devolverla a su barrio de origen.

Pero la visita que había tenido esa mañana desbalanceaba la lucha. Tal vez fuera mejor una dolorosa derrota, siempre y cuando ella no insistiera en el reparto de las criptomonedas, y utilizar la venta como una ficha de negociación para dejar las cosas como estaban.

En el almuerzo todos evitaban hablar y el distanciamiento se acentuó más. Después de comer, Charlie se llevó a Ethan para que lo ayudara con alguna tarea pesada, pero cuando los observó con los prismáticos comprobó que su nieto tomó el sendero del lago y se perdió en medio de la arboleda.

Lo dejaría correr. Al fin y al cabo, era lo que los matones le habían insinuado esa mañana que

debía hacer para no volver a verlos.

Así pasó la tarde, sin concentrarse en nada y desmotivada para bajar al pueblo y abrir su negocio.

Por la noche fue al Hilltop. No había ambiente, pero a Charlie eso también le encantaba para relajarse y tocar e improvisar para los amigos. Oía sus conversaciones entre cervezas y hablaba entusiasmado de la posibilidad de grabar un disco.

Victoria se acordó de cuando lo conoció, porque iniciar una relación con él fue algo muy sencillo. Sus ojos azules y meterse en un papel simpático una temporada había sido suficiente para irse a vivir con él, con un buen hombre necesitado de cariño que buscaba una última oportunidad.

Verlo sonreír con sus amigos le hizo plantearse que tal vez ya no la necesitaba.

Su auténtica felicidad estaba en tocar cada noche y ver cumplidos sus sueños como músico. Era una persona maravillosamente simple. Un soñador, aunque ella a veces prefería llamarlo iluso.

Su nieto apareció orgulloso en compañía de Silvia. Ya era la nueva pareja de la que todos hablaban. Al principio fue incómodo para ellos, y Charlie, que todavía pensaba que su música interesaba a Victoria, tocó con la intención de acaparar su atención.

Ethan se metió por dentro de la barra y cogió en la nevera un par de cervezas sin dirigirle ni una palabra a su abuela. Regresó a la mesa en la que se sentaba con su novia, brindaron, hicieron palmas con las canciones y Silvia buscó en él besos cariñosos que Ethan distribuía sin importarle que lo vieran.

Victoria lo dio por imposible.

Al terminar el concierto y todo un recital de románticos gestos de Ethan hacia su chica, Silvia acaparó la atención de Charlie, invitándole a sentarse con ellos un rato. Victoria llevó unas copas a algunos vecinos que pedían otra ronda desde sus sitios y en su trayecto detectó como la chica alzaba sutilmente la voz para ser oída.

Aquella situación era desoladora para Victoria.

Casi humillante.

No haría cambiar de opinión a Charlie.

Era hora de apartarse.

Silvia la miró y le dedicó una sonrisa sarcástica.

Y entonces, un chasquido crujió en el interior de Victoria.

Un clic que accionó su estado de máxima alerta.

En ese momento Silvia no sabía que, en esa situación, Victoria se manejaría como una máquina de triturar imparable.

Era justo lo que necesitaba. Una mirada que la desafiara, estar acorralada y tener un solo camino para seguir adelante. Entendió que había una posibilidad para retomar esa trayectoria. Comprobar si Silvia pretendía salirse con la suya en favor de su empresa inversora o si también les exigiría la cuarta parte del botín robado años atrás.

Victoria entrecerró los ojos y le devolvió la sonrisa levantando la cerveza que sujetaba con sus dos dedos.

Con sus tenazas.

Capítulo 12

1

Al día siguiente Victoria ya tenía un plan decidido. No ofrecería impedimento en nada y dejaría que sus dos chicos se tropezaran solos. Era lo que todos querían y así evitaría enfrentamientos y riesgos innecesarios. Pero detrás de esa lógica escondía una estrategia más enrevesada.

Antes de que Ethan y Charlie se levantaran, bajó al pueblo para abrir puntual. En media hora esperaba al grupo de lectura de los martes. Esta vez sería ella la que promovería no leer.

—¿Y qué tal vuestros maridos? ¿Ya estáis decididos a vender?

—Depende de lo que ofrezcan, Victoria. No vamos a regalar nada, nuestro negocio vale mucho dinero —dijo una que parecía recién salida de la peluquería.

—Claro, claro, esa correduría es una mina y el local está muy bien ubicado.

—Nosotros, si nos hacen una oferta justa que nos jubile, lo venderemos —afirmó otra.

Victoria sonreía prestándoles toda su atención.

—¿Charlie va a vender?

—Está casi hecho, a falta de unos flecos.

—Pues si él vende, con ese local tan bien ubicado, algo grande montarán allí.

—Sí, un restaurante de lujo.

—¿De lujo? Eso nos degrada a los demás. —Victoria asintió—. A mí que me compren el negocio, no estoy yo para acometer más inversiones en mi cafetería porque ahora vengan ricachones al pueblo.

—Yo también venderé la librería. Aunque no recupere la inversión.

—¿Y eso?

—Me da igual. Recojo el dinerito y a esperar a la jubilación, como bien decís. Y después a disfrutar del pueblo. Será una maravilla pasear por el lago con esto lleno de forasteros todo el año.

Se quedaron calladas. Victoria continuó.

—¿Os imagináis? Se llenará de gente y habrá mucho ambiente por las noches. Será un poco molesto al principio... Adiós a la tranquilidad, pero nos acostumbraremos.

—Bueno, a ti no te molestarán porque al vivir en la ladera, con esas vistas...

—Exacto, a mí me da igual. Pero bueno, habrá que tener cuidado de que nuestros maridos no se vicien en el casino con tanta chica joven que vendrá a trabajar, por lo demás...

—¿Casino?

—Sí, hija —dijo otra—. A mi marido le contaron que habrá uno grande y otro flotante sobre el lago.

—Sí, ese será para la clase selecta. Solo se accederá en una embarcación privada con un

permiso especial —continuó Victoria.

—¿Cómo clase selecta? ¿Actores multimillonarios?

—Bueno, mujer... Habrá de todo, hasta mafiosos que vendrán a saciar sus vicios al valle del placer.

Y con eso las remató.

Dos de ellas se levantaron fingiendo acordarse de un recado importante y las otras se excusaron con que, al no haber quorum suficiente, no leerían ese día.

—Nos vemos el jueves, ¿vale, chicas? No me falléis. —Sonreía Victoria—. Al fin y al cabo, igual nos queda poco para disfrutar de estos momentos juntas.

Y se fueron para expandirse por el vecindario y difundir los rumores en cada rincón. En pocas horas el chisme se convirtió en noticia contrastada para algunos. Otros incluso aseguraron haber visto los planos del proyecto urbanístico que iban a realizar.

2

Mientras Victoria sembraba dudas en el pueblo, Ethan paseaba cogido de la mano de Silvia entre la arboleda del monte, alejándose del paseo que bordeaba el lago hacia las zonas más sombrías.

Ahora que caminaba a su lado y se fijaba en ella le parecía increíble que fuera aquella chiquilla de pelos alborotados, ojos alocados y dientes desplazados.

Todavía oía en su mente como se burlaban.

«¡Dromedario!».

«¿Os vais a reservar hasta la boda?».

El paso del tiempo no había borrado su espontaneidad, su entusiasmo ni su rapidez mental. En el instituto esa personalidad le daba un toque demente, pero ahora le parecía que fuera cosa de dioses.

Se sentía afortunado cuando la miraba, a punto de besarla. No solo era su atractivo físico, sino su evolución como persona desde una infancia complicada. Ahora era una triunfadora, íntegra, con las ideas muy claras, alguien difícil de encontrar.

¿Qué más quería su abuela? Ya se había disculpado. Solo había sido un encontronazo debido a un mal recuerdo. Silvia lo había pasado mal en la vida. Y la amputación de su dedo tampoco tuvo que ser fácil. Era normal ese resentimiento que tenía hacia ella.

Ahora comenzaba a brillar, por méritos propios, y estaba poniendo de su parte para dejar atrás el rencor, ofreciéndole todo su cariño.

Seguramente nunca se llevaría bien con Victoria. Pero podrían intentarlo. Solo era cuestión de tiempo, hasta que su abuela se diera cuenta de que era una chica con mucho potencial. Alguien a quien también le debían una parte de aquel botín. Al fin y al cabo, ella fue quien descubrió cómo abrir una cuenta siendo menor de edad y engañar al sistema de comprobaciones del mejor exchange del mundo.

Si ahora el destino había puesto en sus caminos un reencuentro casual, tal vez eso significara algo.

—¿Me dejarás cuando me vaya de aquí? —preguntó ella sacándolo de sus pensamientos.

—¿Te irías sin mí?

—¿Qué pregunta es esa? Necesito una persona romántica a mi lado que luche por mí, que venga a buscarme a donde sea y no me deje escapar... ¿eres tú?

—Claro... —Evitó el contacto visual.

Se besaron y reanudaron el paseo.

—Tal vez nuestro lugar esté aquí... —continuó ella.

—¿Aquí?

—¿No te parece un buen sitio?

—No está mal...

—Seguro que mi empresa puede reubicarme, con todo el complejo funcionando, mira... conmigo cerca de ti, este es un buen sitio para no malgastar tus criptomonedas.

—¿Mis criptomonedas?

Ella se detuvo y acarició su nuca.

—Claro, si sigues viajando por el mundo acabarás arruinándote con alguna viciosa que te embauque...

—¿Embaucarme a mí? Imposible.

—¿Imposible?

—Llevo más de un año viajando, no me he enamorado de nadie, y he tenido oportunidades...

—¿Has tenido muchas? —Metió la mano por debajo de la camiseta de Ethan, que notó el suave tacto de sus dedos.

—Unas cuantas —susurró paralizado.

—¿Y no has derrochado tu dinero con ellas? —Le besó la oreja.

—Jamás. Practico el desapego.

—¿El desapego? —Se desabrochó dos botones de la blusa.

—Ajá.

Cogió la mano de Ethan y la introdujo entre sus pechos para que los acariciara con suavidad. Un leve gemido escapó de los labios de Silvia.

—¿Y por qué no te pegas a mí?

—¿Más?

—Mucho más... —Lo besó sin dejarlo casi respirar.

—¿Aquí?

Ella se quitó el sujetador, levantó la camiseta de Ethan y pegó sus pechos a los de él.

—Aquí y ahora.

Charlie esperaba otra comida de ambiente tenso. Ethan había quedado con él en que no iría a comer y temía que Victoria se crispara todavía más.

—Dijo que comería con esa chica... —y esperó la explosión.

—Con Silvia, sí.

Charlie continuó poniendo los cubiertos en la mesa del porche, sin saber qué estaba pasando.

—Creo que no es una buena compañía para mi nieto, pero bueno, parece que se ha enamorado, ¿no?

—Bueno, no sé... Los he visto un par de veces acaramelados, pero nada como para tomarlo

en serio.

—Pues yo creo que él va en serio... —dijo perdiendo su mirada hacia el lago—. Pero ya es mayorcito.

Se sentaron para disfrutar del pescado al horno, una de las comidas favoritas de Charlie, aunque él estaba en tensión temiendo un cambio brusco en el temperamento de Victoria.

—¿Sabes qué me ha pasado hoy, cariño? —comentó ella, cambiando de tema.

Hacía días que no lo llamaba cariño.

Y temió que ese fuera el momento en el que lanzaría su ofensiva.

—No, ¿qué te ha pasado?

—Antes prométeme que no te vas a enfadar.

—¿Enfadar? ¿Por qué?

—Sé que para que te enfades tiene que ser algo muy grave, pero...

—¿Qué pasa?

Victoria se limpió la comisura de los labios y dio un sorbo a la copa de vino. Charlie aguardó con el tenedor y un pedazo de pescado a medio camino hacia su boca.

—Escuché hablar mal de ti a una mujer del grupo de lectura.

—¿Mal de mí? ¿Quién?

—Bueno, en realidad no era ella, solo estaba contando lo que le había dicho alguien... No llegué a escuchar quién.

—¿Y no le preguntaste?

—Justo estaban saliendo por la puerta, cuando reaccioné ya era tarde.

Charlie dejó el tenedor sobre el plato, esperando la explicación completa.

—A ver, pero no te enfades, ¿vale? Al fin y al cabo, es la opinión de otra persona.

—¿Qué dijo, Victoria?

—Que a ver si te compraban de una vez el local, que la gente estaba cansada de tus canciones de siempre... y que sus maridos a veces estaban allí por pena.

—¿Por pena?

Victoria asintió.

—¿Mis canciones de siempre? Pero si cambio el repertorio cada noche.

Ante el silencio de ella, insistió.

—¿A ti te parece que son las de siempre? Toco más de cien canciones diferentes.

—Cariño, con el paso del tiempo acabas repitiéndolas y la gente se cansa. —Extendió su mano de cinco dedos para acariciar la suya—. Yo no me canso de escucharte, pero ellos...

—¿Qué sabrán ellos de música? —elevando la voz.

—Son unos ignorantes, no te enfades. Los sacas de sus negocios que ni saben atender y son casi analfabetos.

Charlie resoplaba mirando hacia todas partes.

—¿Pero quién fue esa que lo dijo?

—Fue una señora rubia de pelo ondulado, no sé. Ya sabes que no conozco a toda la gente del pueblo.

—¿Sería la mujer del relojero?

—No, a esa la conozco.

—El próximo día pregúntale.

—No, no... No quiero líos... Además, ella solo comentaba lo que le habían dicho...

—¡Quiero saber quiénes son!

—Si llego a saber que te ibas a poner así, no te digo nada.

Victoria dio otro sorbo a su copa y sonrió. Después se levantó y acarició el pelo de su hombre.

—Come, anda... No hagas caso a las habladurías. No será la primera vez que pasa.

—Ah, ¿no? ¿Es que ya lo han hecho antes?

Ella hizo un gesto con su boca que lo afirmaba y después fue a por más pan. A él le gustaba mojarlo en la salsa de mantequilla y limón.

3

Victoria y Charlie limpiaban la cocina y antes de terminar ella cogió las llaves del coche y se echó el bolso al hombro.

—¿A dónde vas?

—A por algo para la cena.

—Pero si ya hemos comprado...

—Quiero hacer algo especial para Ethan, tengo que recuperar la admiración de ese chico como sea. —Le guiñó el ojo.

A Charlie le tranquilizaba verla de buen humor, era un alivio para él, pero ahora les daba vueltas a las habladurías que le había comentado Victoria. Pensaba en tocar esa noche alguna canción a la que pudiera adaptar la letra con alguna indirecta a sus detractores.

En La Despensa de Lily, que no cerraba al mediodía, apenas había clientes, tal y como Victoria deseaba para seguir infectando al pueblo de chismes. Deambulaba entre los pasillos buscando productos y comparando precios.

—¡Si me necesitáis estoy aquí! —gritó Lily al otro lado del local, en la puerta que daba acceso a su vivienda personal.

—¡Descuida! —respondió una señora al otro lado.

A Victoria aquella voz le resultó conocida. Rodeó la estantería y se encontró con la dueña de la zapatería de dos manzanas más abajo. Era una señora más baja que ella, de pelo corto peinado hacia atrás, de rostro airado con el ceño fruncido a todas horas.

—¡Hola! Aprovecho qué estás aquí para preguntarte cuándo empiezas las rebajas.

—¿Qué rebajas? ¿Las de después del verano?

—No, las de liquidación.

—¿Liquidación?

—Sí... Me dijeron que ibas a cerrar y supuse que liquidarías el stock.

La otra ladeó la cabeza y apretó los labios.

—¿Quién te dijo que iba a cerrar?

—¡Ay, perdona! Igual me he ido de la lengua.

—No voy a cerrar nada, ¿por qué iba a hacerlo?

—¿No has vendido ya? Me comentaron que...

—Venderé cuando me dé la gana.

—Habré entendido mal.

—Pero... ¿quién ha dicho semejante cosa?

Victoria se tomó unos segundos para improvisar.

—Esta mañana hablando con Meg, la viuda, me pareció oírla comentar que ella estaba decidida a vender y hablaban de otros negocios más, pero... ya te digo, que igual lo entendí mal porque aún no conozco bien a toda la gente del pueblo.

—¿Meg? Claro, pobre de ella como no venda...

El tono en el que lo dijo dio que desconfiar.

—¿Lo dices porque ya no tiene a su marido?

—Su marido fue el que la pagó, pero aquí estaremos todos obligados a vender.

—¿El que pagó el qué?

—Nada... Tú ve preparándote también.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Bueno, yo no quiero saber nada...

Se dio la vuelta y se fue.

Victoria casi nunca consentía que la dejaran con la palabra en la boca, pero esta vez decidió callarse y escuchar la conversación que se iba a producir en la caja.

—¿Has oído, Lily? Andan diciendo por ahí que voy a cerrar...

—¿Vas a cerrar?

—Por supuesto que no. ¿Sabes de alguien que vaya a vender seguro?

—Bueno, la gente está un poco asustada, ya sabes. —Victoria se acercó entre las estanterías sin ser vista—. No quieren enfrentarse a esos inversores.

—Yo tampoco, pero no voy a vender por cuatro duros.

—Esta mañana decían algunos clientes que si ofrecían un trato justo no se lo pensarían mucho.

—Ya, bueno, como todo. Tampoco quiero líos... No hay más que ver a Meg. Vete tú a saber cómo fue la muerte de su marido.

Lily metía los productos en las bolsas a toda velocidad.

—Si ella vende, desde luego que será por algo. Y detrás de ella irán otros, seguro.

—¿Y vosotros qué vais a hacer?

—Hablar las cosas, si fuera posible, si no... —comentó haciendo un ligero gesto con los hombros y dejando escapar un suspiro.

Victoria adquiriría otra dimensión de lo que estaba por llegar. Aquello no iba de poner cuatro grúas y construir un complejo turístico, sino que era algo más trascendente y, si quería seguir con su plan, tendría que actuar con mucha discreción.

4

Entre semana, las noches en el Hilltop solían tener un punto de buena audiencia, aunque después de las once todos se iban para sus casas y se vaciaba en pocos minutos.

Victoria esperaba la llegada de Silvia, que ofrecería su presencia como cebo de compra a Charlie una noche más. Con ella llegaría su nieto.

Esa noche Charlie atendía la barra sin dar demasiada conversación. Victoria lo conocía como si llevara toda la vida con él. Era un hombre sencillo, sabía que esos falsos rumores lo dañarían y no se sentía orgullosa de la mentira que le había dicho.

Permanecía atenta a la llegada de los clientes al local y sus alertas se dispararon cuando entró

el agente con sobrepeso que trabajaba en la oficina del sheriff.

—¿Y este por aquí?

—Ni idea —dijo Charlie—. A ver qué quiere, atiéndelo tú.

Victoria se anticipó a los pasos de la camarera mirándola de soslayo.

—¿Qué va a ser, agente?

—Una cerveza.

—¿Ha pasado algo?

—¿Es que no puedo tomarme algo de vez en cuando?

Victoria abrió la cerveza más fría que guardaba en el fondo de la nevera.

«A ver si te da un corte de digestión».

Pero él saboreó los primeros tragos largos que apagaron su sed, cerrando los ojos de puro deleite. El alivio y la satisfacción eran evidentes en su cara.

Victoria hizo un gesto tranquilizador a Charlie, que se fue de la barra y subió al escenario, indicándole a la camarera que bajara la música.

—¡Eh! ¡Vecinos de Blue Valley! Quedaos hasta las doce, hoy me voy a alejar del country... Al parecer mi música aburre a algunos... Así que, ¡tocaré rock! —Sacó la lengua y levantó las dos manos haciendo el clásico símbolo con sus dedos índice y meñique extendidos.

Aquel gesto pareció contrariar a los asistentes en la sala. Había sido algo impropio de Charlie, que siempre mostraba en el escenario una presencia serena y con aplomo, con movimientos precisos y elegantes que distaban del gesto rockero que acababa de realizar.

En ese momento, Silvia y Ethan entraron y tomaron asiento en una de las mesas más alejadas, en un rincón más tranquilo del local. Ella saludó efusivamente a Charlie, que se acercó a saludar.

—¿Unas cervecitas, chicos?

—Claro. ¿Tienes un momento para mí en privado?

Charlie hizo un gesto a la camarera para que sirviera la mesa y le indicó a Silvia que lo acompañara.

Victoria se percató y se contuvo para no salir detrás de ellos.

—¡Eh, señora! ¡Póngame otra cerveza! —gritó el agente.

—Antes págume la anterior.

—¿Pagar? ¡Claro! Soy una persona honrada, ¿con quién cree que está hablando?

—No me fío de usted... ni del sheriff para quien trabaja.

El hombre se movió hacia delante con esfuerzo, manteniendo el equilibrio sobre el taburete, para rascarse el bolsillo.

—Esta y la siguiente —dijo golpeando las monedas sobre la barra—. Para que vea que soy de fiar.

Victoria recogió el dinero y le sirvió otra, esta vez de las recién cargadas en la nevera. Cuando miró hacia el rincón, solo estaba Ethan pidiendo la bebida a la camarera.

Charlie y Silvia atravesaron el pasillo largo y estrecho de paredes desgastadas y llegaron a la antigua puerta maciza del despacho, que los aislaba del sonido de la música exterior.

—Disculpa otra vez el desorden, ya lo conoces por el otro día...

—No te preocupes.

El suelo de madera oscura crujía suavemente con cada paso, como anticipando una tensión acumulada durante días.

—Tenemos que firmar un contrato, Charlie. Los inversores quieren iniciar los trámites

cuanto antes y tienen ganas de conocerte.

—¿Cuánto antes? Pero... ¿ya no estaría aquí este verano?

—Es posible que sí puedas, depende de los demás vendedores.

—¿Los vecinos?

—Sí, compraremos más negocios y después del verano comenzarán las obras.

Charlie se apoltronó en el sillón de escay, que crujió con su peso.

—Sí, que vendan sus negociuchos... —murmuró para sí mismo.

—¿Cómo?

Afuera, Victoria servía dos cervezas en la mesa de Ethan y le acarició la mejilla con el muñón de su mano.

—¡Abuela! ¡Que sabes que me da grima!

Ella esbozó una sonrisa traviesa, que al chico le hizo gracia, y todas las tensiones de los últimos días desaparecieron como el humo en el viento.

En el despacho, Charlie se mantenía en silencio pensando para sí mismo.

—Tengo el documento digitalizado —dijo ella sacando el teléfono de su bolsillo—. Si quieres le echamos un vistazo rápido y...

—Hoy no...

—Vale, te lo paso igualmente, quedamos mañana y lo firmamos.

—No estoy para pensar en eso ahora. Tengo que dar un concierto diferente esta noche. Voy a demostrar otra faceta que llevo dentro.

—Bueno, seguro que los inversores querrán verte pronto en acción.

Charlie se levantó y sonrió por cortesía, invitándola con el brazo a salir juntos.

5

Victoria y Ethan se reían de manera distraída sobre el aspecto de algunos lugareños que estaban en el local, recuperando ese sarcasmo que al chico le gustaba de su abuela. Silvia se quedó quieta al verlos, pero ella le hizo un gesto amable para que se sentara y los dejó solos.

—¿Todo bien?

Ella asintió llevándose la botella a los labios.

Charlie subió al escenario y rasgó las cuerdas de la guitarra sin más acompañamiento.

—Hoy tocaré canciones rockeras de cuando era un chaval. A ver si las conocéis...

E interpretó un tema que no era de su estilo y menos del resto del público.

Al otro lado, Victoria lo observaba sorprendida y satisfecha al mismo tiempo.

El agente parecía que se divertía a un nivel superior al de los demás. Seguía de manera desacompasada el ritmo de la música dando palmaditas en su muslo e intentando no parecer desubicado en aquel lugar.

—Usted no viene mucho por aquí, agente. ¿A qué debemos su visita? —dijo Victoria poniendo otra cerveza, esta vez fría, sobre la barra—. Invita la casa.

El agente sonrió agradecido sin quitarle ojo a la botella helada, relamiéndose los labios.

—Nada en concreto, el sheriff me dijo que me fuera a tomar algo. Quería estar a solas por un asunto privado. Debo regresar a terminar unos papeles en cuanto me llame.

—Es raro que lo echen a uno de su puesto de trabajo de esa manera, ¿no cree? Más aún

cuando trabaja tantas horas.

El hombre la miró a los ojos y dio un trago.

—Usted vino a poner una denuncia contra la chica —e indicó con el mentón hacia la esquina donde estaba Silvia—. Pero no ha vuelto.

El sonido cada vez era más alto. Cada acorde sonaba titubeante, como olvidado en algún rincón de la memoria. Charlie estaba incómodo en el escenario, con el ceño fruncido y una postura rígida que delataba su falta de conexión con la música. Su voz no era precisa y sonaba muy forzada.

Victoria tuvo que inclinarse hacia el agente para hacerse oír.

—Me quedó claro que hacerlo no valdría de nada. ¿Tendría que haber insistido?

—Le recomiendo que no lo haga.

—Entonces lo haré...

El agente dio un trago muy largo y se bajó del taburete, aturdido.

—No lo haga, hay cosas oscuras detrás de esa mafia.

—¿Mafia? Yo solo quería denunciar a la chica...

—Gracias por la cerveza.

La levantó e hizo un pequeño gesto de asentimiento. Después bebió más de la mitad restante de un tirón y se fue.

Capítulo 13

1

Blake estaba acabando la reunión con dos inversores de medio pelo que decidió atender cuanto antes, posponiendo una conversación con Silvia, porque sabía que no se irían de allí sin hablar con él. Les debía cierto respeto por la confianza que le mostraron al no retirar su dinero de la empresa cuando tomó las riendas del negocio y este no iba bien, pero siempre lo aburrían con sus lamentos culpando a los demás cuando las rentabilidades estaban en rojo. Los medios de comunicación, las medidas del gobierno, las entidades financieras... Era una estrategia que les salía de manera innata para no descubrir sus cartas. Estaba acostumbrado a tratar con ese tipo de gente y sabía muy bien cómo despacharlos.

—Estoy de acuerdo en eso, señores. Son tiempos malos y las circunstancias no ayudan —dijo levantándose—. Hagan bien los números, es una apuesta cara, pero la rentabilidad puede ser millonaria.

Los otros se quedaron perplejos en sus asientos. ¿Los estaba echando? No habían terminado de quejarse. No habían expuesto todo su arsenal de lamentos para que su interlocutor les contara con privilegiados detalles los entresijos del negocio. Blake rodeó la mesa y abrió los brazos indicándoles que no tenía más tiempo para ellos.

—Dale un abrazo a tu mujer. ¿Os sigue tocando cuidar de vuestros nietos entre semana?

—Bueno, a ella sí, claro. Al trabajar mi hijo y mi nuera con nosotros... —dijo señalándolo al mismo tiempo que le estrechaba la mano.

—Pues ánimo. Y ya sabéis, tenéis que decidiros cuanto antes, no puedo guardaros la posición en esta inversión. Tengo muchos socios interesados.

—Le diremos algo pronto —aseguró el joven, extendiendo nervioso su mano blanda.

Blake se quedó solo. Necesitaba un par de minutos para borrar de su mente a esos dos papanatas. No los recibiría más. Si aportaban su dinero solo esperaba verlos en los listados de inversionistas que manejaría dentro de pocas semanas.

Se asomó al ventanal y contempló las vistas de Chicago. El lago Michigan, cuyo horizonte se perdía de vista como si fuera un océano, había perdido su hielo hacía unas semanas y algunos barcos hacían maniobras próximos al puerto.

El teléfono sonó con el tono de una llamada interna.

—El senador Holloway quiere hablar con usted.

—Pásamelo.

Blake se dejó caer en su cómodo asiento girando la silla hacia el ventanal.

—¡Dante! ¿Qué tal?

—Depende cómo se mire.

—¿Ha ocurrido algo?

—Me han llamado del partido central, Blake. Me quieren con ellos. Me ofrecen un dineral.

—Eso es bueno, ¿no?

—Si agilizáis ese proyecto, sí. De lo contrario, no sé si podría meter mano con lo de la recalificación.

—¿Pero no me habías dicho que ya estaba hecho?

—Está hecho si puedo justificarlo, Blake. Ya han pasado unos cuantos días y no me habéis dado ni un solo contrato de compra. Solo tengo un dossier y promesas en palabras... Y quiero mi dinero, amigo.

—Pero... ¿te vas ya?

—Todavía no. Pero no creo que tarde en llamarme el presidente del gobierno.

—Madre mía... ¿Y no podrías dejarlo medio hecho?

—¿Con Carolina aquí? Imposible.

—¿Quién es Carolina?

—La que me va a sustituir, Blake. Joven, con influencia y ecologista. Date por jodido.

Blake se levantó como impulsado por un muelle y dio vueltas en círculo delante del ventanal.

—¿Y no puedes renunciar al puesto? El dinero que vas a percibir solucionará tu vida.

—¿Estás de coña? Me voy para estar al lado del mismísimo presidente de la nación. No hay nada más que eso, Blake. O lo hago ahora o la Carolina esta me arrancará de mi sillón de Misuri en las siguientes elecciones.

—No sé, Dante. Veré qué puedo hacer.

—Haz algo ya, amigo. ¿No decías que eras un buen hombre de negocios?

—¿Estás cuestionando mi valía?

—¡Demuestra que lo eres!

—No tengo que demostrarte nada, Dante. ¿O acaso no te ha valido la garantía que te brindé cuando accediste a ese puesto de senador en Misuri?

—Venga, no me vengas con eso ahora. Un buen hombre de negocios lo es hasta el día de su muerte.

—¡No me jodas, Dante! ¿Lo quieres todo? ¿La pasta y el puesto junto al presidente? Algún precio tendrás que pagar...

—¡Agilízalo, Blake! Esto no es una de esas partidas que echábamos en los recreos del instituto.

Blake cortó la llamada furioso. No soportaba que nadie cuestionara su valía. No estaba en lo alto de aquel rascacielos por casualidad y estaba dolido porque un amigo de la infancia, que sabía por cada esfuerzo que había tenido que pasar, dudara de él.

Silvia no había pasado una buena noche. La negativa de Charlie le preocupaba, y no porque a él no le interesara el dinero que le ofrecían por la operación, sino porque percibió que se había alejado del deseo y la ambición de un proyecto con el que ella creía que lo había embaucado. El hombre al que le hacía más ilusión tocar cada noche en un local de ocio de lujo que el dinero que sanearía su propia economía se había enrocado la noche pasada, y eso la angustiaba.

Esperaba la llamada temprana de su jefe. Se había maquillado en exceso para aparentar que

seguía siendo la misma persona brillante de siempre y esperaba con su americana puesta y el portátil abierto a que la aplicación sonara para iniciar la videoconferencia.

Pero algo no iba bien, porque pasaban más de diez minutos de la hora acordada y no recibía ningún mensaje de anulación.

Pensó en llamar a la secretaria para asegurarse de que cita era correcta, pero eso la mostraría ansiosa.

«¿Ansiosa ante quién? ¿Ante una petarda que jamás pasará de ser una lameculos?», pensaba.

Ante el espejo del baño, se aseguró de que sus pestañas se mantuvieran largas y voluminosas, y retocó la densidad del rímel en sus ojos para conseguir el efecto de una mirada magnética.

La espera la angustiaba más y cogió una toallita para quitar el brillo que estaba adquiriendo su rostro con el paso de los minutos.

Ante el anormal retraso de la reunión. Marcó el teléfono directo de la secretaria.

—Hola, soy Silvia. Tengo una reunión marcada con el señor Blake que debería haber empezado hace veinte minutos. ¿Ha pasado algo?

—El señor Blake está reunido en estos momentos, le recordaré lo de esa reunión en cuanto se desocupe.

—Claro, pero... ¿ha pasado algo?

—Está reunido desde hace más de una hora, en cuanto quede libre le doy tu mensaje.

«¿Más de una hora?».

Eso significaba que desde las ocho de la mañana estaba con alguien, y nunca hacía eso. La primera hora la dedicaba a que la petarda de su secretaria le explicara la planificación del día y a reunirse con ella.

Poco después, llamaron a la puerta.

—Buenos días —dijo Meg—. Disculpa, no sabía si podía entrar a limpiar...

La aplicación del portátil sonó y cerró la puerta dejándola plantada.

—¡Silvia! ¿Cómo tienes las negociaciones?

—Hola, señor Blake. Precisamente quería hablarle del local de conciertos que está junto al lago.

—¿Tienes su firma?

—Todavía no...

Al otro lado, Blake se recostó en su asiento y Silvia vio como echaba la mano al poco pelo de su cabeza, peinándolo con cautela, como si fuera a romperse.

—Verá, ayer estuve con él para firmar el documento, pero algo debió de pasarle, porque no estaba dispuesto.

—A ver, Silvia... Con todos los días que llevas ahí... ¿Quieres decirme que no ha firmado todavía?

—Bueno, habíamos quedado en tantear también la compra del hotel que, junto con ese local, es el más complicado.

—O sea, que no firmaste ninguno —dijo incorporándose hacia la cámara.

—Son los más difíciles...

—Y no hablaste con nadie más, claro...

—No directamente... habíamos quedado en firmar primero estos dos y apoderarnos de las tierras después.

El señor Blake se acercó más.

—Mira, Silvia, acabo de estar con uno de los inversores y con el senador. Hay que hacer esto

más deprisa, ¿entiendes?

—Entiendo...

—A Holloway van a proponerlo muy pronto para trabajar con el partido en Washington y no sabemos si a partir de entonces quedará en la misma posición política para ayudarnos con la recalificación.

Silvia abrió los ojos y se quedó en silencio.

—Tenemos que convencer al pueblo de que nos venda los terrenos comunales y firmar más de veinte compras en ese valle para que Holloway pueda arreglar el papeleo. Ya no voy a encargarte ninguna gestión más.

—Señor Blake...

—¡Porque no eres capaz de firmar un solo contrato! —gritó señalando hacia ella a través del monitor.

—Señor Blake, yo...

—¡Se acabó tu tiempo! Y los gastos que estás ocasionando a la empresa por tu estancia ahí te los descontaremos de tu salario y, por supuesto, no volveré a enviarte a ninguno de mis hombres. ¡A ver si así espabilas!

—Lo haré, señor.

—Tienes dos días para cerrar el contrato de ese local o estás fuera. ¡Para siempre!

Blake cortó la comunicación cerrando su portátil de un manotazo.

Silvia palideció a pesar de su maquillaje. Ante el nerviosismo, sus manos comenzaron a temblar y su respiración se agitó. Sentía como si el suelo se desmoronara e intentaba procesar las palabras de su jefe.

Una sensación de vacío se apoderó de su pecho mientras todo por lo que había luchado para llegar lejos en la vida se tambaleaba.

Capítulo 14

1

Silvia recuperaba la calma en el baño con los ejercicios de respiración que había aprendido al final de su adolescencia, de una psicóloga en paro que se hizo amiga de su madre, poco después de que le amputaran el dedo. Después se lavó la cara con agua caliente, relajando los músculos faciales, percibiendo una sensación de confort que aliviaba la tensión acumulada.

El móvil vibró encima del escritorio y su corazón volvió a acelerarse. Se apresuró a verlo por si su jefe le enviaba alguna instrucción. Pero era un mensaje de Ethan. Lo arrojó encima de la cama sin leerlo y respiró profundamente mientras observaba a través de la ventana el Hilltop Sound, reflejado en las aguas del lago.

Tenía que conseguir la firma de Charlie de una vez por todas. Si lo hubiera intimidado más... O si lo hubiera avasallado, como hacía su jefe con algún socio al que quería exprimir en alguna inversión. Pero ella no era partidaria de esa estrategia, prefería persuadir y utilizar sus armas de mujer si era necesario.

El teléfono volvió a vibrar en varias ocasiones entre las sábanas, pero ya no le prestó atención. Su mente se enfocaba en la consecución del objetivo y no podía fallar. No volvería a casa, no aguantaría a su hermano mayor, ni siquiera a la pequeña con sus problemas escolares.

Solo quería triunfar en el mundo profesional, a toda costa.

Cerraría ese contrato.

Charlie tenía un carácter soñador, era fácil de persuadir. Lo había conseguido a la primera y después dejó que se enfriara sin darse cuenta. La aparición de Ethan la había distraído y eso la desvió de su objetivo en el momento justo en el que tenía que haber cerrado la operación.

Otra vez esa familia ponía trabas a su progreso, pero esta vez se llevaría la parte que le correspondía en aquella misión.

Guardó el móvil en su americana y salió de la habitación escaleras abajo.

—¡Hola! —la saludó Meg desde la recepción—. Disculpa la molestia de antes...

Silvia le hizo un gesto con el brazo para quitarle importancia.

—Perdona, quería comentarte algo, si tienes un momento.

—Dime —dijo acercándose al mostrador.

—Estuve pensando en lo que me dijiste el primer día.

—¿El qué?

—Lo de la venta.

—Sí.

—Tal vez podríamos hablarlo, siempre y cuando asegure el futuro de mis hijos...

—Bueno, ya hablaremos... Ahora mismo tengo otros asuntos más urgentes.

—Por supuesto, no quiero interrumpirte.

Silvia se fue sin despedirse y se metió en el coche apresurada. Desbloqueó el móvil, abrió el explorador y tecleó.

“Tienda de armas a 200 kms a la redonda”.

2

Ethan envió varios mensajes a Silvia, mostrando su preocupación, sin obtener respuesta. Por la tarde, mientras Victoria distribuía falsos rumores y habladurías inventadas, fue al hotel de Meg, pero ni ella ni sus hijos habían vuelto a verla desde la mañana.

—Abuela, tú no sabrás nada, ¿verdad?

—¿Yo?

Ethan entrecerró los ojos, analizando cada detalle.

—Seguro que aparece por el club... No te preocupes.

—¿Irás esta noche?

—Claro, iremos juntos.

A Victoria le gustaría contarle todo lo que sabía de Silvia con certeza. Sus amenazas, sus gestos y las advertencias del agente de policía, pero su instinto le decía que debía esperar.

Ethan podría ser útil para sacarle información en algún momento o podría utilizarlo para debilitarla. Eran hipótesis aún confusas, pero sabía que era una buena decisión.

—No pensarás que estoy colado por ella...

—No, claro, ¿por qué iba a pensarlo?

—Ya te dije que yo me desapego de las relaciones con facilidad.

—No lo dudo.

—Sí, y en cuanto una persona me deja medio de lado, se acabó.

—Claro, o estás o no estás.

—Exacto...

Victoria cogió las llaves del Mini.

—Vamos, anda... Así ayudamos a Charlie a cargar las neveras.

—¿Conduzco yo?

—Me harías un favor —y le tiró las llaves al aire.

A medida que pasaba el tiempo, Ethan se iba desganando. Miraba el móvil de vez en cuando por si tenía respuesta, pero en cuanto los clientes comenzaron a llegar al atardecer se puso a servir detrás de la barra, cansado de prestar atención a quien no le correspondía, y puso una selección animada de música pop.

Y antes de que se pusiera el sol, llegó Silvia. No era la hora a la que había llegado en los últimos días. Pasó por delante de Ethan, a quien apenas dedicó una mirada, y se sentó en la misma mesa del día anterior, la más apartada y la más cercana al despacho de Charlie.

El chico se acercó, pero la mirada de ella era distante y fría, como si hubiera construido un muro invisible entre ambos.

—¡Eh! Estaba preocupado por ti, ¿no has visto mis mensajes?

Se agachó para, al menos, recibir un beso y una explicación, pero Silvia no tenía palabras que dedicarle, solo una sensación incómoda que llenó el momento.

—¡Déjame en paz! —gritó mirándolo fuera de sí—. ¡Y tráeme una cerveza!

Ethan se incorporó. Victoria lo vigilaba y don Desapego dio ejemplo y se fue sin decirle nada más.

—Sirve una cerveza a la chica de la esquina, por favor —dijo a Wendy.

Y decidió quedarse tras la barra el resto de la noche, dándole a entender a Silvia que no sería su juguete para cuando a ella le viniera en gana. Aun así, Ethan no le quitaba ojo, aguardaba a que ella lo mirara en alguna ocasión y le rogara que se acercara para disculparse y fundirse en un abrazo, pero el tiempo pasaba y Silvia ni siquiera se había dado la vuelta.

—¿Dónde está Charlie? —preguntó a su abuela.

—En su despacho, afinando la guitarra.

—¿Va a hacer otra mierda de concierto como el de ayer?

—Incluso peor, dice que hoy tocará blues.

Ethan cerró los ojos y asintió.

Victoria fue a atender a un señor que se acercaba a la barra.

—¿Me pones un gin-tonic, por favor?

—Claro, ¿todo bien en casa?

—Todo bien.

—¿Sophia bien?

—Sí, ¿por?

—Nada... es que... —Miró hacia a su alrededor para asegurarse de que no la podían oír—.

Me dijeron que se oían los gritos en la calle...

—¿Qué gritos? ¿Estás de broma? ¿Quién te dijo eso?

—Bueno, todos los matrimonios tienen alguna disputa de vez en cuando —dándole la espalda hacia la otra esquina—. ¡Niña! ¡Pon un gin-tonic al señor!

La camarera suspiró ante las órdenes que recibía de uno y otro. En ese momento entró en el local uno de los habituales. Un hombre que rondaba los cuarenta, desaliñado, limpiándose las manos contra su pantalón con peto. Los que lo esperaban ya sentados en una mesa cerca del escenario vitorearon su nombre levantando un gran barullo. Silvia aprovechó ese momento para abrir la puerta y colarse en el pasillo que llevaba hacia el despacho de Charlie.

Oyó el sonido de las cuerdas al aire y caminó de puntillas. El músico estaba de espaldas a la puerta, afinando y punteando algunos acordes.

—Suenan bien —dijo ella.

Charlie dio un respingo en su asiento.

—¡Ah! Hola, Silvia. ¿Querías algo? Estoy un poco ocupado.

—No quiero molestarte. Solo decirte que me gustó tu concierto de ayer, pese a lo que digan.

—¿Lo que diga quién?

Silvia entró y le puso una mano en el hombro.

—Me gustó, y les hablé de tu versatilidad a mis jefes. Tienes tanto potencial...

—¿Tú crees? Hoy voy a mezclar canciones de rock clásico con blues... A ver qué tal.

—Me encanta el blues.

Charlie tocó el comienzo de «The Thrill is Gone» y a ella le sonó bien. Él sonreía y Silvia balanceaba su cabeza al ritmo de la música.

—¿Sabes cuál es?

—Claro... —mintió—. Escucha, Charlie, tengo que decirte algo, espero que no te parezca mal.

—Silvia, lo de vender es factible, pero necesito unos días más.

—No, no... no va de eso.

El músico apartó la guitarra y la puso sobre el atril.

—He grabado sin tu permiso algunas partes de tus conciertos. Algunos en video, otros en audio. —Miró al suelo cuando Charlie enarcó las cejas—. Solo para enseñárselo a los inversores, no con otro fin.

—Silvia, muchas veces me graban mis amigos, hay cientos de vídeos míos en Youtube... No pasa nada.

—Ah, vale. Creía que te enfadarías.

—No, tranquila.

Silvia se sentó delante de él, en el borde de la mesilla donde había colocado el afinador.

—Entonces te alegrará saber que están dispuestos a adelantar mucho dinero.

—¿Adelantar?

—Sí, quieren que formes parte del proyecto. Integraros a ti y a tu música en los futuros negocios. Quieren que toques en los casinos, salas de cine y restaurantes de lujo que están por hacer.

—Entonces... es verdad.

—Sí, Charlie. Es un adelanto para que puedas vivir tranquilo cinco años, mucho más de lo que te ofrecí al principio. En ese tiempo compondrás y publicarás dos discos que ellos van a costear y entonces estarás listo para tocar para gente top del país. Este valle y tu música se promocionarán cogidos de la mano y dentro de cinco años tendrás fans por todo el país.

—No sé qué decirte...

—Charlie, ven potencial en ti. Y eso que no te han visto en persona...

—Pero, todo esto... —dijo mirando a su alrededor.

—Será tuyo hasta el final, después lo mejoraremos y seguirás mandando aquí. Te sentirás más a gusto que en tu casa.

Se quedaron en silencio. Silvia vio el optimismo de Charlie en sus ojos.

—¿Qué haces aquí, Silvia? —preguntó Victoria apareciendo bajo el dintel de la puerta.

—¡Oh! No te preocupes, cariño. Ya se iba...

—Vámonos —ordenó Victoria—, un artista necesita tranquilidad antes de una actuación.

—Por supuesto —respondió Silvia—, será un gran concierto. —Se levantó—. ¿Sabes que hoy va a tocar blues? —Le sonrió a Victoria cuando pasó por su lado.

—Claro, pero esas cosas no se dicen. No vayas a estropear la sorpresa por una exclusividad.

Victoria cerró la puerta del despacho y caminaron por el pasillo. Cuando Silvia estaba a punto de salir al salón, le dijo en voz baja.

—Convéncelo para que venda y os dejaré en paz.

Capítulo 15

1

Los viernes eran los días de más afluencia en la librería. Algunas personas se pasaban para comprar alguna revista para sus locales de negocio y otras se paraban más tiempo del normal en el club de lectura, lugar de reuniones por excelencia de varios grupos de señoras.

—¿No sería Amanda quien dijo eso? Yo nunca vi nada raro en el bar de tu hijo...

—Las malas lenguas... Que a alguna le corroe la envidia.

—Igual fue la mujer del carnicero...

—Si es ella, ya podía estar bien callada, que cuando era una chiquilla la cogieron en el baño del instituto con droga.

—¿Con droga?

Victoria las escuchaba desde el mostrador, a la vez que atendía al de la gasolinera que venía a por la prensa habitual.

—A ver, señoras —dijo cuando estuvo libre—. No se hagan mala sangre, porque si no este lugar deja de tener encanto, y eso no gustará a los turistas con dinero.

—Ya, Victoria, pero... ¿cómo te sentirías si dijeran que en el local de Charlie se mueve droga?

—Me daría igual.

—Ya, pero a él no. Va en contra de su reputación, afectaría a sus beneficios.

Victoria invitó con un gesto a que se sentaran.

—O no, depende.

—No te entiendo, Victoria...

—Todos esos drogadictos que van al bar de tu hijo, después irían al de Charlie, consumición segura. —Les dedicó una de sus sonrisas sarcásticas.

—Cómo eres, Victoria... A veces es complicado seguirte.

—No le deis importancia —dijo sentándose—, total ya nos da igual.

—¿Por qué?

—Porque comprarán nuestros negocios, harán un macrocomplejo turístico y después la droga llegará de verdad. Ahí sí que habrá que tener cuidado con no caer en esa tentación diabólica.

Las mujeres se quedaron en silencio.

—¿A qué te refieres?

—A la vida fácil. Todos tendremos algo de dinero, pero al mismo tiempo muchos vicios tentadores en los que gastarlo.

—No me van a coger en ninguno de esos antros de perversión.

—No digas eso. Cualquiera puede caer en adicciones —dijo otra.

Y se hizo de nuevo el silencio.

- Mi marido y yo nos iremos de aquí en verano, de camping, como cuando éramos novios.
—Si van a venir con esas, yo no sé si venderé. Estamos muy bien así...
—Yo, con tal de llevarle la contraria a quien habló mal del bar de mi hijo, haría lo mismo.
—Si entra la droga, tendremos que resistir. ¡No venderemos!

Un escalofrío agradable recorrió el cuerpo de Victoria, la concordia de los vecinos se resquebrajaba y albergó la esperanza de que eso fuera bueno para un futuro cercano en el que tuvieran que consensuar la venta de las tierras comunales.

Su plan silencioso podría dar resultado con un desenlace sorpresa en el último momento.

Su teléfono emitió un campanazo desde debajo de la caja registradora, como aviso a la llegada de un mensaje. No solía recibirlos desde que se instaló en Blue Valley, por lo que sospechaba que era su hija, Casandra. Se levantó dejando a las mujeres discutiendo sobre cuál sería la mejor opción para salvaguardarse del vicio y la perversión.

Desbloqueó la pantalla y vio un mensaje del mismo número desconocido del que había recibido la primera amenaza.

“Voy a proponerte algo con lo que todos saldremos ganando. Nos vemos en el Last Stop a las 12:30. Silvia”.

- ¡Chicas! ¡Tengo que cerrar! —gritó dando palmas—. ¡Todo el mundo fuera de aquí!
Y buscó en su móvil el contacto de Ethan.

2

La campanilla de la puerta de entrada tintineó y Victoria se incorporó.

—¡Vaya! Qué pronto has llegado.

—¿Ha pasado algo? Tu llamada me dejó preocupado.

Victoria cerró con llave y lo llevó a la esquina más alejada del mostrador. Allí tenía un pequeño almacén al que, para acceder, tenían que agacharse ligeramente. Al otro lado, una sola bombilla daba una luz pobre sobre montones de libros apilados, proyectando sombras siniestras en el suelo de cemento y en las paredes de ladrillo.

—¿Qué ocurre?

—He recibido un mensaje de Silvia. Quiere pactar.

—¿Cómo pactar?

—Sí. Seguro que trama algo relacionado con las criptos.

—¿Por qué tiene tu número?

—Al parecer lo tiene desde hace tiempo. Ya me envió un sicario hace unos días.

—¿Un sicario? ¡Abuela, no me dijiste nada!

—Estabas entretenido intentando aparearte. Te necesitaba cerca de ella.

Victoria se acercó a la luz que colgaba del techo y cruzó los brazos esperando una opinión.

—Ayer estaba muy rara —dijo Ethan—, no me hizo caso, no era ella. Hace solo un par de días era la chica más...

—Quiere más criptos, Ethan. Ha dado con nosotros y no va a parar.

—Maldita nuestra suerte, abuela. Habría sido mejor viajar, como hicimos nosotros.

Victoria acariciaba su mentón con los dos únicos dedos de su mano.

—A vosotros os acabarán descubriendo como no tengáis cuidado con lo que hacéis. ¿Sabes algo de tu madre?

Ethan negó y a su mente regresaron las conversaciones del pasado, en el jardín trasero de la casa de Victoria. En aquellos días, su madre llevaba el peso de las instrucciones de la abuela y ahora ella descargaría las losas sobre él.

—Lo de las criptos es algo que está cerrado. No quiero volver a la angustia del pasado, abuela.

—Ese robo nos perseguirá siempre...

—Pues no quiero que sea con las mismas personas una y otra vez.

—La vida no va de lo que tú quieras o no quieras... Espero que ahora te des cuenta de que esa chica no vale la pena.

—Solo era un rollete...

—Ya...

—¿Por qué no nos vamos de aquí para siempre y listo?

—Me citó a las doce y media en un bar que está a las afueras.

Todavía quedaba más de una hora.

—Vayamos con mamá. Pasamos una temporada juntos y después ya veremos.

—Esa loca nos descubrirá a todos.

—Si lo hace, ya estaremos lejos.

—No vamos a ser unos prófugos el resto de nuestras vidas. Tendríamos que andar con identidades falsas por el mundo y yo tengo aquí un local, un negocio y algo parecido a una familia junto a Charlie. Vosotros deberíais hacer lo mismo.

—Ya, pero... ¿y si Silvia nos tiende una trampa?

—Según ella, me ofrece un pacto en el que todos salimos ganando. Debemos escucharla.

—¿Debemos?

—Iremos juntos.

Los ojos de Ethan se abrieron, reflejando una sombra de frustración.

3

Silvia había elegido un bar de poca afluencia. Era uno de los últimos negocios en dirección a comisaría y estaba regentado por un matrimonio sin hijos, próximos a la jubilación. La habían reconocido y trataban de ser agradables con ella.

—Tómate con el café este trocito de bizcocho, hija.

—No, gracias, no se moleste.

—No es molestia... Es costumbre de la casa, llevamos abiertos más de treinta años, ¿sabes? Nuestro éxito radica en un buen trato al cliente... Rentabilidad segura.

Silvia la miró fijamente y apretó las mandíbulas con un gesto serio. La señora dio un paso atrás y después se fue.

Pasaban cinco minutos de la hora fijada. Cogió el teléfono para escribirle un mensaje y se dio cuenta de que no debía aparentar urgencia. Tenía que manejar su negociación desde una posición dominante, las prisas tendrían que ser cosa de Victoria.

Activó la cámara en la pantalla y se vio en ella. No había nada que retocar en su maquillaje.

La puerta se abrió de golpe, accionando las campanillas que se agitaron con violencia. Victoria apareció y se dirigió directamente hacia el fondo del local donde ella estaba sentada. Detrás, Ethan caminaba con paso firme.

No contaba con que él también iría. Seguro que habían estudiado esa posibilidad para desconcertarla.

Se sentaron frente a ella, con la intención de bloquearle el paso hacia la salida.

—¿Por qué has venido con él?

—Si vamos a hablar de criptomonedas, él siempre estará al tanto.

—Entonces, ¿ese es el plan de futuro del que me hablabas el otro día, Ethan? ¿Estar debajo del ala de tu abuela?

—Al grano, Silvia —la interrumpió Victoria—. Los reproches no te van a ayudar conmigo aquí.

Se echó hacia atrás en su asiento mientras les clavaba la mirada y después respiró profundamente. Su tiempo se acababa, al día siguiente tendría que tener el contrato firmado o estaría fuera de la empresa.

Y no quería ese fracaso en su vida.

Victoria hizo un gesto al matrimonio para que trajeran dos cafés, pero estaban muy ocupados cuchiando entre ellos, especulando con que estaban allí para cerrar el trato de la venta de la librería.

—Victoria, te dije que si convencías a Charlie para vender, os dejaría en paz.

—Lo sé. Te escucho.

—Necesito un adelanto de dinero suficiente para que Charlie pueda sanear sus deudas y vivir despreocupado unos años.

—Podamos vivir...

Silvia enarcó las cejas y sacudió levemente la cabeza.

—No tengo la suma de dinero total, pero tú sí.

—¿Quieres que seamos nosotros mismos los que paguemos la venta del local? ¿Estás loca o qué te pasa?

—Victoria, escúchame... Los inversores no van a poner ese dinero por el momento, sí lo harán más adelante entregando a Charlie otra suma importante. Pero esta primera parte de la negociación corre a mi cargo. Si no la cierro ya, seré relegada y entonces vendrán ellos.

—¿Y qué pasa si vienen ellos? —intervino Ethan.

—No habrá contemplaciones —y le agarró la mano.

Victoria clavó los ojos en su nieto, que se separó de ella de inmediato.

—Eso nos da igual, Silvia. Sabes que no nos preocupa lo que hagan con este pueblo.

—Victoria, esos inversores no son empresarios comunes. Hay gente de altas esferas metida en este asunto.

—Lo que estás pretendiendo hacer es quedarte con el dinero que, según tú, habría resultado de un reparto más justo en el pasado.

—No, Victoria. No te equivoques. Lo que os estoy pidiendo son ciento cincuenta mil, y yo no los tengo. El reparto justo habrían sido seis millones, entonces sí los tendría.

Se quedaron en silencio. Desde la barra, habían bajado disimuladamente el volumen del televisor con la intención de escuchar.

—¡Dos cafés, por favor! —les gritó Victoria.

Esperaron a ser servidos y ese tiempo les sirvió para balancear la propuesta y el sentido de la conversación.

—¿Cómo piensas dar esas criptos a Charlie? Ya sabes que ese dinero no se puede convertir a dólares.

—Ya, Victoria. Sé que eres inteligente y habrás hecho lo que yo recomendé en su día a mis padres. Todos los dólares que has ganado en tu negocio estarán sin tocar en tu cuenta bancaria y pagas los gastos de tu día a día con la tarjeta anónima de criptos. ¿Me equivoco?

Ethan miró a su abuela, que se mantuvo en silencio.

—Sé que tienes dólares de sobra. Cosa que Ethan y su madre, no. No han vuelto a trabajar desde entonces.

Ahora era Victoria la que observó a Ethan, que desvió su mirada.

—Tómalo como un préstamo. El dinero lo tendrás invertido en ese futuro negocio. Te prometo que parte de los réditos serán tuyos en el futuro. Es más —dijo sacando su portátil de un bolso que tenía en el suelo—, me he permitido redactar un contrato con el que mi empresa se compromete a repartir dividendos o bien a devolverte tu dinero. Es la política que utilizamos con algunos inversores. Solo tienes que decirme la cantidad que quieres invertir y el plazo de devolución.

—Y nos dejarás tranquilos para siempre.

—Te doy mi palabra.

—Tu palabra no tiene valor, necesito algo más.

Victoria sabía lo que acababa de decir. No había nada que pudiera ofrecerle como garantía. Silvia se dio cuenta unos segundos después.

—Cuando esos inversores lleguen y me aparten, acabarán comprando el Hilltop Sound a un precio mucho menor.

—Sabes que me da igual.

—Yo le ofrecí a Charlie la grabación de dos discos y que pueda dar conciertos en los casinos.

—Y le mentiste.

Ethan guardaba silencio, incapaz de aportar nada.

—Si vienen ellos, comprarán por la fuerza si es necesario.

—No les tengo miedo, Silvia. No hay nada que me ate aquí.

—¿Ni siquiera Charlie?

—¿Qué quieres decir?

—Yo no garantizo su seguridad... Ya te harás una idea después de la visita que te hicieron nuestros hombres hace unos días.

—¿Me estás amenazando? Porque no te tengo miedo.

Silvia levantó la cabeza para asegurarse de que no estaban siendo oídos.

—Si no me das ese dinero os delataré al FBI. Sacaré a la luz lo del robo de las criptomonedas de hace unos años. Esta vez no os escaparéis, tengo contactos que os localizarían de inmediato. No cometeré el error de cuando era una chiquilla, no volveré a dejaros escapar.

—Tú también irías a la cárcel.

—No creo, lo que yo me llevé no fue nada comparado con lo vuestro.

—Nunca podrá descubrirse, es tu palabra contra la nuestra, ya salimos impunes en su momento.

—Os vigilarán hasta que cometáis un error. Seguro que Casandra ya habrá cometido muchos...

Ethan se quedó perplejo. Ya no reconocía a la mujer de dulces besos y suaves caricias. Ahora tenía ante él a la chiquilla que había conocido en el pasado.

—Te repito que no te tengo miedo —insistió inclinándose hacia ella.

Silvia cerró su portátil y lo guardó en el bolso. Después lo puso encima de la mesa de tal forma que ocultaba a los de la barra lo que ella hiciera con sus manos.

Entonces, sacó una pistola con silenciador y los apuntó sin ser vista desde ese ángulo muerto.

—O me dais el dinero, o habrá consecuencias antes de lo que pensáis.

Victoria miró el arma y después se fijó en la cara de estupefacción de su nieto.

—¡Largo de aquí! En veinticuatro horas quiero ciento cincuenta mil transferidos a esta cuenta. —Les extendió un pequeño papel al mismo tiempo que guardaba el arma.

Victoria le sostuvo la mirada unos instantes, pero Ethan, levantándose, tiró de su brazo con fuerza.

Se fueron sin dar un solo sorbo a sus cafés.

Capítulo 16

1

Charlie se empeñaba en amenizar la sobremesa abriendo un debate sobre la música que solo le interesaba a él. Se expresaba con el mismo entusiasmo que si estuviera hablando para sus fans del Hilltop.

—Intento recuperar la armonía entre vosotros dos —le dijo a Victoria en un momento en el que preparaban el café en la cocina—, pero no me llevas la conversación.

—La armonía ya está recuperada, cariño. No te esfuerces.

—¿Ah, sí? —preguntó mirando a Ethan a través de los cristales de la ventana que daba al porche.

La situación había sido incómoda para Charlie. El chico apenas había abierto la boca en toda la comida y Victoria tampoco le había tirado de la lengua.

—Quién lo diría. Sois una familia muy rara.

—No más que la tuya, ¿cuánto hace que no viene tu hermana a verte?

—Pero si no os soportáis...

—Una cosa no quita la otra.

Charlie pensó una respuesta para rebatirla, pero después prefirió no entrar en ese terreno.

—¿Una partida? —dijo cogiendo la baraja de naipes.

—¿No tienes trabajo en el local? Ya es fin de semana.

—Me da tiempo.

Pero no encontró consenso. Ethan prefirió irse a su cuarto y Victoria a saborear el café con alguna revista. Poco después, Charlie la besó con cierto disgusto y se fue apresurado haciendo patinar las ruedas de su furgón sobre la gravilla.

—Pensaba que no se iría jamás —dijo Ethan apareciendo del interior—. ¿Quieres otro café?

—No, bajemos al jardín. ¿Sabes algo de tu madre?

—Le envié un mensaje contándole que estaba aquí, pero en España ya es medianoche. Mañana contestará...

Bajaron las escaleras con parsimonia, preparándose para tramar un plan de manera concienzuda.

—¿Qué crees que le pasa a Silvia?

—No lo sé, abuela. Ayer estaba fuera de sí y hoy me recordó a la loquita que conocí en el instituto.

—¿No te ha contado nada estos días con lo que puedas atar algún cabo?

Ethan pensó su respuesta dando una patadita a una piedra entre la hierba, pero acabó negando.

—¿Crees que lo de matarnos va en serio?

—¿Matarnos? Solo nos ha enseñado una pistola —dijo levantando su mentón y apretando los labios.

—No sé. Su mirada era extraña. Me da miedo ese tipo de personas que cambian radicalmente de personalidad. Hace dos días era encantadora, al día siguiente ni contesta a mis mensajes y al siguiente me apunta con una pistola.

—No puede hacernos nada, al menos de momento. Quiere su parte de criptomonedas y nos necesita vivos para eso.

—Llegará un punto en que podría acorralarnos.

—Le tengo más miedo a tu madre. Escríbele para que no se le ocurra viajar hasta aquí. Es capaz de aparecer en el momento más inoportuno para complicar aún más las cosas.

Ethan la miró y estaba a punto de decirle algo, pero después asintió y tecleó.

—Vamos a pasear.

—No me apetece. Podemos hablar aquí.

—Andar es bueno para la salud y ayuda a pensar, ¡vamos!

Iniciaron sus pasos hacia el sendero que bordeaba el lago.

—Debemos llegar hasta el final, Ethan. Es la única solución para salir de esta.

—Yo sigo pensando que podríamos desaparecer de Blue Valley una buena temporada.

—Hijo, no tengo miedo a sus amenazas de muerte, pero sí la veo capaz de tener recursos para localizarnos en cualquier momento.

—¿Y a qué te refieres con llegar hasta el final?

—A desenmascarar toda la trama de esa inversión en este lugar, es la única manera de seguir con nuestras vidas. Que los detengan a todos.

Ethan cogió una piedra del camino, la arrojó al lago y oyeron el chapoteo en la tranquilidad de la tarde.

—Pero no sabemos nada de ellos, puede ser gente poderosa...

—Salimos adelante en una ocasión con una mafia mexicana que cortaba dedos, ¿te acuerdas?

—Levantó sus tenazas—. No nos van a intimidar así como así.

—¿Y por dónde empezamos?

—Por no ponerles trabas a su plan. No les molestaremos.

—Entonces, vas a transferir el dinero a Silvia...

—Lo que pide son migajas. Podría transferir una parte para ver su grado de compromiso con lo que dijo esta mañana...

—No sé, abuela. No soy capaz de pensar con claridad.

—Déjame a mí, me ocuparé de planearlo todo.

—Como siempre...

Y siguieron caminando en silencio.

Mientras Victoria y su nieto paseaban por el sendero que transcurría entre su casa y el lago, Silvia repasaba en el hotel los últimos correos de su jefe. Había dejado el arma sobre la cama y, con el portátil sobre la mesa, buscaba sin éxito algún signo de aprecio hacia ella.

Donde hacía unos días leía profesionalidad, ahora le parecía desdén.

Analizaba las maneras de despedirse por las que había optado el señor Blake en los últimos correos y los comparaba.

«Ha pasado de un saludo, a saludos... ¿Por qué el plural? ¿Es que ahora soy una becaria? ¿O ya me había tomado por inútil?».

Después estudió los inicios. Los buenos días dejaron de parecerle una fórmula cordial para saludar y pasaron a darle la impresión de que imponía cierta autoridad. Leyó cada párrafo, cada coma, y se fijó en el momento en el que se los había enviado.

«A esa hora no debía de haber tomado ningún café. Tal vez había pasado mala noche y necesitaba uno para despejarse, si no a cuento de qué no separó el texto en más párrafos...».

Dejó el portátil sobre la mesa y paseó por la habitación respirando de manera entrecortada y pesada.

«¿Cómo no percibí su descontento? Tendría que haberlo visto en esos correos. Tendría que haber cerrado el trato con Charlie, pero Ethan me distrajo...».

Sus manos temblaban sin control y su rostro se tensó tanto que pequeños espasmos sacudían los músculos, generando tics involuntarios.

Se sentó en la cama y, con su peso, la pistola se deslizó hacia la pierna. La agarró y acarició la empuñadura y el orificio del cargador, que estaba lleno de balas.

«Me distrajo... He fallado».

Apuntó el cañón hacia su cara y acercó un ojo al orificio de salida.

«He fallado a mis principios, los que me llevaron a triunfar como ejecutiva».

Ahora apretó la boca del arma contra su mejilla.

«Ya les gustaría a muchos conseguir lo que yo he logrado».

Y la deslizó arrastrando la crema iluminadora y los polvos del maquillaje hasta llegar a su boca.

«Ya no tengo criptomonedas, me dieron pocas... Y las invertí en mí para triunfar».

Puso el dedo en el gatillo e introdujo parte del cañón en la boca.

«Pero no he triunfado».

Una lágrima se desprendió dejando surcos en el maquillaje.

El dedo índice acarició el gatillo y este se deslizó unos milímetros.

«Blake me va a enviar a mi casa, por inútil».

La mira delantera de la pistola rozó el paladar.

«¡El dromedario se va a pegar un tiro!».

Pero una imagen del pasado relampagueó en su mente, destapando un hecho cierto.

«Pagué la deuda de mi padre».

Y sonrió por la claridad que iluminó sus pensamientos.

«Tengo derecho a mi parte».

Sacó la pistola de la boca.

«Y a mucho más».

Ahora sonreía, porque sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 17

1

Silvia aparcó bajo la sombra de los árboles en el arcén de la carretera para ver quién merodeaba. El sol estaba alto y bañaba con un reflejo dorado todo el paisaje. La chica del tiempo había pronosticado un fin de semana de calor y los lugareños trabajaban apresurados acondicionando sus negocios para atender a los visitantes que llegarían de pueblos cercanos. Con todos atareados, no había movimiento de vehículos por esa carretera, que solo tenía dirección montaña arriba, donde construirían los mejores hoteles y la zona residencial.

Era un buen momento para no ser vista en esa parte del pueblo.

Bajó del coche y caminó deprisa hacia la puerta de entrada del Hilltop. Se agachó para sortear la verja que estaba a mitad de recorrido y entró sin hacer ruido. La luz de la tarde penetraba desde el ventanal que daba a la terraza sobre el lago, dándole al local un aire de nostalgia pesada, como si la música y su eco aún resonaran en el polvo en suspensión que danzaba entre la luz.

El olor a licor derramado cada noche mezclado con algún desinfectante impregnaba el ambiente. La puerta de acceso a la zona privada estaba entreabierta. Charlie estaría en su despacho.

Se acercó con pasos silenciosos, con cuidado de no romper la calma que la rodeaba.

Se adentró en el pasillo. La puerta del despacho estaba entreabierta, dejando escapar el crujido del sillón de escay bajo los movimientos de Charlie.

—Hola...

—¿Silvia?

Le costó reconocerla, llevaba la melena atada en una descuidada cola y algunos mechones se escapaban y le caían alrededor del rostro. Los cabellos de la parte superior de su cabeza se alzaban en un revoltijo de ondulaciones.

Entró con decisión y puso un maletín encima del asiento de confidente.

—Te traigo el contrato. Debes firmarlo. —Abrió la cremallera y lo sacó.

—Sí, pero ya te dije que...

—He hablado con los inversores y han decidido mejorar la oferta. Más no puedo hacer por ti. Es ahora o nunca. —Dejó caer los papeles sobre la mesa—. Ciento cincuenta mil ahora y otros cien después del verano.

—Este negocio vale más...

Silvia apretó los labios en una mueca de desagrado.

—Por supuesto, por eso lo del disco... Perdón, los dos discos. Además, tendrás un contrato indefinido tocando los fines de semana en el casino flotante.

—Casino flotante...

—Sí, Charlie. —Apoyó su cuerpo poniendo las manos encima de la mesa—. Solo para los más ricos, gente con la que hay que tener mucha discreción, ¿sabes qué es eso?

Silvia lo miraba fijamente. Sus cejas estaban levantadas en un arco pronunciado y su mirada desorbitada le daba un aspecto demente.

—No sé... Debería consultarlo con mi abogado...

—Es la oportunidad de tu vida, Charlie. O firmas ahora o no volverás a tocar jamás.

—¿Cómo dices?

Silvia sacó la pistola con el silenciador del maletín y lo apuntó.

—Las manos sobre la mesa, Charlie. No quiero ver que coges algo diferente a un bolígrafo.

Charlie obedeció sin saber qué decirle y apoyó las manos sobre la oscura madera.

—No puedes obligarme...

Sus dedos expuestos detonaron una escena del pasado que cruzó por la cabeza de Silvia.

«Jamás me pondré un anillo de compromiso en el dedo amputado».

Con un movimiento rápido e inesperado puso la boca del arma a escasos centímetros de los dedos de Charlie.

Y disparó.

Capítulo 18

1

El estallido del disparo fue un susurro seco mezclado con el crujido de la madera. La mano de Charlie sangraba profusamente. Uno de sus dedos quedó balanceándose sujetado por la piel del mismo, dejando al descubierto el hueso astillado. El otro dedo, sobre la mesa.

—Mira, a ver cómo vas a tocar los riffs de guitarra ahora —dijo apuntándolo a la cara—. Aún te queda la otra mano para firmar.

Charlie notaba como la sangre le salía entre los dedos, empapándole los pantalones.

—Cuanto antes firmes, antes podrás llamar a una ambulancia.

El hombre sacó un bolígrafo del bote y firmó donde ella se lo indicó. Después se mareó, perdiendo algo de visión. Cuando estaba a punto de perder el conocimiento, ella ya había guardado el documento y cerraba el maletín.

—Ni una palabra de esto, ¿me oyes, Charlie? O vendremos a por ti.

«O vendremos a por ti».

Silvia se dirigió a una estantería de viejas baldas de madera y la empujó. Por su mal estado de conservación no le resultó difícil balancearla. El peso de los papeles hizo el resto del trabajo y el mueble entero cayó al suelo.

—¡Levántate y ven aquí! —gritó mientras le apuntaba.

Charlie se tambaleaba con punzadas agudas de dolor y a duras penas podía mantenerse en pie por la sensación de quemazón.

Ella lo agarró por un brazo y lo situó al lado del estante.

—¡Tumbate!

Charlie comenzó a llorar. Era un llanto que suplicaba perdón.

Ella insistía apuntándolo a la cabeza hasta que se dejó caer en el suelo.

—Estabas haciendo limpieza, quisiste apartar la estantería y se vino encima de ti, cayendo sobre tu mano, ¿me oyes, Charlie?

Él asentía mareado.

—¡Esa será tu versión! ¿Me oyes?

«O vendremos a por ti».

Capítulo 19

1

Un leve temblor en los dedos de Silvia mientras sujetaba el contrato firmado revelaba la emoción contenida. Observaba el papel en el interior de su coche con una sonrisa de satisfacción.

Su teléfono sonó y al ver quién era se le iluminó la cara.

—Hola, Victoria.

—Acabo de transferirte veinte mil. Si me das tu palabra de que nos dejarás tranquilos para siempre, mañana haré lo mismo con el resto.

—¿Ahora te fías de mí?

—Algo me dice que priorizas más ese proyecto que todas las criptomonedas del mundo. Y envíame ese documento firmado con respecto a la devolución del dinero.

Ella apartó los pelos de su eufórica cara. Sonreía mientras miraba hacia todas partes.

—¿Sabes, Victoria? Al final esto va de familias.

—¿Qué quieres decir?

—Que la mitad de esas criptomonedas deberían haber sido para vuestra familia y la otra mitad para la mía.

Al otro lado, Victoria guardó silencio.

—Quiero doce millones en criptos. No os dejaré en paz hasta conseguirlo.

—Ese no era el trato.

—¿Qué trato? No recuerdo, te haces mayor y confundes las cosas...

Al otro lado, Victoria escuchaba el eco de una leve sonrisa y esto la sacó de sus casillas:

—Te mataré, zorra.

Capítulo 20

1

El hospital central del condado estaba diseñado para atender a los pacientes de una gran extensión de kilómetros a la redonda, pero estos tenían la suerte de no ser demasiado numerosos en comparación con otras zonas del estado. La sala de espera de los quirófanos estaba vacía casi cualquier sábado o domingo por la noche y, salvo en contadas urgencias, no era necesario contar con personal en aquella parte del edificio.

Victoria y Ethan esperaban, a las puertas del quirófano, la salida del cirujano. Incapaces de mantenerse sentados realizaban paseos cortos por el pasillo e intercambiaban palabras cuando se encontraban en algún punto.

—No puedo creer que hiciera algo así.

—Y yo no puedo creer que te sorprenda.

—Tal vez tenga una explicación...

—Espera, que aún la defenderás.

—No es eso, abuela, es que...

Se separaron y continuaron con sus pensamientos. El teléfono de Victoria vibró entre sus manos.

—Dime, Wendy.

La camarera del Hilltop Sound parecía más conmovida que cuando encontró el cuerpo inconsciente de Charlie, al lado de un charco de sangre, una hora después de que le hubieran disparado.

—Sí, hija. Ya sé que fue duro...

Cuando lo vio se quedó inmóvil sin asimilar lo que podría haber pasado.

—Claro, claro... pensaste que estaba muerto. Lo raro es que estés ahora en tu casa y no en el tanatorio.

Fue incapaz de teclear el número de emergencias, ni el de la policía, ni ninguno. Simplemente, no sabía qué hacer.

—Claro mujer, cómo vas a abrir... Ni hoy ni en todo el fin de semana, no vaya a ser que hagas algo bueno por ayudar. Estarás en shock, pobrecita.

Después salió al aparcamiento y pidió auxilio con histeria a los primeros clientes que charlaban relajados esperando a que levantaran la verja.

—Sí, bonita... Ya te avisaremos cuando sepamos algo.

En ese momento el doctor abrió las puertas abatibles. Su rostro demostraba cierto cansancio, después de más de dos horas de intervención.

—Son ustedes los familiares de Charlie Davis, ¿verdad?

Se situaron frente a él, dispuestos a todo.

—Como ya sabíamos, el dedo anular amputado en el golpe ya estaba en muy mal estado para reimplantárselo. Pasó demasiado tiempo desde el accidente hasta que llegó a quirófano. Además, el corte no era limpio, los huesos estaban astillados y hemos tenido que... Para que me entiendan, realizar un corte más limpio, a la altura del metacarpiano.

Victoria escondió inconscientemente su mano, sabía de lo que estaba hablando.

—Lo mismo ha ocurrido con el dedo corazón. Ha sido imposible salvarlo y lo hemos amputado a la misma altura. La buena noticia es que, a pesar de lo aparatoso, la sangre perdida no ha sido tanta, la coagulación en Charlie funcionó a la perfección. —Les sonrió por primera vez—. Es un hombre sano, por eso se recuperará muy pronto.

El doctor hizo un amago de darse la vuelta, pero a Victoria le preocupaba otra cosa y antes de que pudiera irse le preguntó:

—¿Le ha comentado si ha sido un accidente o alguien pudo hacerle daño?

—Señora, en las condiciones en las que llegó, como comprenderá...

Ethan contuvo un suspiro.

—Mañana podrá preguntárselo usted misma. Hasta entonces, se recuperará en la unidad de cuidados intensivos.

—Tendrán que darme un informe de lesiones...

—No se preocupe, le daremos lo que necesite.

Y los dejó de nuevo a solas.

Ethan se echó la mano a la frente, desesperado.

—No volverá a tocar, abuela... ¡Le hemos jodido la vida!

2

Aquella zona del interior de Misuri se caracterizaba por las carreteras y autopistas que la atravesaban, plagadas de moteles de mala muerte. Silvia se hospedó en uno de ellos, a cuarenta y cinco kilómetros de Blue Valley. No quería ser un blanco fácil después de lo que había hecho y se registró con una identidad falsa, enseñando un carnet que un compañero de estudios había fabricado para ella pensando que así se ganaría algo más que su amistad.

En aquella vieja habitación de olor rancio a tabaco, Silvia observaba detenidamente la firma de Charlie. No era el garabato de un artista creativo, sino más bien las letras de su nombre de pila adornadas de unas líneas poco originales. En todo caso, era una firma auténtica, poco susceptible de falsificación, lo que le garantizaba la autenticidad de ese documento.

Se sentía bien.

Sonreía.

Su mente imaginaba la cara de furia de Victoria. Le había ganado esa partida. Y no tenía ningún remordimiento por haber mutilado los dedos de su hombre.

Cuántas veces se había quedado observando su maldito dedo amputado, la redondez del pequeño muñón y las burlas de sus compañeras de carrera.

Disparar a bocajarro a la mano de Charlie le había supuesto una liberación, un alivio, un auténtico placer.

Estaba deseando volver a ver a Victoria y restregarle el triunfo con la mirada. No solo eso, dirigirse a ella y exigirle otra vez su parte.

Quería todos esos millones.

Le pertenecían.

Era lo justo.

Exhausta de delirio, dejó caer los papeles al suelo y se tumbó en la cama. Allí se abrazó a la almohada y se recreó en la escena del disparo.

Una y otra vez.

Hasta que, satisfecha, se quedó dormida.

3

Victoria pasó la noche en vela. Ethan había intentado despreocuparla, pero ella no tenía ganas de hablar y sintió alivio cuando él se fue a la cama, agotado.

Solo quería pensar en silencio en el porche de su casa. También la consideraba suya. Podría comprársela a Charlie con un chasquido de dedos, sin promesas falsas ni engaños. Se había tapado con una manta y observó en silencio las pequeñas luces del pueblo y como algunas de ellas se fueron apagando con el paso de la madrugada.

Recordó a su marido, como cada noche. En esos momentos la abrazaría y le suplicaría calma. A veces odiaba esa actitud tan pasiva cuando él tenía el privilegio de tomarse la justicia por su mano. Pero, aun así, echaba de menos sus abrazos y estaba segura de que con él los problemas se habrían solucionado tarde o temprano.

O simplemente aparecerían resueltos.

Pasó la noche entre ensoñaciones y emociones extrañas que se proyectaban en su mente en una mezcla de trance y realidad.

El trinar de los pájaros al amanecer la devolvió al presente.

Preparó café y desayunó abundantemente. Le dejó una nota a Ethan y se fue al hospital.

Cuando llegó, se encontró con que estaban trasladando a Charlie a una habitación donde descansaría bajo observación médica. Antes de que la espera pudiera impacientarla, estaba frente a él.

Los ojos de su hombre estaban vidriosos y apagados, como si una sombra se hubiera instalado en su mirada. Observaba su mano una y otra vez y negaba, como si fuera un sueño. Ella lo besó en la mejilla y le acarició el pelo con delicadeza.

—Lo siento, cariño...

Charlie se derrumbó en un llanto incontrolable durante varios minutos mientras ella le secaba las lágrimas y besaba su cabeza.

La pena invadió a Victoria. No se debía impedir a nadie intentar alcanzar sus sueños. Aunque no fuera a conseguirlos, no merecía haber sido privado de la felicidad de disfrutar del camino.

—Esto que me ha pasado —balbuceó levantando la mano vendada— está relacionado con tus dedos amputados, ¿verdad?

Ella lo miró a los ojos y las lágrimas se escaparon de su control. Asintió y se abrazaron en un llanto acompasado que se fue calmando con el paso de más minutos.

—Charlie... —dijo en un sollozo—, ¿has firmado?

Él cerró los ojos e inhaló profundamente. Una mueca de arrepentimiento se dibujó en su cara enrojecida y volvió a llorar.

En ese momento Victoria decidió que tenía que acabar con Silvia.

Capítulo 21

1

La luz del sol caldeaba la habitación de Silvia. Se despertó lentamente, sin reconocer dónde se encontraba. Había pasado demasiados días sin descansar bien y su cuerpo necesitaba recuperarse. Levantó la cabeza y los rayos del sol le dieron en la cara, aturdiéndola más.

Dio un salto y salió de la cama, sin saber la hora. Reconoció el lugar por el olor y, al ver que llevaba puesta la misma ropa que el día anterior, recordó lo que había pasado.

Vio los papeles del contrato con la firma de Charlie esparcidos en el suelo. Sacó fotos a los documentos y se reprochó no haberlo hecho antes.

Ahora los tenía digitalizados. Nadie los robaría, no había vuelta atrás.

Después se los envió a Blake.

Sin más.

Un minuto después, el teléfono sonaba.

—¿Cómo está mi ejecutiva favorita?

—¡Muy bien, Blake! ¿Has visto? Por fin...

—Claro que lo he visto. Estoy orgulloso. Sabía que podía confiar en ti.

Silvia paseaba por la habitación, sonriendo y dando pequeños saltos.

—Nos vamos para allá, Silvia. Mañana tendremos una reunión con el pueblo. Llamaré a Dante para que lo coordine con el alcalde y el sheriff.

—Si me necesitas, puedo ayudar en más asuntos.

—Con que estés conmigo en cuanto llegue ahí ya me ayudarás mucho. Te quiero a mi lado, Silvia.

La chica se relamió los labios y la sonrisa se amplió hacia el resplandor del sol.

—Estaré a tu lado, Blake. Siempre...

Una leve vibración delató una sonrisa cálida de su jefe y Silvia percibió una mezcla de afecto y cercanía, casi como un abrazo invisible.

2

Victoria observaba la verja de entrada al Hilltop Sound. No había indicios de que estuviera forzada y la desbloqueó confiada. El aire estaba cargado, como si llevara cerrado una buena temporada.

Abrió el bolso y sacó la pistola.

Observó en silencio toda la estancia.

La tenue luz que llegaba a través de una hendidura de la rejilla de ventilación le daba un aspecto tétrico, como si fuera el anuncio al final de una etapa y el preludio de un futuro desesperanzador. Algunas mesas estaban movidas, seguramente por el aparatoso movimiento de la camilla de cuando los sanitarios sacaron a Charlie del local.

En el despacho vio la mancha de sangre seca al lado de la estantería volcada en el suelo. Los papeles que la contenían estaban esparcidos y la pobre luz artificial que alumbraba la estancia sin ventanas le daba un aspecto tétrico.

Rodeó la escena, como si se confirmara el crimen, y estudió la consistencia del mueble agarrándolo para levantarlo. La estructura parecía muy sólida a pesar de los años.

Pensó en ver la escena con los ojos de su pareja y se sentó en el sillón donde él trabajaba algunas horas haciendo cuadrar las cuentas. El disparo había dejado una prueba muy visible. Iluminó con la linterna del móvil las astillas y el agujero oscuro donde había estallado la bala en la madera.

Las evidencias eran claras. Sacó unas fotografías de toda la escena y salió apresurada.

3

Aparcó delante de la comisaría hacia mediodía. El coche del sheriff no estaba, por lo que intuyó que perdería el tiempo. Dentro no había nadie, y eso le produjo una sensación extraña, como cuando el pueblo desprendía cierto misterio en la temporada lluviosa y de frío, algo que nunca le acabó de encajar. No sabría explicarlo con exactitud, era como si todos sus habitantes entraran en un estado de hibernación en el que la tranquilidad fuera su mantra. Al principio esa tranquilidad la ponía nerviosa, después se acostumbró.

Cuando estaba a punto de irse, oyó como se abría un grifo y un momento después salió su agente favorito abrochándose la bragueta.

—Vaya, usted por aquí...

—Siento interrumpirle.

El agente hizo un esfuerzo pasando entre dos mesas. Su barriga dio contra una lámpara de mesa y a punto estuvo de tirarla. Después se situó delante de Victoria y puso sus dos manos, todavía mojadas, encima del mostrador, esperando a que ella iniciara la conversación.

—Vengo a denunciar.

—¿Otra vez?

—Supongo que estará al tanto de lo que le ha pasado a Charlie.

—¿Qué le ha pasado?

Victoria escrutó la expresión del agente y no vio ningún gesto de disimulo.

—Ayer perdió dos dedos de su mano izquierda.

—¿En serio? ¿Qué ha ocurrido?

—Eso es lo que quiero que averigüe. Ayer recibió la visita de Silvia, ya sabe...

El agente ladeó su cabeza mirándola con atención.

—Debería interrogarlo y que se lo explique él mejor, conmigo no quiere explayarse, está muy afectado, no volverá a tocar la guitarra, ¿sabe?

—Cuánto lo siento. Charlie me cae bien.

—Bien, entonces hablen con él —dijo mirando hacia el despacho del sheriff, comprobando

que la luz estaba apagada—. Y venga esta noche al club, le invitaré a unas cervezas y hablaremos.

El hombre pasó las manos húmedas por su frente sudorosa.

—Escuche, señora. Esa chica cae bien en el pueblo.

—¿Qué quiere decir? —levantando la voz.

—Solo digo que ella cae bien y usted cae mal... ¡Muy mal!

Victoria levantó el mentón sin dejar de mirarlo.

—Puedo redactar su denuncia, pero no irá a ninguna parte. Nadie irá a tomar huellas al lugar porque seguramente se trata de un accidente desafortunado, ¿me entiende?

La indignación de Victoria superaba cualquier razonamiento y se acercó a él.

—¿A usted no le carcome todo esto?

Él levantó los brazos invitándola a mirar a su alrededor. Aquella oficina apestaba. Algunos archivadores atestados de papeles no se abrían desde hacía años.

—Solo quiero tener una jubilación tranquila. Mi mujer tiene un pequeño quiosco de helados que abrimos en verano en un terrenito que le dejó su padre.

—Claro, un terrenito cerca del lago, ¿verdad? Valdrá unos buenos puñados de dólares.

El agente apretó los labios y en ese momento sonó el teléfono. La voz del sheriff estaba al otro lado dándole instrucciones rápidas y precisas. Después colgó.

—Escuche, señora, el alcalde acaba de convocar una gran reunión para mañana. Irá todo el pueblo y tenemos mucho trabajo que hacer...

Victoria se dio la vuelta y se fue sin despedirse.

4

Ethan estuvo todo el día a solas en casa. No había probado bocado y tampoco le apetecía comer. Trasteaba con el teléfono una y otra vez, releyendo las conversaciones con Silvia de los últimos días. No había encajado la traición de su amiga. ¿Por qué había iniciado una relación con él si su plan era otro? ¿Tal vez estaba enamorada y eso la cegó? Si era amor de verdad, ¿intentaría volver con él?

«A ver, don Desapego, te utilizó por si fuera necesario chantajearte para obtener las criptomonedas», pensó con la voz de su abuela metida en la cabeza.

Pero, ¿y si lo amaba de verdad?

«¿No ves que no hay nada que encaje en ese amor?».

Miró el reloj, ya era madrugada en España. Aun así quería escribir a su madre, ella aplacaría el dolor que sentía en el corazón.

“Hola, mamá. ¿Todo bien por ahí? Hace unos días que no sabemos nada de ti”.

Se sentó a contemplar el paisaje y observó el Hilltop Sound a lo lejos. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al recordar que el bueno de Charlie no volvería a tocar en su propia casa, y esto le sirvió para que en su mente afloraran pensamientos de aversión hacia Silvia.

Cogió las llaves del furgón de Charlie y se fue al pueblo a hacer la pequeña compra que le había encargado su abuela en un mensaje a última hora de la mañana.

Cuando llegó a la tienda de Lily había un corrillo de personas alrededor de la caja que le clavó la mirada cuando lo vio entrar, haciéndose el silencio.

Ethan saludó con timidez y, a medida que se alejaba entre los pasillos y se ocultaba entre las estanterías para hacer la compra, la conversación recuperaba su tono normal.

—Vienen mañana, me lo dijo Meg.

—Pero... ¿será verdad?

—¿No te he dicho que mi marido ha visto al alcalde y al sheriff diciendo que nos citarán a todos?

—Yo mientras no lo vea no me lo creo.

—A ver qué dicen, pero más vale vender...

—Bueno, depende de lo que paguen.

—¿Depende? Mira lo que le pasó a Charlie. Yo voy a vender por lo que me den.

Aunque Ethan remoloneó entre productos e hizo el tiempo suficiente para que la afluencia de personas se despejara, a medida que pasaban los minutos, llegaban más, empeorando la situación, y decidió pagar e irse cuanto antes.

Sin darle tiempo a poner ningún producto sobre la cinta, lo abordaron.

—Hijo, ¿cómo está Charlie?

—Bien... Pronto le darán el alta.

—¿Pero tiene la mano bien? Dicen por ahí que se la tuvieron que cortar. Estaba casi muerto cuando lo encontraron.

—No es para tanto, solo le amputaron un par de dedos.

Lily se apuraba en pasar los códigos por el lector para deshacer el corrillo cuanto antes.

—Pero... Charlie ya vendió, ¿no es así?

—No tengo ni idea, señora.

—Tuvo suerte de que no le pasara como al marido de Meg... —susurró otra, medio escondida entre la pandilla.

Ethan las miró a todas tratando de identificar quién lo había afirmado.

—¿Qué pasó con ese señor?

—Lo mataron por no querer vender...

—Bueno... ¡Ya está bien! —zanjó Lily—. Aquí no mataron a nadie, ese señor falleció por causas naturales...

—¡Porque tú lo digas!

—Es el resultado de una autopsia oficial... ¿Qué más queréis? —dijo Lily desafiándolas con la mirada. Después se dirigió a Ethan—. Dile a tu abuela que si puedo ayudarla en algo no dude en llamarme.

—Gracias.

Y cogió la bolsa con la compra y se fue abriéndose camino entre la gente que taponaba la salida.

—Pobre Charlie, obligado a vender y sin una mano.

—¿No has oído al chico? Solo fueron unos dedos...

Capítulo 22

1

Ethan y Victoria sujetaban una infusión cada uno, tapados con la misma manta. Una ligera brisa traía hasta ellos algunos sonidos del pueblo, y ante el cierre forzado del Hilltop Sound algunos jóvenes se habían reunido en el aparcamiento con botellas de alcohol dispuestos a hacer la fiesta por su cuenta.

—¿Quieres que vaya al hospital y pase la noche con Charlie?

—¿Tú? ¿Qué pintarías allí?

—No sé, abuela. Necesitará compañía y tú estás mayor.

Victoria lo miró asombrada y, pese a estar bajo la única luz de las estrellas, Ethan vio su gesto con claridad.

—No necesita compañía. Necesita hacerse duro. Y puede valerse por sí mismo.

—¿Crees que lo superará?

—Nunca se supera —dijo observando su mano de dos dedos.

Sorbieron la tisana despacio y Victoria le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio. Sospechaba que, como en el pasado, la estuvieran oyendo a través de micrófonos ocultos.

Después de unos minutos, bajaron las escaleras y se fueron al centro del jardín. Ethan no necesitaba la manta y rodeó con ella los hombros de su abuela.

—Vayámonos a Tailandia, abuela. O a España, con mamá.

—¿Otra vez con eso? Si desaparecemos, Silvia denunciará a las autoridades, ya la has oído.

—No le dará tiempo.

—Esa empresa suya es una multinacional. Tendrán contactos para emitir una orden de búsqueda que bloquee todas las salidas del país.

—¿Por qué no te quisiste ir como hicimos nosotros?

—Ya ves de lo que te ha servido...

—Porque he venido a verte.

—¿Y por qué lo has hecho?

Ethan miró hacia las estrellas.

—Porque echo de menos mi casa.

—Ahí tienes la respuesta a tu pregunta.

Victoria tenía la mirada perdida hacia el valle.

—El pueblo está asustado, abuela. Lo he visto esta tarde en La Despensa de Lily. Dicen que mataron al hostelero porque no quería vender y que Charlie pudo haber corrido la misma suerte.

—Me lo imagino.

—¿Qué va a pasar mañana?

—Les prometerán un proyecto de ensueño. Y todos cederán.

—¿Y nosotros qué haremos?

—Tenemos que acabar con Silvia. Es nuestra única vía para salir indemnes de nuevo.

—¿Crees que nos denunciará?

—Lo hará en todas las circunstancias en las que acabe con vida.

—¿Y qué tienes en mente?

Victoria lo miró a los ojos, abrió los brazos y ofreció el calor de su manta al chico. Ethan se acurrucó debajo y ella le besó el cabello.

El chico cerró los ojos y sus lágrimas resbalaron por las mejillas en silencio.

Capítulo 23

1

A primera hora del día siguiente varios coches y un Bentley de cristales tintados estacionaron delante del Hotel Hidden Valley. Meg había dispuesto una pequeña sala de reuniones para que los ejecutivos, junto a Silvia, pudieran tratar sus asuntos de manera privada.

La noticia ya estaba en boca de todos. El alcalde y el sheriff habían confirmado a algunos lugareños que la reunión tendría lugar en el local social del pueblo.

—Le prometo que esta tarde asistirán todos, señor Blake. Anunciaremos esta importante reunión con un megáfono durante toda la mañana.

—Muy bien, alcalde. Le doy la enhorabuena, va usted a gobernar el pueblo con más proyección turística de las últimas décadas. Turismo del bueno... —Blake le pasó el cortador de puros a su socio, que olisqueaba el tabaco—. Gente muy rica, ya sabe, nada de chusma que degrade el atractivo del valle.

—Será un lugar idílico, pero al alcance de pocos bolsillos, señor alcalde —puntualizó Silvia con una postura erguida.

Blake se llevó el puro a los labios y raspó una cerilla que produjo un chasquido seco seguido de una llama titilante. La acercó a la punta del puro, girándolo mientras aspiraba con suavidad. Una ligera brasa ardió al ritmo de sus inhalaciones y exhaló la primera nube de humo con una sonrisa.

—Senador Holloway, ante cualquier duda estamos a su disposición —dijo el sheriff.

Dante también saboreaba la primera calada del robusto tabaco que impregnaba sus sentidos.

—¿Usted no tiene ninguna? —Lo miró a los ojos.

—No... —contestó con una estúpida sonrisa—. Estamos a su disposición para...

—Pues debería. No sé si es consciente de que este lugar va a multiplicar sus habitantes por diez en menos de dos años. ¿No le preocupa la seguridad de sus vecinos?

—Por supuesto... —expresó adquiriendo la misma seriedad—. Diseñaremos un plan para que todo el mundo se sienta a gusto y seguro en este lugar.

—¿Y cómo piensan hacerlo usted y...?, ¿cuántos agentes hay en este pueblo?

—Bueno, somos dos. En verano llegan dos refuerzos más del condado.

Dante sonrió y miró a Blake, que le hizo un gesto para que siguiera.

—Necesitará una plantilla de treinta hombres. Quiero la máxima seguridad para mis colegas e invitados cuando vengamos aquí. ¿Será capaz de gestionarlo?

—Por supuesto, señor Holloway.

—Confío en usted, esa responsabilidad le irá en su nuevo sueldo —dijo señalándolo con la misma mano que sujetaba el puro—. Si necesitara algo más, confío en que me lo haga saber. —Le agradezco su confianza.

—Y en cuanto a usted, alcalde, espero que nos invite a comer en un lugar de categoría. ¿Hay algún lugar en el que podamos divertirnos esta noche? Tenemos que integrarnos con los vecinos. Hoy es un día de fiesta.

Y todos se relajaron con una conversación distendida sobre el futuro de Blue Valley.
Poco después, el sheriff conducía apresurado colina arriba hacia la casa de Charlie.

2

Victoria llevaba despierta desde antes del amanecer y tomaba su segunda taza de café. Ethan dormiría un par de horas más, y ella reflexionaba en el porche cuando el vehículo patrulla del sheriff aparcó en el arcén y levantó el cerrojo que abría la cancela de madera. Victoria oyó las pisadas por el camino de grava y se levantó alertada.

—Buenos días, señora.

Lo miró desde lo alto del porche, sin responderle.

—Necesitamos que el Hilltop esté abierto esta noche.

—¿Por qué me lo pregunta a mí? No soy la dueña.

—No se lo estoy preguntando.

—Hable con el propietario.

—Tengo entendido que está hospitalizado.

—Pues ya sabe dónde encontrarlo.

El sheriff acarició su cinturón y miró a su alrededor. La niebla se estaba disipando en el lago dejando paso a la luz del sol en un cielo despejado. Después escupió hacia la hierba.

—Le recomiendo que venga esta tarde a la reunión. Esto también va con usted.

—Y tanto... Allí estaré.

—Y después queremos ese local abierto. Usted tiene las llaves.

—Le repito que debe hablar con Charlie.

La puerta se abrió de golpe con un chirrido en sus bisagras y Ethan salió al porche, con un pantalón corto y una camiseta de los Thunder.

—¿Qué pasa, abuela?

—No pasa nada, el sheriff, que quiere hablar con Charlie, pero ya le he indicado dónde está —dijo levantando la voz.

Se quedaron en silencio, mirándose. El sheriff levantó un dedo y lo posó en el puente de las gafas para deslizarlas por la nariz hasta que quedaron acomodadas en su rostro. Después asentó su sombrero en señal de despedida y esperaron a que el rugido del motor se alejara.

—Desayuna, necesito que me acompañes al hospital.

—¿Qué quería ese tío?

—Esta noche abrirás el Hilltop.

—¿Yo?

3

Meg entró en la sala de reuniones con la intención de interesarse por sus invitados. El senador y el alcalde miraban por la ventana, hablando de la política del país mientras Blake atendía unos asuntos con el móvil.

—¿Necesitan que les sirva algún café más?

—Sí, dos más, por favor —dijo Blake, cerrando sus aplicaciones—. Alcalde, es mejor que se vaya, Holloway y yo tenemos unos asuntos que tratar.

—¡Oh! Por supuesto, quedo a su disposición para lo que necesiten. El sheriff y yo nos ponemos a trabajar desde este mismo momento.

—Muy bien, Button, siga así y llegará lejos —afirmó Dante dándole una fuerte palmada en la espalda.

El alcalde se fue cuando Meg regresaba con dos cafés más.

—Siéntese un momento, señora Anderson, quiero hablar con usted.

La viuda dejó los cafés sobre la mesa y entrecruzó los dedos de las manos, manteniendo la postura.

—¿De qué quieren hablar?

Holloway la rodeó y cerró la puerta.

—Verá, Margaret. Lo primero, sentimos mucho el fallecimiento de su marido. La acompañamos en el sentimiento —dijo ofreciéndole, de nuevo, sentarse.

Meg los miró desconfiada y tomó asiento con delicadeza.

—Quiero proponerle una operación que será de interés para usted. Como ya sabe, estamos interesados en la compra de su hotel y su restaurante.

Meg asintió.

—Creo que podemos darle una cantidad suficiente para que pueda vivir tranquila desde hoy hasta su jubilación. No será tanto como la que le ofrecimos a su marido en su día, pero qué le vamos a hacer, con su fallecimiento el valor de la propuesta se ha devaluado.

Meg carraspeó antes de comenzar.

—No estoy segura de vender, tendría que hablarlo con mis hijos, ellos también son parte...

—Con respecto a ellos, no se preocupe. Les abriremos un fondo de pensiones con un importe considerable que no podrán gastar hasta que se jubilen y, mientras, trabajarán en alguno de los restaurantes que abramos en el pueblo. Contrato indefinido hasta la jubilación, ¿qué le parece?

—¿De cuánto estaríamos hablando?

Dante dio un sorbo al café y Blake continuó demostrándole que era un hombre de negocios.

—El dinero no será problema, Margaret. Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo enseguida. Usted es más razonable que su marido, pero mire, él ya no está aquí, por lo que tengo el presentimiento de que llegaremos a un acuerdo justo, ¿no le parece a usted también?

Meg asintió y bajó la cabeza.

Victoria discutía con la enfermera que, a medida que se acaloraba, arremangaba las mangas del batín.

—Le digo que no puede pasar mientras no acabe el interrogatorio.

—Soy su pareja, ¡tengo derecho a estar con él!

—El sheriff me pidió que no dejara pasar a nadie mientras él estuviera dentro.

Ethan la sujetó para que no fuera a más y la acompañó al asiento desde el que veían la puerta de la habitación de Charlie, al fondo del pasillo.

Poco después, el sheriff salió sumido en sus pensamientos sin darse cuenta de que estaban allí.

—Hola, cariño —dijo Victoria, besándolo en la frente.

Charlie parecía asustado, miraba hacia todos lados y se fijó en Ethan como si fuera un desconocido.

—No me mires así, que no voy a besarte.

El paciente esbozó una media sonrisa y pareció recuperar algo de su tranquilidad habitual.

—¿Qué quería el sheriff? ¿Se molestará al menos en hacer un informe o redactar una denuncia?

Charlie seguía sin decir palabra.

—¿Estás preocupado? Todo va a ir bien... Te ha dicho de abrir el local esta noche.

Se miraron fijamente.

A aquellas alturas a veces se entendían sin necesidad de hablar, aunque Victoria no atribuía eso al amor, sino, más bien, a una relación familiar como la que podrían tener dos hermanos.

—No te preocupes, Ethan abrirá esta noche. Todo va a salir bien. —Le cogió la mano.

Charlie suspiró aliviado y miró al chico agradecido.

—Ethan, déjanos a solas un rato, por favor.

—Claro.

Y sintió alivio al salir de aquella habitación donde la tensión del hombre parecía querer aplastarlos a todos.

—Cariño, ¿el sheriff ha tomado declaración de lo sucedido?

—No —susurró mirando al techo.

—Ayer estuve en tu despacho y he visto el balazo en tu mesa. ¿Nunca vas a querer denunciar lo que ocurrió?

Apretó sus labios y negó.

—Si yo lo hiciera en tu lugar... supongo que serías capaz de negarlo.

Charlie asintió mientras las lágrimas brotaban en sus ojos.

Ella las secó, pero esto hizo que su amado estallara en un llanto descontrolado.

Se abrazaron y ella esperó paciente hasta que los suspiros se calmaron y él pudo mirarla a los ojos con tranquilidad.

—Nada volverá a ser lo mismo —dijo levantando su mano vendada.

—Lo siento, cariño...

—He firmado la venta del local. Ya está. No quiero denunciar nada, si lo hubiera firmado antes, nada de esto habría sucedido —y emitió otro gemido de llanto.

No había vendido por miedo a la reacción de Victoria. Así lo hacía siempre desde que vivían juntos. Primero le dejaba caer algún plan o decisión que a él le gustaría hacer y si a ella no le entusiasmaba la idea lo dejaba pasar una temporada para después hacerlo a su manera, como si ya estuvieran ambos de acuerdo.

Victoria se sintió culpable porque, sabiendo de esa debilidad suya, ante una decisión tan importante, tal vez tendría que haberlo apoyado desde el principio.

Pero su personalidad no le iba dejar que la culpa se asentara. Charlie tendría que haber luchado por lo suyo, por su local y su negocio, sin dejarse convencer ante propuestas absurdas de

un futuro musical que ya nunca llegaría.

Después de media hora, lo dejó tranquilo en su habitación.

—Mañana ya estarás en casa.

Él asentía, más contento.

—Ahora me voy a ayudar a Ethan a ordenar el local, esta tarde tenemos reunión en el pueblo y debemos asistir. Después vendré a verte.

—¿No es mejor que tú también estés esta noche en el Hilltop?

—Claro, si así lo deseas...

—Me quedaría más tranquilo.

—Allí estaré —dijo sonriendo y besándolo en la frente.

Victoria salió de la habitación taconeando con paso firme por los pasillos. Ethan la esperaba afuera, trasteando aburrido con el móvil.

—Abuela, ¿ya nos vamos?

—Sí, hijo.

—¿No nos quedamos un rato más con Charlie?

Ella cambió el bolso de hombro.

—Es un cobarde. No podemos contar con él.

—¿Contar con él?

—¡Vámonos! No lo soporto.

Capítulo 24

1

La sala de reuniones estaba abarrotada. Ante la avalancha de vecinos, el ayudante del sheriff custodiaba la entrada al recinto dejando pasar a solo un miembro por familia.

—El chico no puede pasar, señora. Además, no está censado.

Había gran expectación entre las personas que no habían podido entrar y formaban corrillos levantando la voz. Victoria se puso de puntillas para hablarle al oído.

—Agente, ya está bien de tanta incompetencia. No querrá que acabe denunciando en la policía del condado lo que usted no me quiso tramitar... y alguna cosa más.

El hombre sudaba como nunca. Llevaba la camisa adherida al cuerpo y en cada hendidura de sus lорzas se le marcaban oscuros surcos debido al esfuerzo de moverse en medio de aquel gentío.

—Señora, en la policía del condado tampoco conseguirá nada...

Victoria se echó hacia atrás con el mentón levantado hacia él y los ojos muy abiertos. Él ladeó la cabeza y negó cerrando los ojos, entendiéndose a la perfección.

Pero había algo en ella que a don «no quiero problemas» le caía bien. Entendió el gesto de decepción de la tenazas y dejó pasar a los dos con un movimiento rápido para que nadie se percatara.

Dentro, el descontrol era absoluto. La gente, en su mayoría hombres, discutían entre ellos echándose en cara los rumores de los últimos días.

—Venderé si me da la gana, ¿vale?

—¿Quién eres tú para decirme si mi negocio da o no da?

—Pero si tu hijo no sabe lo que es trabajar, que le consentisteis todo y ahora no vale para nada...

Victoria tiraba del brazo de Ethan, abriéndose paso hacia la mitad de la sala. Ya no había donde sentarse, pero pasarían desapercibidos en medio de toda la gente que se quedaría de pie.

—Queridos vecinos, un poco de silencio, por favor... —dijo el alcalde, al lado del sheriff, a través del micrófono que resonó en los altavoces en toda la sala.

Todos sabían a lo que iban, por eso, después de una presentación, cuando Silvia y el señor Blake subieron al escenario los aplausos fueron comedidos.

El máximo inversor comenzó su exposición prometiendo progreso y una vida idílica a todos los vecinos, y después dio paso a una explicación impecable por parte de Silvia.

A través de una gran pizarra digital interactiva proyectaron fotos del valle a las que superponían la futura urbanización intercalada con el paisaje a vista de un ser humano, apreciándose grandes espacios de ocio, un nuevo paseo a orillas del lago y la idílica postal de un barco casino en medio del él. Todo adornado en una combinación perfecta de marketing con una

sutil música de fondo que le daba un toque sentimental a la exposición.

—Créanme, señores, tienen suerte de haber nacido en este valle. Haremos de este lugar un paraíso —decía el señor Blake—. Respetaremos la identidad que todos los vecinos han forjado y habrá riqueza y bienestar para todos.

—Muchos de los que están aquí esta tarde —continuó Silvia—, podrán jubilarse tranquilos, con la vida resuelta y un futuro prometedor para sus hijos y para su nietos. Todo el complejo hotelero y de ocio priorizará generar empleo a los familiares de nuestros vecinos en primera instancia y a la gente de fuera, que también se espera que venga, después.

El alcalde tomó la palabra ante el asombro del vecindario.

—Vecinos, esto solo es una toma de contacto. Ahora se le repartirá a cada uno un dossier con la información ampliada y habilitaremos un punto de información en el ayuntamiento para quien quiera informarse más. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuánto pagarán por nuestros negocios? —Fue la primera y todos querían una respuesta inmediata.

—A ver, calma. Antes tenemos que votar lo de los terrenos comunales...

La sala inició al unísono un murmullo que se elevó de tono en pocos segundos.

—No se preocupen por eso... —dijo Blake tomando el micrófono y acercándose al borde del escenario—. Las ofertas que vamos a hacer van a ser justas, ustedes mismos lo verán claro, se lo prometo. Somos una empresa seria, en cuanto este proyecto salga adelante pasaremos a cotizar en bolsa, no podemos permitirnos pagar por debajo del precio de mercado. Los mecanismos de la economía y del gobierno nos estallarían en la cara.

El senador apartó el cortinón para observar el murmullo sin ser visto desde detrás del escenario.

—Pero hay una cosa. —Se hizo el silencio—. Esos terrenos comunales son imprescindibles, sin ellos este proyecto no se sostendría. Si votan en contra, no invertiremos.

—¡Me dan igual las montañas y los árboles! —gritó uno de los de atrás, provocando un gran tumulto.

—¡Silencio, por favor! —continuó el alcalde—. Mañana abriremos esta sala desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche para que puedan venir a votar. Si más del cincuenta por ciento vota a favor, la venta se ejecutaría a un precio justo.

Victoria se sujetaba al brazo de su nieto.

—No llegaremos a tiempo de convencer a estos salvajes. Van a vender.

El plan de Victoria de enfrentar a los vecinos no había dado resultado. Votarían a favor de la venta de los recursos naturales que adornaban el paisaje alrededor del pueblo con tal de saber el precio que estarían dispuestos a pagar por sus negocios. Con los terrenos comunales en poder de los inversores, todo lo demás caería por su propio peso.

Ethan observaba al vecindario desde la altura que le daba el estar de pie y ser más alto que la mayoría. Todos parecían animados y aquel que se negaba era recriminado.

—Por último... —expresó Blake—, quiero decirles que en cuanto la votación salga favorable el alcalde nos habilitará un despacho en sus instalaciones para que cada uno pueda pasar a tratar la compraventa de su negocio o terreno afectado en el nuevo plan urbanístico.

Sin quitar el micrófono de su boca mantuvo el suspense mirando a los ojos a algunos de ellos.

—Si, por el contrario, votaran que no... nos quedaremos por aquí unos días más... Por si las circunstancias les hicieran cambiar de opinión.

Y esa vez el público no levantó jaleo.

—Si no sabemos el precio de compra de los terrenos comunales... ¿Qué quieren que votemos? —gritó Victoria.

Blake se inclinó hacia el pasillo lateral donde se encontraba y Silvia la fulminó con la mirada.

—Pagaremos el precio que establece el estado de Misuri para estos casos, señora. Todo dentro de la legalidad.

—¿Y cuánto estipula, si puede saberse?

—No se preocupe, cada vecino se llevará un buen pellizco —dijo abriendo los brazos y mostrando una gran sonrisa.

La audiencia volvió a alterarse, esta vez a favor de la venta.

—¡Menuda pregunta! ¡Todo lo que sea recibir algo, estará bien! —gritó uno.

—¡Sin eso ya estábamos!

Victoria quiso argumentar de nuevo, pero con el barullo le resultó imposible.

—¡Cállate, tenazas!

—¿Llevas un par de años aquí y te crees la portavoz?

Silvia dio un paso adelante e inició un aplauso que fue acompañado por la mayoría de los presentes. La reunión había terminado y las últimas palabras del alcalde, recordando al pueblo la votación del día siguiente, apenas fueron oídas.

2

Blake miraba orgulloso como el alcalde y el sheriff repartían los dosieres a los apretujados vecinos que se acercaban al escenario. Silvia conversaba con Meg entre frases de cumplidos vacíos y sonrisas forzadas que disfrazaba la desconfianza de la mujer del hostelero fallecido.

—Tengo que decirle algo —dijo Victoria.

—No, abuela. —La paró poniéndole la mano en el hombro.

—¡Déjame!

Victoria se acercó a ellas y Meg sintió alivio al verla, dejando libre su espacio para que pudiera hablar con Silvia.

—Lo tenéis todo bien atado, ¿verdad?

—¿A qué vienes? No puedes hacerme nada aquí.

—¿Me tienes miedo?

—¿A ti? ¿Es que no ves hasta dónde he llegado? —preguntó sonriendo, abriendo los brazos como si todo aquello fuera suyo.

Ethan llegó por detrás, dispuesto a zanjar la conversación.

—Aquí viene mi novio...

—Abuela, vámonos...

—Deberías invertir tu dinero en este proyecto, Ethan. Yo voy a hacerlo y en poco tiempo triplicaré mi patrimonio.

—¿Qué patrimonio? Si no tienes dónde caerte muerta —dijo Victoria, levantando la barbilla.

—El que me pertenece. Tienes un par de días para llamarme y pedirme el código de mi billetera —contestó mirando a Ethan—, de lo contrario, cursaré la denuncia que ya tengo redactada al FBI.

—No lo harás, tú también irás a la cárcel.

—Tenemos a los mejores abogados, Victoria. Ya me han confirmado que por la cantidad que me llevé no llegaré a entrar. A vosotros, en cambio... —dijo dándole golpecitos en su brazo—, hasta por asesinato os va a caer.

—No toques a mi abuela, nueve dedos.

Silvia exageró un ataque de risa.

—Dos días, para entonces esto ya estará en marcha. Doce millones, no lo olvidéis.

Y se dio la vuelta y desapareció con su sonrisa ocultándose detrás de los cortinones, donde la esperaba el señor Blake y el senador para ir a celebrarlo.

Victoria empujó a su nieto para que le abriera paso hacia la salida.

—Vámonos, hijo. No hay más que hacer aquí.

3

Victoria salió apresurada del edificio. Ethan le seguía apartando gente que se interponía en su camino, pero la abuela tomó distancia.

—Meg, espera...

La viuda sacó las llaves del coche de su bolso y apuró el paso cuando la oyó.

—No podemos vender el pueblo a esta mafia.

—¿Mafia?

Victoria puso la mano en el antebrazo de Meg y ella notó sus tenazas.

—Si el pueblo no vende los terrenos comunales se retirarán pacíficamente.

—No lo harán, Victoria —contestó con la voz quebrada—. ¿No lo entiendes? Ayer fue Charlie, y tuvo suerte, antes fue mi marido. ¿Qué quieres que te diga? —Se dio la vuelta para meterse en el coche.

—Meg, si la gente sabe que no vas a vender, el pueblo reflexionará. Tu marido era una persona influyente, os respetan.

Se miraron una vez más a los ojos. El resplandor del sol hizo que una lágrima a punto de brotar, brillara.

—Ya he vendido —la gota recorrió su mejilla—. Me darán una suma de dinero con la que podré retirarme tranquila. En el fondo no son tan mafiosos.

Victoria la sujetó e impuso la fuerza de su garra.

—¿Y qué será de tus hijos?

—Les darán empleo en el casino.

—¿Y te conformas con eso? ¿Qué hay del honor de tu marido y de tu familia?

—Es un trato honesto, Victoria. Mira a tu alrededor, este pueblo está igual que hace veinte años. Ellos harán que prospere. —Se deshizo de la zarpa apartando su brazo con vehemencia.

—Están jugando con todos vosotros y los que se llevarán el dinero serán otros. Estáis malvendiendo. Si hablas con ellos... Esa votación todavía puede resultar a vuestro favor.

—Esos terrenos comunales no van a traer a mi marido de vuelta. O les sacamos algo de dinero ahora o jamás serán vendibles.

—Meg...

—No tengo fuerzas, Victoria. Sin él esto no funciona. Mis hijos no valen para tomar el relevo

y yo quiero retirarme dignamente.

Margaret arrancó el coche y Victoria se quedó paralizada mirando el deteriorado asfalto. El pavimento original tenía grietas profundas y las líneas de señalización, aún visibles, estaban desvaídas y rotas.

Ethan la esperaba unos metros atrás.

—Abuela...

Victoria se dio la vuelta, como despertándose de un sueño.

—Nadie va a ayudarnos, hijo.

El chico mostraba aquel rostro inexpresivo de su adolescencia.

Victoria necesitaba pensar.

«Doce millones».

«Nadie va a ayudarme».

—Vámonos, abuela.

La única opción de que los inversores se retiraran del proyecto se había desvanecido. El pueblo ya estaba vendido y Silvia no se iría.

Necesitaba centrarse en ella. Esa joven altanera era su único objetivo.

«Solo tengo que quitarla de en medio».

«Después, hasta yo venderé mi librería».

En su cabeza oyó las palabras de la chica.

«No puedes hacerme nada aquí».

Debería esperar a hacerlo en un lugar sin testigos.

«No puedes hacerme nada aquí».

¿O sí podía?

4

Ethan conducía de vuelta a casa y observaba a su abuela en cada curva sin conseguir arrancarle una sola palabra. Metió el coche por el camino de gravilla y, antes de detenerlo por completo, ella abrió la puerta y salió apresurada.

El chico bajó con parsimonia, miró al lago y la belleza que la luz del sol proyectaba sobre él pasó desapercibida en su suspiro.

No tenía ni idea de qué hacer.

Miro el móvil, pero seguía sin tener ningún mensaje de su madre.

Estaba dolido por la displicencia de Silvia hacia él. Se había burlado en su cara.

«Ahí viene mi novio...».

Recordaba su sonrisa perfecta en el bosque, cuando se había quitado la ropa interior y habían compartido su momento más íntimo. Él creía que ella lo había saboreado, pero ahora tenía dudas.

Apoyó las manos en el capó. En su mente había caricias, sonrisas y confianzas que guardaría para siempre.

«Doce millones, no lo olvidéis».

Subió las escaleras al porche, arrastrando los pies. En la cocina Victoria movía unos botes, haciendo ruido con la vajilla, y se llevó el índice a la boca.

En un pequeño saquito metió una cucharilla del café y sacó unos polvos blanquecinos.

Después los vertió con mucho cuidado en un pequeño botecillo de cristal que había guardado de alguna muestra de un perfume. Lo cerró oprimiéndolo entre su pulgar y el índice, entre sus tenazas, hasta que el frasco emitió el sonido de un clic.

Se lo enseñó a su nieto.

Él negó.

Pero Victoria asintió.

Después bajaron al jardín.

—¿Qué vas a hacer con esos polvos?

—Se los echarás en la bebida a Silvia, esta noche.

—¿Son los que mataron a los mexicanos hace unos años?

Ella se estiró y miró hacia otro lado.

—¡No voy a matarla, abuela! ¡Yo no soy así!

—Tienes que hacerlo, es nuestra única esperanza.

—Podemos negociar... Tal vez acepte una cantidad inferior.

—Ninguna cantidad de dinero va a saciarla, Ethan. Tenemos que acabar con ella.

—Nos acusarán de asesinato. La autopsia nos delatará y nadie nos va a respaldar.

—Eso tendrán que probarlo, tú solo pones cervezas, son los clientes los que se atiborran de drogas.

Victoria se acercó, agarró al chico por la camiseta e introdujo el pequeño bote de cristal en el bolsillo de sus pantalones.

—No seré capaz... Hazlo tú.

—No puedo estar en el local, eso la alejaría. A ti no te tiene miedo.

—¿Por qué no?

—Porque en el fondo aún piensas que puedes recuperar su amistad.

Él negaba una y otra vez, alejándose de ella.

—No me vengas con lo del desapego, Ethan. Te conozco bien, y a ella también. Es joven y bella, sabe lo que hace.

—¡Que no! Además, ese plan no salvará al pueblo, ¿o quieres que envenene también a los inversores? Sería lo que me faltaba...

—Me importa una mierda el pueblo. Hablo de salvar nuestro pellejo, de no ir a la cárcel, cosa bastante probable, por cierto, gracias a vuestra capacidad de gasto.

Ethan se alejó unos metros y miró hacia el pueblo con el botecito en las manos.

—Si tienes ocasión, insinúale que estás enfadado conmigo, que me odias, que estás deseando largarte. Bájale la guardia y aprovecha ese momento para echarle el contenido de ese bote.

—Nos ha pedido doce millones, abuela. No va a dejar ni que me acerque.

—Si está rodeada de más gente, sí. Si no parecería una paranoica.

—Todo esto es... tan precipitado.

—Debes encontrar la manera de hacerlo.

El chico miró el botecito. Le parecía mentira que aquellos polvos, de textura similar a la ceniza pudieran acabar con la vida de su amiga para siempre.

«¿Amiga?».

Lo guardó en el bolsillo. Después su abuela se acercó y lo abrazó desde atrás, entrecruzando sus brazos a la altura del tórax.

—Eres un buen chico, ya lo hiciste bien hace unos años y sé que ahora lo volverás a hacer.

Capítulo 25

1

Victoria aguardaba dentro de su vehículo en el arcén de la calle cercana al Hilltop Sound. Desde allí controlaba el movimiento de coches del aparcamiento y vio llegar a Silvia y a su jefe en el Bentley, acompañados por el alcalde y otro hombre que ella no conocía, el senador.

Pensó en Casandra. Si aquella noche algo salía mal...

¿Cómo se enteraría? ¿Y si su hijo estuviera en peligro y por su culpa?

Abrió el whatsapp y pulsó en su contacto. En ese momento vio que estaba en línea. Dudó si escribirle. Hacía tanto que no hablaban...

Un griterío en el aparcamiento la sacó de sus pensamientos. Unos chicos discutían por algo de fútbol.

El ambiente era festivo, había más gente de lo normal, como si ya hubieran llegado los turistas.

Necesitaba estar atenta. Cerró la aplicación y bloqueó el móvil.

Dentro, Ethan no tenía brazos para todos. Contaba con la única ayuda de la camarera que no estaba por la labor de realizar un esfuerzo extra. Cuando entraron Silvia y sus acompañantes, la euforia se apagó. Todos rumoreaban sobre la ausencia de Charlie, pero Ethan puso una lista de reproducción aleatoria de rock clásico que sonaba con potencia en los altavoces del local y eso animó la noche a todos los vecinos.

Tomaron asiento en una de las mesas del centro del local y, en la primera ronda, Ethan apenas tuvo tiempo de fijarse en qué habían pedido, sin embargo, vio como Silvia obligaba a la camarera a retroceder con la bebida. Echó la mano al bolsillo y comprobó que guardaba el botecillo de cristal que le había dado su abuela.

—Tu amiga se ha puesto tontita. Dice que quiere que le abra la cerveza delante de ella.

El alcalde no quitaba la vista de la abertura de la blusa de Silvia, donde el encaje del sujetador asomaba, delineando con sutileza la curva de sus pechos. El senador, acomodado a su lado, parecía el más participativo contando alguna historia que a ella la hacía reír a carcajadas.

Mientras los hombres se servían vertiendo la cerveza en los vasos, ella limpiaba la boca de la botella para beber directamente de ella. Este gesto inquietó más al alcalde.

Ethan miraba a su alrededor, sentía como si algo fuera a estallar en su interior. Era la euforia del pueblo que zumbaba en su cabeza, las risas de los que se apoyaban en la barra, los del fondo, los que estaban en la terraza, todos querían burlarse de él.

Observaba a Silvia con cada brindis que ella proponía, con cada sonrisa y cada carcajada, poniendo la mano sobre el hombro del senador.

Su actitud le parecía repulsiva y su presencia se le hacía insoportable.

La odiaba.

Fue al almacén para escapar de aquel alboroto unos momentos.
Apoyó las manos en la pared y se dejó caer, respirando profundamente.
Después acarició el botecillo de la abuela en su bolsillo.

2

El Hilltop Sound solía cerrar temprano los domingos, pero aquella noche el pueblo celebraba algo grande. La representación de los magnates inversores transmitía una mezcla de temor y morbo.

Ethan había recuperado su entereza y ponía copas detrás de la barra como si tuviera la experiencia de Wendy, con la que se compenetró a la perfección recibiendo las comandas que ella le hacía desde el otro lado, como encargada de atender a las mesas.

Llegó un momento en el que el tiempo pareció ralentizarse. Como si todos estuvieran conformes con sus copas, sin intención de seguir consumiendo, pero sin irse para sus casas.

—¿Te ayudo con el lavavajillas? —dijo la camarera.

Ethan miró hacia la mesa protagonista de la noche.

Un sentimiento de odio lo sacudió de nuevo y sus instintos primarios se apoderaron de su conciencia.

—Sí, por favor. Ocúpate tú.

Dejó la bayeta sobre la nevera, agarró la bandeja de servicio y caminó hacia ellos.

—Buenas noches, ¿todo bien por aquí? —Recogió las cervezas, algunas sin terminar—. No se preocupen, les pondré otra consumición. Invita la casa.

—Muy amable, joven —dijo el alcalde, entusiasmado.

—Qué menos, nos gusta tener detalles con los buenos consumidores. Y, si están a gusto, todos ganamos.

Silvia estudiaba cada movimiento, pero Ethan evitó su mirada.

—Así se habla, chico —respondió Blake—. Tienes madera de empresario. ¿Eres el gerente?

—Solo es un familiar —se apresuró Silvia—. El propietario está indispuesto.

—Sí, pero hoy soy el encargado del negocio, no tengan prisa en irse.

Ethan sirvió cuatro cervezas más. Las del fondo de la nevera, las más frescas. Las abrió todas en su presencia, como exigía su clienta más exigente y dejó que siguiera la fiesta seleccionando una lista de reproducción de los años setenta.

En ese momento, el teléfono vibró en el bolsillo de su vaquero.

“Son casi las doce. ¿Por qué no se va la gente?”.

Ethan sabía de las expectativas que tenía Victoria para esa noche, pero él había tomado la decisión de no precipitarse.

“Están animados. Debe de ser porque estoy yo al mando :-)”

“¿Has podido?”.

“Imposible”.

Aunque le hubiera escrito que se fuera para casa, el chico sabía que su abuela no lo iba a dejar solo en ningún momento. Se la imaginó agazapada mientras la impaciencia la carcomía y le vino a la cabeza la sensación de una caricia suya.

Una caricia áspera.

La caricia del muñón.

Silvia se levantó, obligada por el alcalde, para bailar con él una canción de Abba. Se mostraba eufórica dejando que el político hiciera el ridículo con su baile desacompasado y, aun en esa situación, con su melena suelta, era tan hermosa levantando los brazos que hacía unos días lo habían rodeado con intenciones duraderas que a Ethan se le aceleró el corazón.

—¿No es hora de que vayamos bajando la música? —le gritó la camarera al oído, apartándolo de sus sentimientos.

—Un poco más.

—La gente está empezando a irse, no tengo ganas de quedarme con los borrachos de siempre.

—Solo un poco más y después podrás irte —dijo sin quitarles ojo a los improvisados bailarines.

—Ya pasan treinta minutos de mi horario. Esto Charlie me lo pagaría aparte.

—¡Yo también lo haré!

El senador observaba la escena con cara divertida, aunque su mirada no era limpia. Mientras, Blake los miraba serio, no le hacía gracia el espectáculo que estaba dando su empleada.

—¿Todo bien, señores? —dijo Ethan sacando a Blake de sus cavilaciones.

—Todo bien, chico —contestó mirando el reloj.

—¿Me permiten que los invite a un bourbon que guardamos para ocasiones especiales?

El senador giró la cabeza y lo miró atentamente.

—¿De dónde es?

—De Kentucky... Vainilla, caramelo y mucho sabor a roble.

—¿Mucho roble? ¿Es añejo?

—Doce años, perfecto para un bourbon de calidad.

De pronto, hubo una explosión de risas en el local. El alcalde a punto estuvo de caerse por un inocente resbalón que casi acaba con los dos por los suelos. La expresión de Blake se ensombreció.

—Y tengo unos puros premium, si les gusta fumar.

—¿Qué puedes ofrecernos?

—Una serie especial de Padron 1964.

Silvia se abrazaba al alcalde con una risa descontrolada que dejaba claro que el alcohol había relajado todas sus inhibiciones.

—¿Podemos fumar fuera? —dijo el senador señalando con su cabeza hacia la terraza que daba al lago.

—Si fuman fuera, la gente no se irá hasta muy tarde, y ya refresca bastante. Aguardemos un poco a que esto se despeje y cerraré la verja para que podamos disfrutar de esa bebida tranquilos.

El señor Blake entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Qué tramas?

—¿Cómo dice?

—No nos conoces de nada y nos ofreces tus mejores licores...

Ethan bajó la bandeja desconcertado, pero un momento después la respuesta chispeó en su mente.

—Tengo una librería en la calle principal. Necesito hacerles la pelota para vendérsela al mejor precio posible.

Blake y el senador sonrieron.

—Me gusta este chaval —dijo el senador mirando a su amigo—. ¡Larga a estos dos impresentables! —señalando al alcalde y a Silvia.

3

El alcalde se desplomó en la silla, entre las risas de los lugareños, agotado por el frenético baile. El cabello desordenado le caía sobre el sudor que brillaba en su frente.

Levantó la mano para pedir otra cerveza.

—Por hoy es suficiente, alcalde —dijo Blake dándole unas palmadas en el hombro.

—Claro, vayámonos... No habrá controles policiales hoy... ¿Ustedes van bien?

—Nosotros nos quedamos un rato más. Silvia lo llevará a su casa. —Sacó las llaves del Bentley para entregárselas a ella.

Silvia, en un estado de sopor alcohólico, estaba atrapada entre sueños y tragos.

—Enseguida vuelvo —informó cogiéndole las llaves.

—No vuelvas. Hoy ya has dado suficiente espectáculo —le soltó el señor Blake.

—Pero la gente va a pensar que me voy a enrollar con él...

—Me da igual lo que piensen.

—Pero necesitarán el coche para volver...

—No te preocupes. El chaval nos llevará —dijo molesto, agitando la mano hacia un lado mientras sus ojos fríos le insinuaban dónde estaba la salida.

El alcalde sonreía a los presentes que miraban con sorna el estado de su gobernador.

—¿Nos vamos, preciosa? —preguntó echando la mano a su cartera.

—Ya está pagado, alcalde. A la próxima invita usted... —dijo el senador.

Button no pudo más que esbozar una sonrisa mientras se echaba a un lado. Silvia lo sujetó por un brazo y lo empujó hacia la salida, dejando bien claro a los presentes que no pretendía nada con él.

—Dante, ya te dije que nosotros corríamos con todos los gastos, no se te ocurra pagar lo de esta noche...

—Claro, Blake, no te preocupes, el chavalín nos invitará a todo, ya lo verás...

Ethan escuchaba atento como la camarera le explicaba cómo servir correctamente el bourbon.

Fuera, Victoria se espabiló con el alboroto que se produjo en el aparcamiento cuando Silvia y el alcalde se metieron en el Bentley. No podía creer lo que veía. Algunos lugareños se mofaban de él.

Abrió la aplicación de whatsapp.

“¿Qué ha pasado? Ella se va. ¿Y los demás?”, escribió.

Ethan tardó unos instantes en responder.

“Se quedan un poco más. Necesito que me dejes el coche para llevarlos después al hotel. Creo que les sacaré algo”.

¿Sacarles algo? Era a Silvia a quién debían matar.

El chico no acababa de entender la situación.

«Estás muy perdido, hijo».

Esperó a que el Bentley saliera a la carretera para encender su coche.

Y seguirlos.

4

La escena de Silvia y el alcalde dispersó a los vecinos y en menos de cinco minutos en el Hilltop no quedaban más que un puñado de personas sobrepasadas de alcohol.

Sin esperar instrucción alguna, Wendy vio su momento.

—¡Vamos a cerrar, chicos! —gritó bajando la música.

—Ya me encargo yo, vete si quieres.

—¿No me vas a pagar?

—Deja que haga cuentas con Charlie. No te preocupes...

Ella lo miró escrutando sus intenciones.

—Venga... ¿No te fías de mí?

Wendy se relajó y cogió la chaqueta.

—Espero tu llamada.

—Claro...

Salió apresurada como si tuviera algo urgente que hacer y en el camino agarró a un hombre de mediana edad por su chaqueta.

—¡Vamos, Joseph! ¡A casa! —Lo arrastró mirando a Ethan—. A este te lo saco yo, tú no serías capaz.

—Tienes razón... —dijo él arrastrando las palabras—. Las mujeres siempre tenéis razón...

—Claro, claro... ¡Venga, mueve el culo!

En menos de cinco minutos Ethan bajó la verja hasta la mitad y preparó los vasos con hielo para servir el bourbon.

Capítulo 26

1

Victoria conducía a suficiente distancia del Bentley como para no ser descubierta. Se dirigían hacia la casa del alcalde. Button no era una persona pretenciosa, al contrario que otros políticos de los que oía hablar. Vivía en una residencia humilde, cerca de la comisaría pero lejos del ayuntamiento. Aunque su mujer se esforzaba por aparentar estar un eslabón por encima de los demás vecinos, juntos formaban una pareja divertida que caía bien.

Silvia aparcó justo delante y Victoria se metió por una transversal, estacionando bajo un arce, oculta en la oscuridad entre farolas. Caminó hacia la esquina para espiar sin ser vista.

La chica ya había salido del vehículo y llamaba a la puerta mientras Button se esforzaba por coger la chaqueta en el asiento de atrás.

La mujer del alcalde salió al jardín con los brazos en jarra en tono de disculpa hacia la joven, que lo ayudó a desentenderse definitivamente de la puerta del vehículo.

Se despidieron y la chica dio la vuelta allí mismo para retroceder el camino andado. Victoria regresó a su coche, arrancó el motor y salió tras ella.

Al llegar a la calle Lakeside, Silvia siguió recto bordeando el lago en dirección al Hilltop. Victoria tuvo un mal presentimiento y se mantuvo con el coche aparcado, lejos del cruce.

El Bentley entró en el aparcamiento. Las luces de freno se accionaron y algunos vecinos, que todavía charlaban fumándose el último cigarro del día, se acercaron al vehículo.

Silvia trataba de despejar dudas. Quería que la vieran sola, con el coche vacío en su interior para alejar comentarios de que tal vez podría haber flirteado con Button. Con que la vieran aquellos tres o cuatro era suficiente para desmentir rumores. Después dio la vuelta y tomó de nuevo la carretera.

Victoria temía que la pudiera ver aparcada en el arcén, pero el Bentley tomó el desvío que salía del pueblo en dirección a la autopista.

Tal vez fuera una trampa para detenerla, aunque no le dio miedo un encontronazo con ella. Acarició su bolso, en el asiento de al lado y abrió la cremallera.

Algo pesado se movió en su interior y la boca de una pistola se deslizó contra el asiento.

2

Ethan había dejado encendidas las luces de la barra que le daban al local un ambiente cálido y discreto. Sin tener idea de la música que podría gustar a sus invitados, eligió una selección que Charlie guardaba en una carpeta de country clásico. Pinchó sobre una de las canciones y se abrió

la carátula de un disco de Kenny Rogers. Pensó que aquel hombre guardaba cierto parecido con el senador y no se lo pensó más.

Blake y Dante paladeaban el bourbon.

—Tenías razón, chaval. Pareces de fiar —decía el senador dándole unas palmadas en el hombro.

—Creo que me gusta más el bourbon de Kentucky —dijo Blake—. Este deja un sabor algo dulce para mi gusto.

—¿Algo dulce? Solo se percibe un leve sabor a vainilla. El bourbon que tú dices sí que es dulce, con ese sabor a miel.

—¿A miel? Qué atrevido...

Ethan se levantó a por los cigarros que guardaba tras la barra.

—Les gustarán... Tienen un sabor intenso a tierra —comentó, recordando lo que había leído en la etiqueta.

Los hombres sonreían con un gesto entrañable mirando a Ethan.

—Todavía tienes mucho que aprender, chaval —dijo Dante observando los puros que el chico les mostraba.

Blake tanteó un par de ellos y se quedó con el de mejor textura. El senador se recreó con el olor mientras el otro realizaba el corte de la perilla.

—Tiene razón el chaval. Huele a tierra y a cacao...

—Y a pimienta... —añadió Blake inhalando suavemente los primeros tragos de humo mientras rotaba el puro para que las brasas se consumieran de manera uniforme.

Ethan se sentó delante y dio un trago a su bourbon. El sabor cálido de la bebida estuvo a punto de hacerlo toser aunque pudo contenerlo y que su gesto de desagrado pasara desapercibido para ellos.

—Silvia nos ha dicho que fuisteis compañeros en el instituto —dijo Blake sujetando el vaso con la misma mano en la que el puro humeaba entre sus dedos.

—Compañeros, sí.

—Es una crack —intervino Dante—. Muy trabajadora y resolutiva, ¿verdad, Blake?

—Bueno... tiene sus momentos, como todos. A veces se pasa de rosca, siempre busca innovar, pero yo le digo que si algo funciona ¿para qué cambiar? —Bebió un largo trago.

Blake y el senador dieron unas caladas en silencio, como si estuvieran tratando de desmenuzar los ingredientes del tabaco.

—Sí, ya era así cuando era una muchacha. Muy inquieta, le gustaba aprender cosas nuevas.

—¿No me contaste que invertía en el asunto ese de las criptomonedas? —dijo el senador apuntando a Blake.

—Así es, le fondeamos una cuenta para que aplique sus estrategias en beneficio de la empresa y algún resultado está dando, desde luego que sí.

Entonces, un destello atacó la mente de Ethan.

—¿Puedo preguntarle con cuánto dinero fondearon esa cuenta?

El senador se echó hacia atrás, extrañado por la indiscreción del joven. Pero Blake se la tomó con naturalidad. Acostumbrado a hablar sobre datos tangibles en sus reuniones de negocios, aquello le pareció insignificante.

—Muy poco, le pusimos unos quince mil dólares para que jugara invirtiendo en esas monedas digitales.

—Con esa cantidad poco hará.

—Lo sé, pero es lo que hay. Hace un tiempo me interesé por esas inversiones y me puse a tradeear con criptos. Acabé perdiendo mi cuenta de cincuenta mil dólares, así que mientras no demuestre una rentabilidad constante no voy a meterle más.

—Yo también empecé así, pero hasta que no fondeé cuentas con mucho más dinero mi beneficio no se disparó.

Los hombres ahora miraron con expectación al chico.

—¿Y de dónde sacaste tú tanto dinero para hacer esas inversiones?

—De otros inversores. Llegué a manejar más de cincuenta cuentas, me quedaba con una comisión y así fui llenando la mía hasta poder hacer mis inversiones a lo grande.

Ethan percibió la intriga de los dos hombres. Sus ojos entrecerrados lo escrutaban a través del humo que acababan de exhalar. Después añadió.

—Todo de manera clandestina, claro.

—¿Clandestina?

3

El Bentley oscilaba en su trayecto por la autopista. Apenas había tráfico y Silvia tenía prisa en llegar a su destino. Cuando alcanzaba algún vehículo lo sobrepasaba sin señalizar y tardaba lo que se le antojaba en regresar a su carril. Victoria, sin embargo, indicaba meticulosamente cada adelantamiento y mantenía suficiente distancia como para no resultar sospechosa en su persecución.

Durante un instante, le pasó por la idea acercarse y provocar una colisión. Tal vez eso acabaría con la amenaza que afectaba a su familia. No estaba dispuesta a regalar doce millones. La apartaría hacia el arcén y la frenaría empujándola hacia las tierras colindantes. Después podría dispararle e irse. Con un poco de suerte, no pasaría nadie por la autopista en un par de minutos.

La loca idea se esfumó en cuanto analizó sus escasas posibilidades de cometer un asesinato a campo abierto sin ser descubierta.

Después de unos minutos, Silvia tomó la salida que enlazaba con otra autopista que finalizaba en Chicago, a unas cuantas horas de allí. Era una de las principales arterias del estado, mucho más concurrida a ciertas horas del día.

El Bentley se desplazaba a gran velocidad en sus anchos carriles y a Victoria le costaba seguirla en la oscura noche. A medida que transcurrían los kilómetros, la distancia era mayor y a punto estuvo de perderla de vista entre las suaves curvas, justo cuando vio a lo lejos que su luz trasera parpadeaba para coger la salida ciento dos.

Circularon por la carretera en dirección a la villa más cercana. Victoria nunca había estado en aquel lugar a pesar de su relativa cercanía. Sabía que Charlie realizaba algunas compras de marcas específicas allí y que le gustaba visitar una de sus tiendas de instrumentos, pero a ella no le parecía útil perder su tiempo en un lugar como ese.

Aquella pequeña ciudad tenía un famoso hotel que pertenecía a una cadena importante del país. Su ubicación estratégica en un punto intermedio entre las capitales de los estados más próximos hacía que fuera un lugar de paso donde muchos viajeros se tomaban unas horas de descanso.

Allí estarían alojados sus jefes, en un hotel acorde a su categoría. Claro, el de Meg no

cumplía sus expectativas.

Silvia cumplió con lo previsto y, al llegar a la entrada de la pequeña urbe, puso el intermitente y entró en el recinto del Golden Oak Hotel. El aparcamiento tenía dos entradas y Victoria condujo el Mini Cooper hacia la que no había utilizado Silvia.

Era amplio y lleno de árboles adornados en sus copas con unas bombillas de luz cálida de poco voltaje. Avanzó por una zona de césped y tierra donde apenas había coches aparcados sin perder de vista como el Bentley se detenía en la zona asfaltada, cerca de la entrada a la recepción del hotel.

Detuvo el coche, apagó las luces y cogió el revólver con sus dos únicos dedos.

Silvia salió nerviosa del coche, dando un portazo. Recogió el bolso y la chaqueta del asiento trasero, pero este se enganchó con algo y forcejeó malhumorada.

Si se apresuraba, estaba a tiempo de matarla. La sorprendería entre las sombras y un disparo hábil a cierta distancia sería suficiente.

Observó la zona. Esa idea no estaba planificada con suficiente antelación.

Silvia dio otro portazo.

Puso el dedo en el gatillo y con la otra mano accionó la manilla y abrió la puerta.

La luz del interior la iluminó y se percató de su error.

Silvia, que ya se había dado la vuelta hacia la entrada del hotel, no la vio.

Salió apresurada del coche y oyó el taconeo de los primeros pasos de la chica hacia la recepción del hotel.

Victoria avanzó mirando a su alrededor.

Silvia estaba a mitad de camino entre el Bentley y la entrada.

De espaldas.

Un disparo certero desde la oscuridad.

Y escaparía por el mismo acceso del aparcamiento, más oscuro.

Levantó la pistola.

Y entonces vio las cámaras de vigilancia en algunos postes del vallado.

Cámaras que conservarían la grabación unos días, por si fuera necesario recurrir a ellas.

Bajó el arma y se acercó al tronco del árbol más cercano.

Silvia entró por la puerta giratoria, hacia recepción.

Victoria se mantuvo escondida unos momentos.

Se lamentó por semejante imprudencia.

Observó temerosa si en el interior de algún vehículo estacionado había alguna persona que la pudiera ver.

No había nadie.

Después, los balcones de las habitaciones.

Todos vacíos.

No se le perdía nada en aquel lugar.

Capítulo 27

1

Ethan olfateaba el aroma del puro, jugando con él entre sus dedos, sin encenderlo para que no descubrieran que era un inexperto.

Dante prestaba atención a su sabor, pero a Blake le había intrigado el comentario del chico.

—¿Cómo es eso de que operas criptos en la clandestinidad? No serás un hacker de esos...

—¿Un hacker atendiendo un bar? —dijo sonriendo y mirando a su alrededor—. No, simplemente es una cuestión de tributación. Por eso estoy gran parte del año fuera del país, para no ser controlado como residente fiscal aquí.

—Y así evitar pagar impuestos en este país...

—Bueno, algo así. Es una opción legal para cualquier persona. Estableces el domicilio en el país que más te interese y tributas allí, con todas sus ventajas.

—Ya, eso es muy típico.

—Sí, por eso le digo que todo está bien hecho. El problema es que me surgió una operación muy buena fuera de aquí, pero necesitaría dinero negro para pagarles a los vendedores, solo así aceptarían, y ya tienen a otra gente interesada en la operación.

Dante dio un sorbo al whisky y se recostó en su asiento.

—¿Qué tipo de operación? ¿Más criptos?

—Oh, no. Es algo inmobiliario, una oportunidad de compra de un hotel que está en funcionamiento y es muy rentable. Los dueños son un matrimonio entrañable, pero ella ha caído gravemente enferma y el tratamiento en su país es carísimo, ya sabe...

—¿Qué país? —dijo Blake.

—Tailandia.

Ethan evitaba mirarlos a los ojos por temor a que vieran en su rostro algún atisbo de sus mentiras.

—¿Y por cuánto te sale la operación?

—Poco. Con cuatrocientos mil dólares cerraría el trato... Una pena.

Dante elevó el vaso y clavó la mirada en su amigo. Dio un sorbo mientras el otro cavilaba algo en su mente.

—Tal vez podría ayudarte. ¿Qué me ofreces a cambio?

Ethan apartó el vaso de los labios, sonriendo dubitativo.

—¡Oh! No, señor. Solo era un comentario, no me gustaría involucrarles en nada raro, entiendo que representan a una empresa de prestigio.

—Vamos... Tenemos dinero negro. Deshacernos de una buena parte de él es un alivio para nosotros. Escucharía tus propuestas...

El chico puso el vaso sobre la mesa con cuidado y los miró a los ojos.

—Bueno... Ustedes me darían el dinero en metálico y yo les transferiría el equivalente en criptos a su wallet para que dispongan del dinero cuando quieran. Por supuesto, añadiría la suma en impuestos que a ustedes les va a suponer declarar esa ganancia.

—¿Solo eso?

Ethan se inclinó hacia delante apoyando el antebrazo en la mesa y abriendo las manos.

—Son bitcoins, señor. La madre de todas las criptomonedas, en cinco años triplicará su valor.

—Eso he oído...

—Como mínimo —levantando la copa como si fuera a brindar.

Blake dio una profunda calada.

—¿Por qué no lo haces tú mismo? Vendes los bitcoin, tributas en Tailandia, retiras el dinero en efectivo y compras el hotel.

—No quiero bromas en esos países. Tanto dinero en efectivo, si me pillaran... La ley allí no es como aquí. No quiero riesgos...

—Haz la operación aquí.

—Tampoco quiero que salten las alarmas del IRS. Toda esa suma, después transformarlo a efectivo, vendrían a por mí para que tribute aquí por todas mis ganancias... No, no... Eso dispararía mis impuestos personales y para evitar pleitos acabaría pagando en dos países.

—¿Pleitear con el IRS? Olvídate —dijo el senador.

—Por eso lo digo. Necesitaría a alguien que tribute aquí para hacer esa operación, de lo contrario no me compensa arriesgarme. Tampoco voy a morirme si no compro ese negocio.

Dante parpadeaba con rapidez y su expresión cambió a una mezcla de interés y entusiasmo esbozando una leve sonrisa.

—Yo también quiero deshacerme de dinero negro.

2

Victoria condujo como una autómatas en su viaje de vuelta. Había sido una mala idea seguirla hasta allí. Entrar en ese aparcamiento y, sobre todo, salir empuñando un arma.

El ansia de protección a su familia le había jugado una mala pasada.

O tal vez había sido la codicia de no perder su dinero.

No estaba dispuesta a entregarle la mitad, ni siquiera una pequeña parte a aquella descarada que, por una casualidad de la vida, la había encontrado y había hecho tambalear todos los cimientos de su fortuna.

Quería deshacerse de ese problema de una vez. La impaciencia la corroía.

Circulaba por la autopista sobrepasando los límites de velocidad sin darse cuenta, absorta en los movimientos futuros que esa desgraciada podría hacer.

Le daba igual todo lo demás.

Todo.

El teléfono vibró en su bolso en el asiento de al lado.

Extendió su tenaza y lo agarró sin que el coche desviara su trayectoria un solo centímetro.

Charlie le deseaba las buenas noches.

Ni siquiera había pensado en él en toda la tarde.

Al día siguiente tendría que ir a verlo, seguramente le dieran el alta médica y tendría que

llevarlo de vuelta a casa.

Sería un estorbo en sus planes.

En realidad no tenía planes. No veía el momento en el que deshacerse de esa malnacida y ahora no sabía cómo hacerlo sin que una investigación posterior diera con ella.

Una señal de *stop* apareció de la nada y clavó el freno para detener el coche. Estaba en la entrada del pueblo. Ni siquiera recordaba haber salido de la autopista.

Se dirigió hacia el aparcamiento, ya vacío, del Hilltop. Vio la verja medio bajada y la luz en su interior.

Apagó el motor para que no se escuchara y caminó hacia la entrada del local. Allí estaban los tres, conversando entre humo y sonrisas adornadas con alcohol.

“Te dejo las llaves en el segundo macetón”, escribió.

Victoria echó a andar y los pensamientos por el error que había cometido volvieron a atormentarla.

Se conocía y sabía que estaba bloqueada.

Tal vez lo mejor sería sacrificar su libertad y asesinar a Silvia a bocajarro al día siguiente.

Por primera vez, no tenía una solución ni ningún plan efectivo en su mente para salir absuelta.

3

Ethan puso sobre la mesa tres vasos más. Destapó la botella de bourbon y, como le había explicado Wendy, la inclinó suavemente sobre el vaso de Blake. El líquido cayó en cascada sobre el hielo, que emitió un sutil chasquido. Después de completar el procedimiento con los otros dos, retiró la botella, dejando el aroma a madera y vainilla en el aire.

—Entonces, si les parece bien, haremos una cosa.

—Dispara —ordenó Dante agitando su puro.

—Para que vean que no les quiero engañar y que esta operación es limpia, ¿qué les parece si hacemos una prueba con veinte mil dólares? Si les gusta el sistema, más adelante transferimos el resto.

—Bien... —dijo Blake acariciándose la nuca.

—¿Cuántos días necesitan para reunir ese dinero en metálico?

—¿Mañana a última hora de la tarde? —preguntó mirando hacia el senador, que hizo un gesto afirmativo.

—Por supuesto, sin problema.

Levantaron sus vasos y brindaron por los negocios.

—Cuando le diga a Silvia que yo también sé hacer negocios con criptos se quedará de piedra.

—Oh, mejor que no lo sepa, señor... —se apresuró Ethan—. Conociéndola, cuando se entere hará todo lo posible por echar atrás la operación, es muy rigurosa con la legalidad.

El senador miraba a Blake, que se acariciaba el mentón.

—Tienes razón, entraría en pánico y empezaría con sus paranoias legales.

—Es mejor que no lo sepa... Además, esto no debe salir de aquí. No quiero líos, puedo

confiar en ustedes, ¿verdad?

—Por supuesto, joven —dijo Dante, levantando de nuevo el vaso—. ¿Con quién crees que estás hablando?

Ethan deshizo la necesaria tensión que acababa de provocar chocando fuerte su copa con las suyas.

Capítulo 28

1

Blake nunca había viajado en un espacio tan reducido.

—¡Maldito coche! Es claustrofóbico, es la última vez que presto mi Bentley.

—Ya estamos llegando, señor... ¿Por qué no se han hospedado en el pueblo?

—¿En el hotelucho de la viuda? Es una cuestión de marketing.

—Y de discreción —añadió el senador.

Ethan cogió la salida de la autopista y poco después llegaron a su destino.

—Golden Oak Hotel, ahí está. ¿Podrás salir del coche, Blake? —dijo su amigo entre risotadas.

—Si quieren, vengo a recogerlos mañana.

—¿Estás de broma? Llamaré a Silvia para que traiga el coche a primera hora.

Ethan aproximó despacio el Mini Cooper a la entrada del hotel.

—Mira, si lo tienes ahí —anunció Dante señalando hacia el aparcamiento—. Qué chica tan eficaz. Seguro que te estará esperando en tu habitación.

Ethan apretó las manos contra el volante y una sensación incómoda invadió su estómago.

—Con el bourbon dándome vueltas, no creo que pueda rendir —dijo empujando al senador para que saliera del coche—. Mañana nos vemos, chaval. Tengo tu número. Concretaremos para hacer esa operación.

—Perfecto. Y recuerden, máxima discreción, por favor.

El senador salió con paso dudoso hacia la entrada y Blake le dio una palmada fuerte en el hombro. Después cerró la puerta con fuerza y alcanzó a su amigo.

—El lounge bar todavía está abierto... ¿Nos tomamos la última, Blake?

Ethan observó cómo entraban, casi abrazados, y después miró el edificio, como si en alguno de aquellos balcones pudiera estar observándolo su amada Julieta.

Aceleró de golpe y las ruedas chirriaron en el asfalto.

2

Blake y Dante caminaban por el pasillo enmoquetado riéndose como si fueran chiquillos. La última copa que acababan de tomar estaba a un abismo del sabor del licor que les había ofrecido Ethan.

—Estaba bueno el bourbon del chaval, ¿verdad?

—Mañana que nos ponga más...

—Y encima, gratis...

—Qué rata eres, Dante. Solo pretende hacer buenos negocios a la vieja usanza...

El senador llegó a la puerta de su habitación y apoyó la espalda contra la pared. Respiró profundamente se despeinó con la mano.

—Hasta mañana, hermano.

El otro le hizo un gesto y continuó su camino hasta el final del pasillo. Sacó la tarjeta de su cartera y atinó a introducirla en la rendija de la cerradura electrónica. Echó un último vistazo al pasillo, pero Dante ya no estaba.

Abrió la puerta, accionó las luces y, al mismo tiempo que caminaba por el vestíbulo de la suite, se quitó la chaqueta y desabrochó la camisa. Abrió las puertas correderas que daban a su dormitorio y se encontró con un bulto en la cama.

La luz era tenue, aunque reconoció la ropa que estaba doblada a sus pies. Silvia se incorporó entre las sábanas sin decir nada, con la mirada clavada en la de su jefe.

—Buenas noches —dijo él, como si contara que fuera a encontrársela allí.

—Buenas noches... —susurró ella.

Blake continuó sacándose la camisa y avanzó hacia la cama.

—¿Qué haces aquí?

—Te he traído el coche.

El hombre dejó caer la prenda sobre la cama y ella se incorporó lentamente para recogerla.

Al girarse, sus largas piernas se estiraron y el tanga resaltó sus curvas mientras el movimiento sutil y elegante de su trasero atrajo la atención de Blake. La luz suave del cuarto perfiló su piel y su figura se arqueó levemente cuando estiró el brazo hacia la camisa.

Pero Blake era un hombre de negocios, con el foco siempre puesto en ellos y, a pesar de lo que había bebido, recordó su compromiso con el chico para blanquear el dinero con total discreción.

«Es muy rigurosa con la legalidad», recordó.

Con movimientos delicados y pausados, Silvia tomó la camisa con ambas manos y la estiró suavemente sobre su regazo, alisando las arrugas con las yemas de los dedos. Con precisión casi mecánica, la dobló haciendo que el tejido se plegara con elegancia. Sin prisa, como si cada detalle importara.

—Ese chico, el que ponía copas en el bar, no es de fiar... —dijo ella con voz dulce.

«Cuando se entere hará todo lo posible por echar atrás la operación».

—Estuvo metido en asuntos raros, asuntos ilegales... —continuó.

«Entraría en pánico y empezaría con sus paranoias legales».

Desde su lugar sobre la cama, Silvia estiró lentamente el brazo para dejar la camisa a un lado, manteniendo el equilibrio sobre sus piernas ligeramente dobladas. Giró el torso, fijando su mirada en él.

—No debe entrometerse en nuestro camino, estamos a punto de conseguirlo.

Pero Blake tenía la voz del chico metida en su cabeza y él era un hombre de negocios.

«Es mejor que no se entere. Además, esto no debe salir de aquí. No quiero líos, ¿puedo confiar en ustedes, verdad?»

Era un hombre de negocios.

Con profundos principios.

«¿Con quién crees que estás hablando?», recordó decir a Dante.

Silvia se deslizó con suavidad hacia él, apoyándose en las rodillas mientras sus caderas se

balanceaban ligeramente. Se inclinó hacia adelante y sus manos le rozaron el pecho, acercándole su boca con una sonrisa juguetona.

Blake sentía cómo el calor del alcohol le embotaba la mente. Todo a su alrededor fluía lento, casi distante. Los efectos hacían que su juicio vacilara. Luchaba por seguir el ritmo correcto, pero se perdía en un vaivén de confusión y tentación.

«Para que vean que no les quiero engañar y que esta operación es limpia, ¿qué les parece si hacemos una prueba con veinte mil dólares?».

«Solo veinte mil para probar, no hay nada que perder».

Silvia lo miraba, esperando a que él tomara la iniciativa.

«Soy un hombre de negocios».

«Es mejor que no se entere».

Recordó a su esposa, a su hijo... y los valores que le habían transmitido sus padres.

—¿Quién te crees que eres para esperarme así en mi cama?

Silvia retrocedió.

—Esto no va así, Silvia. No me esperaba esto...

—Lo siento, señor Blake —dijo con voz temblorosa, tapándose con la sábana.

—¿Señor Blake? No me vengas con esas ahora... —Se sentó en el borde la cama—. No sé si con esto intentas enmendar tus errores de estos días con tu trabajo en ese pueblo.

—Quiero hacerlo lo mejor posible, perdóneme.

«Si les gusta el sistema, más adelante transferimos el resto».

«Mejor que no lo sepa».

—Mañana volverás a Chicago. No te quiero aquí mientras firmamos los contratos más importantes. Ya no sé qué opinión tendrán los vecinos de ti...

—Soy una persona honesta, señor Blake. Los vecinos me tienen idolatrada.

—¡Mañana vuelves a Chicago! Y hoy dormirás en el vestíbulo de la suite.

—Lo que diga... —dijo saliendo a toda prisa de su cama y recogiendo su ropa.

Blake cerró las puertas y pasó el pestillo. La cabeza le daba vueltas.

Era un hombre de negocios.

3

Victoria aguardaba sentada en la oscuridad del porche a que su nieto llegara. Toqueteaba una taza que había utilizado para beber una infusión caliente a pequeños sorbos. La bolsita que había introducido estaba tan fría como la noche.

Ethan dejó el coche donde finalizaba el camino de grava y cerró la puerta con cuidado. Sus pisadas resonaron como el eco de un lejano tambor.

—Estoy aquí —anunció Victoria con intención de no asustarlo.

El chico detuvo sus pasos y la esperó en el jardín.

—Hace frío, no tengo mucho que contarte...

—Tenemos que matarla —susurró Victoria.

—No es una buena opción.

—Está en el Golden Oak Hotel, lejos de aquí. A estas horas estará...

—Ya lo sé —respondió y se echó a andar.

Victoria lo sujetó.

—Debemos esperar, abuela.

—¿A qué?

—Esos inversores... son gente simple.

—Explícate...

—Tienen sus puntos débiles, les encantan la juerga, los vicios... La ambición y la codicia los ciegan.

—¿Y qué?

—Que en algún momento veremos una fisura por la que hacerles daño.

Victoria apretó más el antebrazo del chico.

—Es ella quien nos amenaza, no ellos. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Ya lo sé, abuela —dijo deshaciéndose bruscamente de ella—. Pero no podemos centrarnos solo en matarla. Algo me dice que en su entorno hay algún punto débil con el que abordarla.

—Ya... Esperas un milagro, y no va a ocurrir. Si le hubieras echado lo que te di en su bebida, todo se habría acabado.

—Se moriría allí mismo, abuela. Y luego la autopsia...

—¡Muerte por sobredosis! Como les pasa a muchos de los que nunca llegarías a sospechar.

—Ya... Y qué curioso que nuestra familia está relacionada con el dueño del local, cuando en el pasado también fuimos investigados por la muerte del novio de mi madre por una circunstancia idéntica. ¿No crees que la policía caería en lo mismo?

Victoria acariciaba su mentón.

—Estamos a miles de kilómetros de aquel lugar. En este estado la policía es otra.

—Vamos, abuela... ¿vives en el siglo diecinueve? —Y sacó de su bolsillo el botecito con los polvos que ella le había facilitado—. Déjame pensar, mañana tendré la mente más clara. —Se lo entregó y después caminó hacia casa.

Victoria se quedó sola en el jardín. El aire cortante rozaba la superficie de sus mejillas.

—Cómo echo de menos aquella trituradora.

Después se dio la vuelta y vio las lucecillas del alumbrado del pueblo reflejado en las tranquilas aguas.

—Pero sé trocear... Y ese lago tiene mucha profundidad.

Capítulo 29

1

A la mañana siguiente, Victoria preparaba su desayuno de mal humor. No tenía cuidado con el ruido y Ethan se despertó con el estridente sonido de la vajilla en la cocina.

—¿Vas a abrir la librería?

—No.

—¿Entonces...?

—Me voy al pueblo a hacer ruido.

El chico apoyó su trasero en la encimera, extrañado.

—Sí, hijo... Voy a meter bulla entre los vecinos. Esa votación de hoy es la última esperanza de que esa empresa se largue de aquí.

—Aunque esa empresa se largue...

—Ya sé... Me pasa como a ti. Estoy a la espera de un milagro.

Después de unos segundos en silencio, Victoria dio el último trago.

—Después iré a buscar a Charlie. Prepárate para el drama...

—Pobre... ¿Quieres que vaya yo?

—No. Es asunto mío.

—No me importaría...

—¡Que no!

Victoria salió dejando que la puerta de la terraza se golpeará sola al cerrarse.

Ethan, a solas, enfrentó los diferentes caminos que su mente creía posibles para las próximas horas. En algunos de ellos todavía contemplaba el perdón hacia Silvia, aunque la voz de su abuela retumbaba con fuerza ante esa posibilidad.

Se asomó a la ventana y vio el Mini Cooper circulando carretera abajo hacia el valle. Su admiración por su abuela venía del pasado, cuando en la extorsión con la mafia mexicana había sido capaz de tramar como una psicópata, adaptándose a las circunstancias más adversas, un plan para proteger a su familia.

El hecho de que ahora su abuela no fuera capaz de hacerlo, lo aterraba. Nunca había visto aquella expresión de resignación y desconcierto en ella.

Pero él creía tener un plan.

Su teléfono vibró en el bolsillo.

Un mensaje de Blake.

“Nos vemos esta noche. Ese bourbon está delicioso”.

De pronto, el plan que se había forjado acabó de tomar forma y todas las dudas se disiparon.

Cogió su chaqueta y salió apresurado ladera abajo.

2

Ethan apuraba el paso en la entrada al pueblo desde aquel lado del valle que lo obligaba a transitar por delante de la librería. Cuando llegó a su altura comprobó que estaba cerrada. Las aceras tenían más vida que un lunes cualquiera y cruzó para tomar las calles colindantes menos transitadas, que lo llevarían hasta el multiusos donde estarían realizando las votaciones.

Cuando divisó el aparcamiento, detuvo el paso y observó el movimiento de los vecinos. Primero localizó el Mini Cooper y un poco más allá a su abuela en el centro de un corrillo de vecinos haciendo aspavientos.

En la entrada del edificio, el sheriff paseaba inquieto mientras el alcalde se detenía a hablar con los vecinos. No había ni rastro del inversor, ni de Silvia.

Se mantuvo agazapado, esperando a que Victoria se aburriera de malmeter y se fuera a recoger a Charlie al hospital. Pero el tiempo pasaba, unos entraban, otros salían y ella no se cansaba de hacer de las suyas.

A media mañana el Bentley de cristales tintados llegó al recinto, estacionando cerca de la puerta de entrada. Ethan notaba el palpar de su corazón en la garganta y, para su alivio, solo Blake bajó del vehículo.

Ese fue el momento en el que Victoria decidió que su labor allí había llegado a su fin. Salió del aparcamiento y condujo el coche hacia la salida del pueblo, en dirección a la carretera que la llevaría hasta el hospital.

Ethan salió de su posición y se dirigió al edificio. Allí los vecinos sonreían sin prestarle atención.

—¿Has visto qué precio han puesto a los metros cuadrados de ese monte inservible?

—Son muy generosos, seguro que harán unas ofertas justas por nuestros negocios.

—¡Yo ya he votado que sí! ¿Vosotros qué vais a hacer?

—¡Lo mismo!

Cuando subió la escalinata que daba a la entrada, el alcalde lo abordó.

—¡Eh! ¿Qué tal? ¿Vienes a votar?

—No puedo, no estoy censado aquí...

—Vaya... Deberías censarte cuanto antes —dijo dándole unas palmaditas—. ¿A qué vienes entonces?

—Tengo que comentar un asunto con Silvia.

—No ha venido... He estado pendiente de su llegada, pero no está.

Ethan sintió una náusea en la boca del estómago.

—Entraré igualmente a saludar a Blake.

Button se quedó parado tapándole el paso unos instantes, sonriendo sin decir nada. Ethan lo esquivó sin conseguir que dejara de mirarlo.

Dentro del recinto varios funcionarios del ayuntamiento trabajaban de manera organizada. Había una gran mesa con dos personas repartiendo folletos y explicando lo básico del proyecto a los vecinos que hacían cola y, en el otro extremo del escenario, una urna custodiada por tres personas que anotaban el nombre del votante y se aseguraban de que la papeleta fuera

depositada.

—¡Chaval! —gritó Blake agitando el brazo cuando lo vio de lejos.

Ethan se acercó serio indicando con la cabeza para que se apartara de quienes lo rodeaban.

—¿Dónde está Silvia?

—Camino a Chicago, ¿no me habías dicho que era mejor que no se enterara? Pues ya está.

—¿Tendrán el dinero para esta noche? —preguntó bajando la voz, aliviado.

Blake lo apartó hacia un lado, para que la conversación fuera todavía más discreta.

—Por supuesto. Al final el senador Holloway se ha animado y traeremos cuarenta mil, el doble.

—Sin problema, les daré cincuenta mil en criptomonedas. Ese excedente les sobrará para la repercusión fiscal de esa operación.

—Ese sistema... será de fiar, ¿verdad, chaval?

—Claro, todo será muy transparente. Traigan su propio portátil, así verán cómo se ejecuta la operación en su exchange en tiempo real.

—¡Perfecto! —dijo poniéndole una mano en el hombro al chico, que miraba a su alrededor.

—¿Y el señor Holloway?

—No puede estar aquí.

—¿Y eso?

—Un político de ese calibre no puede estar visible en esta votación.

—Entiendo...

«Todo muy claro y transparente», pensó Ethan.

3

Ethan vagó un par de horas entre la tranquilidad del silencio profundo, el aire puro y la naturaleza serena del monte, y eso le sirvió para aclarar y asentar su plan para esa noche. Haberse ganado la confianza de Blake tan pronto no le daba buena espina, pero si algo se torcía, ¿qué podría perder? Nada en comparación a lo que Silvia les exigía.

Llegó a casa hacia el mediodía. Charlie estaba sentado en el porche con las mejores vistas a su disposición, aunque tenía la mirada perdida. Cuando vio llegar a Ethan apenas hizo un leve gesto para devolverle el saludo.

El olor a estofado de la cocina llegaba hasta allí y abría el apetito. Victoria no escatimaba ingredientes en su preparación y aquel característico olor a Ethan le trajo recuerdos del pasado. De cuando, casi por obligación, su madre y él iban a comer a casa de los abuelos.

A Ethan no le suponía ningún trauma. Aunque las comidas solían acabar con alguna discusión que sacaba a su madre y su abuela de sus casillas, siempre encontraba en su abuelo Raymond un cómplice que le quitaba trascendencia a las disputas.

Lo echaba de menos y, aunque la muerte se lo había llevado demasiado pronto, conservaba de él muchos recuerdos que le aportaban valores para la vida. A menudo se preguntaba qué haría él en una situación como esa, y tenía claro que no era un hombre de los que se fueran a rendir. Al igual que su abuela, tenía un instinto para la protección de los suyos, y sabía que haría cualquier cosa para mantenerlos a salvo.

«Cualquier cosa».

Supuso que la abuela querría hablar con él. Las horas estaban pasando y no había ningún plan establecido entre los dos. Estaba preparado para una bronca con ella si le echaba en cara que no había estado a su disposición cuando regresó del hospital, pero la presencia de Charlie jugaba a su favor. No la veía montando un numerito mientras él estuviera presente. Además, habían tomado precauciones por si hubiera micrófonos en casa. Podría comer tranquilo y la iría tanteando mientras tanto.

—Qué bien huele... —dijo al entrar en la cocina.

—Ve poniendo la mesa.

—Charlie está un poco deprimido, ¿no?

—No hace más que repetir que no podrá tocar la guitarra —se lamentó mirándolo a través de los cristales.

—Pobre... tiene que ser duro para él.

Victoria se dio la vuelta y sin decir nada continuó faenando.

Ethan sabía muy bien qué significaba eso. Su abuela estaba cansada del victimismo de Charlie. Si algo había que la desesperara eran las personas que se escudaban en alguna excusa para no salir adelante. Ella era el vivo ejemplo de lo contrario. Jamás la oyó lamentarse por el hecho de que la mafia mexicana le hubiera amputado tres dedos. Ni siquiera recordaba haberla visto llorar cuando falleció Raymond. Era fría e inquebrantable, por eso aquella situación con Silvia en la que no podía encontrar una solución inmediata los desorientaba.

O no tanto...

Mientras ponía la mesa, Ethan estudió los movimientos de Victoria. Se mantenía con una postura erguida, tal vez más de lo normal. No la veía insegura ni confundida y no detectó en ella urgencia alguna por hablar con él a solas.

Tal vez Victoria ya hubiera pensado un plan.

Un plan donde no contaría con él.

Como el plan que él también había tramado.

Capítulo 30

1

Silvia respiraba con dificultad en el Roxy Café. Había estado tan metida en sus pensamientos durante tantos kilómetros al volante, que la ansiedad la obligó a desviarse de la autopista que la llevaba a casa.

Le llevó dos minutos llegar a ese bar desde la salida de la ruta, pero no sabía el nombre de aquel pueblo tranquilo y bien cuidado.

Se había refrescado con agua en el baño y, más tranquila, después de declinar la opción de comer algo, tomó un café en una mesa apartada del establecimiento.

Rememoraba una y otra vez la escena de la noche anterior. Se culpaba por haber caído tan bajo con esas intenciones con las que pretendía...

En realidad, ninguna pretensión justificaba el ofrecimiento que había realizado.

«Es esa familia la que me hace sentir mal, por eso actué así, desesperada».

Por momentos tenía la sensación de que una grada repleta de miles de espectadores la observaba. Se sentía sucia. Pero cuando miraba a su alrededor solo veía unas pocas mesas de clientes distraídos que estaban en aquel establecimiento casi vacío.

Dejaría pasar las horas y no atendería el teléfono a nadie. Necesitaba aislarse.

«Pero solo hasta mañana».

En cuanto Ethan hiciera la transferencia sería millonaria. De lo contrario, enviaría su confesión al FBI tal y como había planeado y se quitaría ese odio que la carcomía desde hacía años.

Todo se acabaría, para ellos también.

Adiós a Ethan, a Casandra y a aquella vieja con su maldita tenaza.

Cogió el teléfono y envió un whatsapp a Ethan:

“Os queda menos de 24 horas para aceptar mis condiciones. Espabila o sabrás lo que es el miedo de verdad”.

Empezaría de nuevo. En otra ciudad. Lejos de Blake y de todos los que a partir de entonces la mirarían con descaro.

—¿Vas a tomar más café?

—No, gracias.

Miró el teléfono. Ethan había leído el mensaje, pero no contestó.

Silvia cogió el bolso y la pistola se movió en su interior, balanceando el peso hacia un lado.

Cuando se metió en el coche, solo deseaba llegar cuanto antes a su apartamento y aislarse del mundo.

Desde que Victoria se había mudado a casa de Charlie, siempre comía mirando al lago, pero ese mediodía le había cedido el lugar original a su hombre, que masticaba despacio, con la mirada perdida.

—Esta noche quiero ir al Hilltop —comentó, sorprendiéndolos.

—¿No decías que tenías mucho dolor? —preguntó Victoria, metiéndose en la boca un trozo de patata.

—Tomaré los calmantes que hagan falta. Quiero ir...

—No sé si será buena idea, no hemos ordenado ese despacho todavía.

—Me da igual, ese lugar es mi casa.

—Ya no... ¿Recuerdas que lo has vendido? ¿No tienes miedo de reencontrarte con Silvia?

Los labios de Charlie temblaron, pero sus lágrimas quedaron atrapadas en el borde de su mirada.

Ethan clavó los ojos en su abuela, balanceando la cabeza.

—Nunca pensé que ese club fuera tan importante para mí —dijo cogiendo la servilleta para secar las lágrimas—. Me arrepiento de haberlo vendido, pero necesito estar allí todo el tiempo que pueda.

—Charlie, yo lo atenderé esta noche. Es mejor que hagas caso a mi abuela y descanses. Al menos hoy y mañana, ya habrá tiempo de...

El hombre golpeó la mesa con el puño sano.

—¡Ninguno de vosotros me va a decir lo que tengo que hacer a partir de ahora!

—Cariño, relájate —le pidió Victoria pinchando un trozo de carne.

Charlie se levantó renqueante y se metió en casa.

—Míralo cómo se ha puesto. Además de tener la mano mala, ahora también cojea...

—Abuela...

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Atender el club esta noche, pero es mejor que él no venga.

—Déjalo, que esté el tiempo que aguante, que no será mucho. Se echará a llorar enseguida.

Ethan le hizo un gesto para hablar en el jardín, pero ella acabó su ración y repitió con un poco más. Cuando estuvo saciada le indicó que ese era el momento.

Caminaron por la pendiente hacia la valla que delimitaba la propiedad.

—¿Has pensado cómo nos vamos a deshacer de tu amiguita?

—He quedado con su jefe y con el otro, el senador, esta noche.

—¿Y qué pretendes? ¿Emborracharlos?

—Tengo el presentimiento de que les sacaré algo importante.

—¿Para qué?

—Para chantajearlos...

—No seas ingenuo, Ethan. Mañana se nos acaba el plazo con Silvia, pero mira, igual esa reunión viene bien para mi plan.

—¿Qué plan?

Victoria abrió la verja que daba acceso al sendero que transcurría hacia la orilla del lago.

—Es muy profundo.

—No, abuela.

—La mataré e iré a la cárcel si es necesario, pero no le vamos a entregar doce millones.

Ethan negaba sabiendo que sería capaz de cometer ese asesinato.

—Ganaremos tiempo —propuso él.

—¿Cómo?

—Dame esta noche.

—No queda tiempo, Ethan. O la llamamos cuanto antes, o mañana nos denuncia al FBI. Ya la has oído.

—Yo la convenceré.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Así que irá al club...

Ethan pensó unos segundos si contarle que Blake la había enviado a Chicago, pero después pensó que no ganaría nada con decírselo, más bien lo contrario. Su plan no debía sufrir ningún contratiempo. Tenía una reunión e iba a estar allí.

—Abuela, no hagas nada, por favor. Déjame a mí...

—¿A ti?

Victoria acarició con su muñón el pelo del chico. Sonreía con cierto aire de nostalgia y él la dejó hacer, sabiendo que no iba a convencerla.

Capítulo 31

1

La euforia se había instalado entre los vecinos. El Hilltop rebosaba diversión y alegría. El alcalde invitaba a algunos de ellos y, por supuesto, a Blake, que lo acompañaba junto al sheriff.

La gran representación del pueblo brindaba por el resultado en las votaciones de que la gran mayoría era favorable a vender los terrenos comunales y repartirse el dinero entre todos.

«Ese dinero no os sacará de ninguna de vuestras miserias, malditos ignorantes», pensaba Victoria.

Ethan atendía la mesa donde se sentaba Blake.

—¿No viene el señor Holloway? —preguntó de manera discreta cuando les puso unas copas.

—Vendrá cuando yo le diga. —Le guiñó un ojo.

Victoria despachaba todas las bebidas que Wendy le solicitaba sin articular palabra con nadie.

Charlie era el centro de atención por donde pasaba y, aunque no se atrevía a mirar hacia el escenario, todos se detenían a saludarlo y a darle ánimos.

—Hay muchas maneras de estar en la música, Charlie. ¡Ánimo!

—Sabes componer, por tanto, sigues ahí.

—No te desanimes, imagina que te hubieras quedado sordo...

Aunque algunos comentarios no ayudaban, se fue contagiando del sincero aliento de sus vecinos y pronto volvió a sonreír.

Tomó el mando de la música y pinchaba canciones de country alegres que ayudaban a que la euforia se mantuviera por todo lo alto.

—¿De qué conoces al que está con el alcalde y el sheriff? —preguntó Charlie a Ethan.

—Es el máximo inversor.

—¡Preséntamelo!

Ethan miró hacia su mano vendada que descansaba en el cabestrillo.

—Vamos... Ya me está doliendo otra vez. No sé lo que aguantaré, pero tengo que decirle algo a ese tipo. Ya ves que puedo seguir en el negocio —dijo señalando hacia el ordenador donde pinchaba su música.

Charlie caminó detrás de Ethan, hacia la mesa más concurrida. Algunos vecinos todavía estrechaban agradecidos la mano del inversor.

—Señor Blake, permítame presentarle a Charlie Davis, el hasta ahora dueño del Hilltop.

—Es un placer, señor Davis. —Le extendió la mano con la que Charlie no podía corresponder.

Pero eso no le privó de entablar una conversación donde exponer su historia personal con la música y las posibilidades que todavía se le abrían a pesar del desafortunado percance.

Ethan los dejó solos y regresó para dar salida a toda la demanda de bebidas que se acumulaba en la barra.

—¿Qué pasa con Silvia? ¿No va a venir?

—No lo sé, abuela.

«Esa zorra es muy precavida. La mataría aquí mismo, delante de todos», pensó Victoria, acariciando el botecito que guardaba en su pantalón.

2

Silvia paseaba descalza por su apartamento. Con cada pisada sentía la caricia fría bajo sus pies que la hacían estar conectada con el presente. La ayudaba a no divagar, era el anclaje que necesitaba para no pensar en lo que había ocurrido ni en lo que vendría en el futuro.

No había recibido ninguna llamada ni mensaje de Blake y, por supuesto, ella no iba a molestarlo. Le había dejado bien claro que no la quería ver en unos días. Ahora él había tomado las riendas de las negociaciones.

Después del retraso con el contrato de venta de Charlie, había recuperado su confianza en ella y la tendría a su lado. Hasta que se sobrepasó bebiendo y bailando con el alcalde primero, e insinuándose en su cama después.

No sabía cómo la trataría a partir de ahora. La vergüenza que había pasado por dar rienda suelta a sus ambiciones sería una sombra que arrastraría con ella para siempre. Lo sabía, pero no quería pensar en ello.

Se apoltronó en el sofá y miró a su alrededor.

«¡Eh! Tampoco lo hice tan mal... Tengo un pequeño hogar en el centro de una gran ciudad».

La vivienda apenas superaba los cincuenta metros cuadrados. Nunca tenía tiempo para acabar de adornarlo, por lo que todo el espacio estaba carente de calidez y, aunque para ella era suficiente, estaba muy lejos de todo lo que podría adquirir si tuviera sus criptomonedas.

«Me pertenecen... Es un reparto justo».

Abrió el portátil y entró en la web de Cripto Island. Desde allí operaba con la cuenta fondeada que la empresa le había facilitado para obtener rentabilidades a cambio de una pequeña comisión que ella se quedaba.

«Pronto dejaré de abrir estas páginas. Tendré tanto dinero que no será necesario estar pendiente de los mercados».

Encogió las piernas y puso los pies fríos sobre el sofá. Se tapó con una manta de felpa con la que percibió el calor en su cuerpo y encendió la televisión con muy poco volumen. Jimmy Fallon entrevistaba a una influencer que ella no conocía.

Poco a poco se encogió sobre sí misma, mirando el movimiento de la gráfica de bitcoin.

La gráfica la tranquilizaba.

Y las risas de la entrevista, también.

Tanto que se relajó y se quedó adormilada.

3

Blake miraba el móvil una y otra vez. Dante esperaba impaciente en el asiento trasero del Bentley, tras los cristales tintados. El local todavía estaba abarrotado con la celebración y los vecinos se habían empeñado en hacer de aquel momento uno de los más memorables para Charlie.

Coreaban su nombre, cantaban sus canciones y lo animaban a unirse a ellos. Aunque a él le dio mucha pena no poder coger su guitarra, todos lo rodearon impidiéndole sollozo alguno. Lo vitoreaban y pronto empezó a atender las peticiones de sus fans cantando a capela con ellos.

El inversor se acercó a la barra y se dirigió a Ethan.

—¿Cuándo vamos a realizar la operación? Tengo a Holloway muy impaciente.

—Cuando esto se vacíe, como ayer.

—Tendrás que echar a esta cuadrilla de perdedores.

—Tenga paciencia, señor Blake. Esta noche se repartirán cincuenta mil dólares.

El chico miró a su alrededor. Parar aquella fiesta trascendería durante días y eso echaría abajo su plan. Necesitaba mucha discreción y aquella juerga no ayudaba.

—¿Qué pasa? —dijo Victoria acercándose—. ¿No le gusta el ambiente? Seguro que su putita estaría encantada. ¿Por qué no la llama para que se una?

—¿Qué coño dice, vieja?

Ethan se interpuso entre ellos apartando a Victoria a un rincón.

—¡Abuela! ¿Qué haces?

—¡Espabila, Ethan! Están a punto de mearnos encima.

—¡Déjame a mí, abuela! ¡Solo esta noche!

—No hay tiempo para más... Tienes que conseguir sacarle dónde está Silvia o la iré a buscar a uno de esos hoteles, ¿me entiendes? ¡La mataré esta noche!

—Abuela, tranquilízate. Averiguaré dónde está, pero no hagas nada sin mí...

Victoria agarró con su tenaza el mentón de su nieto. No presionaba con fuerza, solo quería acariciarlo y él se dejó.

Mientras, Blake ya se dirigía hacia el corrillo donde Charlie protagonizaba una canción melancólica. Abrió paso apartando a los vecinos a empujones y agarrándolos con desprecio hasta llegar a Charlie.

—¡Venga, cantante! Por hoy ya es suficiente. Lárgate a tu casa.

Los vecinos alzaron la voz, protestando. La fiesta debía continuar.

Pero Blake se acercó al oído de Charlie.

—O te largas ahora o te cortamos la otra mano... y la punta de la lengua.

La sonrisa de Charlie se desdibujó y sus labios se tensaron mientras aquellas palabras penetraban en su mente. Sus ojos se abrieron y el pánico se dibujó en su rostro. Después se abrió paso entre el público en dirección a la barra.

—¿Qué pasa, Charlie? —preguntó Victoria, indignada.

—Vámonos, cariño, me duele mucho...

—¿Qué te ha dicho ese hombre?

—Nada, vámonos de aquí.

Charlie, ahora pálido, se abrió camino entre la gente que protestaba en defensa de su vecino.

—Lo dejo en casa y regreso —dijo Victoria a su nieto.

—¡No, abuela! ¡No vuelvas!

Pero ella ya caminaba detrás de Charlie, apartando a la gente que protestaba por aquella

precipitada huida.

—¡Algo le ha dicho, que Charlie se ha venido abajo!

—Pero ¿quién se cree que es?

—Cuidadito, que igual esto no se vende así como así...

A pesar de la críticas y ajeno a ellas, Blake había conseguido su objetivo y tomó asiento satisfecho. Aquel detalle cortó de raíz toda euforia y, después de irse Charlie, los ánimos se calmaron en un par de minutos. Acto seguido, los vecinos comenzaron a irse.

Ethan respiró aliviado. No le importaba el descontento general.

—A la mierda la recaudación y las propinas de la noche —dijo Wendy arrojando la bandeja sobre la barra.

—Vete si quieres, ya recojo yo —bajando el volumen de la música ambiente del local.

—Gracias, jefecito. ¿Vengo mañana?

—Te llamo, ¿estarás disponible?

—Tengo planes, pero depende de lo que pagues...

Wendy le sonrió y pasó por su lado tropezando con la puerta abierta del lavavasos industrial que estaba a medio llenar. Ethan se despidió levantando ligeramente la barbilla.

Blake cogió su teléfono y llamó.

—Ven para acá.

—No, asegúrate de que no quede nadie y vuelve a llamarme, no quiero que me vean esta noche.

—Descuida.

Cortaron la llamada y Blake se dirigió al alcalde.

—Button, vaya a descansar, yo haré unas llamadas desde aquí y me iré enseguida. Mañana tenemos mucho trabajo.

4

Victoria conducía con prisa y los giros bruscos del volante marearon a Charlie.

—Más despacio, por favor.

—¿Te encuentras mal?

—Sí.

—Pues tengo la sensación de que volvemos a casa por otro motivo.

—Estoy mal...

Charlie bajó el cristal un par de centímetros para que entrara aire fresco. Victoria lo miró.

—Pareces un perdedor, Charlie.

—¡No lo soy!

—Solo digo que lo pareces. ¿Acaso creías que ibas a hacerte famoso en tu vejez?

Charlie agarró el brazo sujeto en el cabestrillo con la otra mano y la miró, incapaz de procesar lo que acababa de oír.

—No seas infantil, Charlie. Tienes que ser un hombre de una vez por todas.

—Un hombre de verdad lucha por sus sueños —dijo tras un sollozo.

—Sí... Y los logra...

El coche ya ascendía por la pendiente que los llevaba a casa. Ella estaba al borde de salirse de

sus casillas.

«No soporto esa actitud de falso ganador».

—¡No llores más! ¡Reacciona!

El Mini circulaba a demasiada velocidad y Charlie se sujetó al asa de la puerta para mantener el equilibrio en la entrada bacheada de su casa. El coche entró por el camino de grava y Victoria lo frenó de golpe haciéndolo derrapar unos metros.

Apagó el motor y se miraron. Ella esperaba una reacción, pero él no sabía qué decir.

—Necesito descansar. Mañana pensaré mejor —dijo, al fin.

Salieron del vehículo y entraron en casa. Charlie fue directo hacia la habitación y Victoria encendió el fuego para prepararle una infusión.

La estancia estaba en silencio y solo se oía el traqueteo de la vajilla en la cocina. Poco después, llevó la tisana a la habitación. Charlie estaba sentado entre almohadones, sollozando de nuevo.

Victoria deseaba acabar con la escenita cuanto antes.

—Tómate esto, anda.

Él se negaba, lo que hacía que su amada estuviera a punto de perder los papeles.

Dejó la infusión sobre la mesilla.

—Me vuelvo al Hilltop, no quiero que Ethan cierre solo.

Cuando cruzaba el umbral para salir de la habitación, Charlie la llamó.

—Victoria, tenemos que hablar.

—Ahora no, Charlie...

—Tiene que ser ahora, Victoria. Te necesito, o me moriré de pena.

Ella ya sabía lo que tocaba en ese momento. Charlie necesitaba su afecto, pasar un rato abrazado a ella, con cara de estúpido enamorado, escuchando que todo iba a salir bien hasta quedarse dormido. Eran las vitaminas de ese hombre, tan simple para acariciar un momento de felicidad, tan iluso como para ver un futuro próspero con su música.

Victoria se acercó y se sentó al borde de la cama. Le acarició el pelo. Él lloró desconsoladamente y ella optó por vivir aquel momento con ternura, porque podría ser la última vez.

Capítulo 32

1

El Hilltop se vació y, como cada lunes, se hizo el silencio en el pueblo antes de medianoche. Dante salió del Bentley cuando no hubo peligro de que nadie lo viera y pasó por debajo de la verja que estaba a mitad de recorrido, sujetando un neceser.

Ethan servía hielo en los vasos anchos para otra velada de bourbon y tabaco nicaragüense. Había dispuesto dos mesas pegadas al fondo del local para estar más cómodos y Blake abría su portátil, dispuesto a realizar la operación.

—¡Ya era hora, cabrones! —gritó el senador con los brazos abiertos—. Estaba a punto de enviarlos a la policía estatal...

La voz de Dante sonaba grave y lenta, por lo que Ethan supuso que sería fácil emborracharlo.

—No seas mamón —dijo Blake—. Trae eso para acá.

Ethan tenía prisa, quería hacer la operación lo más pronto posible, antes de que algo pudiera complicarse. Sostenía la bandeja en alto con los tres vasos y la botella de bourbon y sonrió al senador por cortesía.

Dante cambió su expresión de golpe, dejó el bolsito sobre la mesa y realizó un gesto inesperado.

Abrió su chaqueta y sacó un revólver con el que apuntó a Ethan.

—¿De qué te ríes, chaval? ¿Qué es lo que te hace gracia?

Ethan retrocedió y la bandeja se tambaleó en su mano.

—Deja de hacer el payaso, Dante —dijo su amigo—. ¿Traes toda la pasta?

Pero Holloway tenía el semblante muy serio y no dejaba de apuntarlo. Mantuvo la tensión unos segundos más y después su boca se abrió en una sonrisa radiante.

—¡Vamos, chaval! Sírreme esa copa y trae los puros de ayer —ordenó guardando el revólver en la funda.

Ethan apoyó la bandeja sobre la mesa. No era la primera vez que lo apuntaban con una pistola, pero la locura repentina del senador le pareció más intimidatoria que la boca oscura del arma hacia él.

Blake abrió la cremallera mientras el chico vertía el bourbon con delicadeza en los vasos.

—Aquí lo tienes, ¿lo quieres contar? Son todo billetes de cien.

El chico miró de reojo el contenido y vio cuatro fajos bien atados.

—No es necesario —dijo con semblante serio.

El senador tomó asiento emocionado delante del portátil. Atrajo hacia él la bolsita con el dinero y bebió un largo trago de licor. Después dio tres palmadas que resonaron con un eco seco que se dispersó en el aire y se frotó las manos.

—Bien, ¡vamos al lío, cabrones!

Ethan trajo la caja de puros y los dejó sobre la mesa, sin molestarse en abrirla para su ofrecimiento. Mientras ellos los toqueteaban, preparó su portátil sentándose en el otro extremo.

—Bien, señores. Vayan abriendo su exchange y miren la cotización de bitcoin a día de hoy.

—¿Exchange? Tú controlas de esto, ¿verdad, Blake?

—Sí, no te preocupes...

—¿Y por qué no nos enseñas lo que estás haciendo con tu portátil?

—Quiero que usen su portátil y no el mío, es la manera de verificar que no los estoy engañando —dijo, y después levantó la vista hacia el senador—. De todas formas, si quiere sentarse aquí, no tengo problema, pero como veo que no tiene ni idea...

El senador abrió la chaqueta, de nuevo, y acarició la empuñadura.

—¡Quieto, Dante! El chaval sabe lo que hace.

Ethan volvió a centrarse en el monitor.

—Por favor, señor Blake. Acceda al perfil de usuario y cambie la contraseña de acceso.

—¿Y eso por qué?

—Vamos a hacer una operación segura y discreta. Imagine que Silvia estuviera conectada en este momento al exchange y se diera cuenta de que su billetera está operando.

—Cancelaría la operación o cambiaría ella misma las contraseñas por seguridad.

—Exacto. Cámbielas ahora.

Blake tecleó la nueva contraseña y la validó con su app móvil de autenticación. Después Ethan continuó con sus instrucciones.

—Bien, tal y como está la cotización ahora mismo, los cincuenta mil dólares valen... —Abrió la calculadora del sistema y realizó la operación—. Cero coma ochenta y seis veinte, ¿es correcto?

—¿Cómo que cero coma ochenta y seis, chaval? —dijo el senador echándose hacia adelante mientras Blake comprobaba la operación.

—Es correcto —confirmó su socio.

Dante lo miró con el ceño fruncido y recuperó su posición.

—Muy bien —continuó Ethan—. Para redondear les transfiero cero coma noventa, son unos dos mil dólares más, ¿de acuerdo?

—¿Y eso?

—Esa pistola me dijo que hoy tenía que ser generoso.

—Muy bien, chaval... —respondió el senador incorporándose hasta darle una palmada en el hombro.

Ethan sacó la libreta y el bolígrafo de camarero y se la entregó a Blake.

—Por favor, anote la dirección de su billetera en ese papel.

—¿Anotar? ¿No es mejor que te la pegue en un mail para evitar errores?

—No debemos dejar rastro de este blanqueo. Recuerden, máxima discreción, por favor —dijo centrando la mirada en su monitor.

Blake navegó a través del menú hasta dar con el largo código alfanumérico de la billetera para recepcionar la porción de bitcoin. El silencio repentino tensionó a los dos inversores.

—Compruébelo las veces que sea necesario —dijo el chico mientras observaba el gráfico.

Después de un par de minutos de minuciosas comprobaciones, le entregó el papel.

Ethan tecleó, poniendo especial cuidado con las mayúsculas del código.

De pronto, la verja de la entrada crujió.

El senador se levantó abriendo la chaqueta.

—¿Quién anda ahí?
La puerta se abrió.
Victoria llevaba el bolso colgado en su hombro.
Y tenía la cremallera abierta.

2

El teléfono de Silvia vibró entre la manta. Había conseguido conciliar el sueño y, aunque conectaba de vez en cuando con la realidad dando pequeñas cabezadas, no se percató del aviso.

El programa televisivo hizo una pausa para la publicidad y el sonido se elevó, sacándola de su ensoñación.

Se estiró, cogió el portátil y lo dejó en su regazo. Trasteó con la gráfica cambiando su temporalidad de horas a minutos. Las barritas, que hasta unas horas antes se turnaban entre el rojo y el verde, habían adquirido una tendencia bajista donde todas eran rojas en los últimos minutos.

Abrió la herramienta de Fibonacci en la aplicación y trazó las líneas desde la vela más alta hasta las más baja. Después analizó si se daban el resto de confluencias.

«Podría haber una oportunidad en corto, solo durante unos minutos. A Blake le parecerá bien un poco más de beneficio y comprobar que, a pesar de todo, sigo siendo profesional en mi trabajo».

Esperó a que el precio respirara y llegara al nivel donde había trazado el punto de entrada en la operación. Cuando el gráfico estaba próximo a esa zona, el teléfono vibró de nuevo.

Lo buscó entre los pliegues de la manta y leyó los mensajes.

“Cripto Island: Inicio de sesión en MO, USA. Toca el enlace para responder”.

“Cripto Island: su contraseña de acceso ha sido correctamente modificada”.

Actualizó el gráfico en su portátil y la sesión se cerró. Insertó el código de usuario y su contraseña.

“Usuario o contraseña erróneos. Vuelva a intentarlo”.

Dio un salto del sofá y volvió a percibir el frío suelo.

—No puede ser. Nos han hackeado... —susurró—. Debo llamar a Blake.

El reloj de su cocina americana indicaba que pasaba de medianoche.

«No. Estará descansando. Va a pensar que estoy obsesionada con él».

Regresó al sofá e introdujo una y otra vez los datos.

Después releyó los mensajes de su teléfono.

Su respiración se agitó y comenzó a retorcer los dedos de las manos y a llevárselos a la boca.

Dante agarraba la empuñadura de su arma sin sacarla de la funda sobaquera. Victoria lo observaba con su tenaza metida en el bolso. Blake, paralizado en su asiento, miraba a Ethan, inexpresivo, esperando una reacción.

—¿Qué está pasando aquí, hijo?

—¿Hijo? —gritó el senador.

Ethan salió de su parálisis dando un salto y haciendo una señal a Dante para que se calmara.

—¡Abuela! —gritó con tono amable caminando hacia ella—. Perdóname, estamos viendo algunos detalles del macroproyecto que se va a construir en el pueblo...

Victoria los miró uno a uno, en silencio.

—Espero que no te importe que me haya tomado la libertad de hacerlo aquí. ¿Quieres que te los presente?

Ella observaba en silencio por encima del hombro de Ethan como el senador se relajaba y sacaba la mano desarmada.

—Me llevaré la recaudación...

Ethan le hizo un gesto para que se largara, pero ella caminó hacia la barra para acceder a la caja registradora.

—Es solo un momento, señores. Enseguida estoy con ustedes...

Victoria abrió la caja, cogió los billetes más grandes y los guardó en su bolso abierto enseñándole a Ethan la pistola que guardaba dentro.

El chico abrió los ojos y apretó su mandíbula.

—¡No salgas tarde!

—Es cuestión de poco tiempo, abuela. No te preocupes. Te acompaño, quiero pasar la llave por dentro, nos has dado un susto de muerte.

Victoria los miró por última vez y levantó su barbilla con paso decidido hacia la salida.

Ethan la acompañó y salieron al aparcamiento.

—¿Dónde está Silvia? —susurró.

—No lo sé.

—Están armados. Necesitas los polvos... ¿Quieres mi pistola?

—¡Abuela! ¡Vete a casa!

—¡No!

Ethan entendió que su abuela necesitaba ser parte del plan, aunque solo fuera para juzgarlo. Pero era un plan que solo podría salir bien sin ella.

—Abuela, vete a casa y no te separes del teléfono. Instala aquella aplicación anónima que utilizamos hace unos años, Ghostline, ¿te acuerdas?

—Claro... —respondió, y se le iluminó la cara.

—Te enviaré unas indicaciones por ahí.

—¿Qué indicaciones?

—Sobre el paradero de Silvia.

—¿Para matarla?

El chico asintió sin decir nada más y la empujó hacia el coche.

Después entró al Hilltop. Cerró la verja hasta el suelo y cerró con llave.

Capítulo 33

1

Dante apuntaba con el arma a Ethan cuando regresaba hacia ellos.

—Si no baja esa arma, no podremos hacer la transacción.

—¿Quién era esa vieja?

—Es mi abuela, está emparejada con el dueño del local...

Blake puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—Está bien, chaval. Haz la transacción de una vez, me tienes hartito.

—Hartito estoy yo de que me apunte. Si no confía en mí, coja su parte y váyase.

—¿Cómo dices, gilipollas? —dijo elevando la pistola a la altura de la cabeza.

—Mire, Holloway. Lo de esta noche son migajas al lado de lo que pueden blanquear. Creo que no va a estar a la altura, es mejor que se retire de la operación.

El senador inflaba el pecho, sujetando nervioso el arma. Sus ojos permanecían fijos en su objetivo, incapaz de mantener la calma.

—Señor Blake, ¿usted sigue en la operación o también se retira?

—¿Quién ha dicho que me vaya a retirar? —gritó el senador.

—Baja el arma, Dante —ordenó Blake—. El chaval no se cree que, con un cargo como el que ostentas, vayas a asesinarlo por unos cuantos dólares.

—Ya, no soy tan estúpido. Aunque podríamos deshacernos de su cuerpo.

—Demasiados testigos han pasado por aquí hoy. Baja el arma y deja de hacer el imbécil.

Dante bajó la mirada y guardó el revólver.

—Adelante, chico. Haz la operación por el dinero total, como habíamos acordado.

Ethan tomó asiento sin decir nada más. Cogió el papel con el código de la billetera y tecleó con cuidado los dígitos. Después validó la operación con su móvil.

—Enviado...

—¿Ya está? Comprueba, Blake.

—No es inmediato —explicó Ethan cerrando su portátil.

—¿Estás de broma?

—Tardará entre una y dos horas en aparecer en su exchange, ¿nos fumamos unos puros mientras?

El senador cogió el neceser con el dinero y lo puso en su regazo.

—Claro... Fumemos mientras la operación se completa —dijo Blake, levantando su vaso.

2

Victoria aguardaba en su coche, escondida en la primera transversal del pueblo, bajo un sicamoro que ensombrecía la luz de las farolas. Desde allí podía ver el aparcamiento del Hilltop pasando desapercibida.

Instaló la vieja aplicación de Ghostline. Volver a ver el icono negro en su teléfono le trajo recuerdos y sonreía sin darse cuenta. Abrió la aplicación y añadió a sus dos contactos de interés, Ethan y su hija.

«Casandra, si supieras en la que estamos metidos... Disfruta de la vida un tiempo más».

No entendía qué hacía exactamente su nieto. Tenía el portátil abierto, no podía ser algo más que relacionado con criptomonedas, y eso le dio confianza en él.

Y el otro hombre, que echó la mano en un gesto para sacar un arma. No recordaba haberlo visto aquella noche, pero estaba con ellos.

¿Quién era?

¿Qué había tramado su nieto?

El semáforo del cruce calmaba sus nervios. Primero en ámbar, después en rojo y luego en verde, en una sucesión constante que la hizo prestar atención a sus pensamientos.

Por allí no circulaba nadie a aquellas horas, no tenía sentido que estuviera encendido.

No tenía sentido esperar allí.

No había ninguna vivienda cercana con alguna luz encendida.

Tenía un revólver.

Y podía usarlo.

Salió del coche y caminó hacia el Hilltop.

3

Ethan encendió un puro imitando los movimientos de los otros hombres. A él no se le daba bien y Blake sonreía observando su torpeza. Holloway estaba serio y los miraba desconfiado con cada calada o trago que daba a su bourbon.

—Esa abuela tuya tiene muy mala uva —comentó Blake.

—Solo cuando no toma la medicación. ¿Puede comprobar si la transacción ya está en curso en su billetera?

Blake actualizó la sesión en su exchange.

—Ya viene —dijo sonriendo, mientras el senador se acercaba ansioso al monitor—. Quedan unas cuantas validaciones, pero todo parece en orden.

—Es posible que la blockchain esté a pleno rendimiento a estas horas, tal vez en unos minutos esté finalizada.

—¿Validaciones? ¿Blockchain? Iros a la mierda... ¡Ponme otra copa, chaval!

La tensión se disipó en el ambiente a medida que la exchange iba agotando el procedimiento para que la transacción se completara. Mientras los puros y la botella llegaban a su fin en poco tiempo, Ethan ensayaba mentalmente un pequeño discurso.

La primera parte de su plan estaba ejecutado. Solo quedaba un pequeño paso más.

—¡Al fin! Transacción completada. Ya es nuestro.

—¿Cuánto, cuánto...? —quiso saber el senador.

—Cero con noventa bitcoin, cincuenta y dos mil novecientos treinta y dos dólares. ¡Ahí lo tienes!

—Perfecto, señores —dijo Ethan poniéndose en pie—. ¿Me entregan mi efectivo?

—Claro... —contestó Blake mirando al senador.

Ethan fijó la mirada en Holloway y este se levantó desafiante.

—Vamos... Ya tiene su dinero y algo más de regalo. Deme el bolso... Ahora.

—¿Pero quién te crees que eres para darme órdenes?

—Venga, Dante —intervino Blake—. El chaval ha cumplido con su parte, los negocios son los negocios.

—¿Y cómo sé yo que eso de las criptomonedas es real? Le damos efectivo y él ¿qué nos da? ¿Cero coma noventa de no sé qué mierda?

«Lo sabía», pensó Ethan.

—Pues vendan esa mierda ahora mismo y recupere su dinero.

—¿Cómo? ¿Que no es dinero todavía?

—Es bitcoin. Véndalo ahora y transfiera su parte a su cuenta bancaria. Es cosa suya, ahora quiero mi dinero.

El senador se aferró al pequeño bolso.

—¡Véndelo, Blake!

—Eso no va así, Dante. ¡Dale el dinero!

Holloway sacó el arma y apuntó a su amigo.

«Sí... Eso es...».

—Vende esa mierda, Blake. Y transfiere mi parte a mi cuenta.

—¡Que no va así, te digo! Hay que fiscalizar la operación. Mañana hablaré con Silvia...

—¡Qué le den a Silvia y a la fiscalización! Transfiere mi parte... ¡ahora! —gritó y accionó el martillo que resonó con un clic en el ambiente, silenciándolo todo.

«Muy bien...».

Afuera, Victoria acababa de llegar y los miraba en la oscuridad, alejada de la verja de entrada.

Sacó su revólver y le quitó el seguro.

Capítulo 34

1

Silvia jadeaba sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en el sofá. Jimmy Fallon se había despedido de sus televidentes hacía un buen rato, pero ella no lo recordaba. Su mente mezclaba gráficos del pasado, sentada en el césped del jardín de un colegio, con los que tenía en la pantalla en ese momento.

Le parecía que olía a primavera, casi percibía el calor del sol en su piel. Después miraba a su alrededor y la única luz que la alumbraba era el resplandor de las imágenes del televisor.

Observó sus manos, las uñas largas y moldeadas de gel con un brillo suave que resaltaban en sus dedos finos y delicados. Recordó cómo eran de chiquilla, con pequeños rasguños y trozos de césped adheridos a las uñas recortadas.

Y entonces, otro recuerdo la aterró todavía más.

Los chasquidos del pasado.

Los de la clase de matemáticas, los de los hostigadores de su aula sin respaldo de amigas, los de los recreos con Ethan...

Ethan...

Ese recuerdo la trajo de vuelta a su apartamento.

Nerviosa, se levantó y apenas atinó para abrir la ventana.

Una bocanada de aire fresco le azotó en la cara y respiró profundamente, como si acabara de salir de un largo buceo desde las profundidades de un océano.

A medida que se tranquilizaba y reconectaba con su presente, la altura del séptimo piso le dio vértigo y se alejó de la ventana.

Continuó con su respiración profunda, de rodillas y con las manos entre los muslos.

Después recordó el roce de sus dedos sobre el pecho de su jefe, un gesto que jamás debió realizar y que la atormentaba como un eco prohibido.

Sus ojos se enfocaron en el monitor del portátil.

“Usuario o contraseña erróneos. Vuelva a intentarlo”.

Encontró su teléfono debajo de la mesilla y abrió el contacto de su jefe.

Pero un pensamiento cruzó su mente como un fogonazo.

¿Y si había sido el propio Blake el que había cambiado la contraseña de acceso?

Igual la próxima vez que se vieran sería para despedirla.

Entonces, su boca emitió aquellos chasquidos del pasado.

Blake apagó el puro contra el cristal del cenicero. Ahora tecleaba enfadado.

—Esto no va así, Dante. Somos gente seria y a veces los asuntos llevan unos días.

—¡Quiero mi dinero! No sé si este chaval es de fiar. Y tú...

—¿Dudas de mí a estas alturas? —gritó Blake—. Con todo lo que hice por ti en ese partido corrupto tuyo.

Dante levantó el revólver y lo apuntó a la cabeza.

—Mucho cuidado con lo que dices... Llegué hasta aquí por méritos propios.

—No me digas...

—Igual hoy no te meto una bala en la sien, Blake. Pero recuerda que de mí depende la recalificación de esos terrenos. Puedo echar atrás el proyecto después de que lo hayas comprado... Deberías rendirme pleitesía.

Blake ejecutó la operación de venta de bitcoin a dólares y después abrió la aplicación de su móvil para validarla.

—Listo... ¡Ahora dame tu número de cuenta!

Ethan ya no necesitaba decir nada más. El segundo paso de su plan se había ejecutado y solo tenía que dejar transcurrir los acontecimientos sin más distracciones.

Con una mezcla de alivio y esperanza, se relajó en la silla y dejó que la disputa continuara entre esos dos buenos amigos.

Entonces vio de reojo como, a través del cristal de la puerta, una extraña sombra se situaba tras la reja de entrada.

«Dios, abuela, no tienes remedio».

Dante abrió la aplicación de su teléfono sin dejar de apuntar a Blake y le facilitó su número de cuenta.

En la penumbra de la noche, Victoria deslizó la pistola y las manos entre los huecos de la verja metálica y con pulso firme apuntó hacia el interior del local. Sus dedos acariciaron el gatillo y dirigió la mira delantera en dirección al senador.

«No dispaes... por favor».

—Veintiséis mil quinientos dólares... ¿Le parece bien, senador?

—Muy bien...

—¡Listo! Transferencia inmediata, capullo.

Dante actualizó su aplicación y su saldo se había incrementado en la cantidad acordada. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, y otra en la de Ethan.

—Muy bien, chaval. Veo que eres de fiar —Puso la bolsa con el dinero con un golpe fuerte sobre la mesa—. Tenemos que coordinarnos bien para blanquear el resto. ¿No tienes más bourbon de ese por ahí?

—Creo que tengo algo en el almacén...

El muchacho cogió la bolsa con el dinero en efectivo y su portátil y se fue a por otra botella. Dante guardó su pistola en la cartuchera y dio unas palmadas fuertes en la espalda de Blake.

—Deja el portátil, hombre. Te he asustado, ¡eh!

—Ya puestos, hice una transferencia de la otra mitad a mi cuenta, mamón —dijo sonriendo—. Y ahora cambio las contraseñas para que mañana Silvia me llame en cuanto vea esta operación. Ella sabrá de alguna manera cómo justificar la transferencia.

Ethan cogió su teléfono en cuanto la puerta del almacén se cerró a sus espaldas y tecleó un mensaje a Victoria por Ghostline.

“Llama al FBI. Dile que unos mafiosos nos están extorsionando con lo de las criptomonedas del pasado y que sé quienes son. Que vengan al Hilltop, ¡ya!”.

De pronto, la puerta se abrió con un estruendo.

—¿Qué haces, chaval?

El senador lo apuntaba de nuevo. Ethan tenía el móvil en la mano y Victoria estaba en línea.

—Iba a escribir un mensaje a mi abuela para que no se preocupe si tardo un poco más.

Holloway observó la pantalla iluminada del teléfono que Ethan sujetaba con los brazos en cruz. Victoria acababa de leer el mensaje.

—Dame el móvil. Quiero verlo.

Ethan lo miró de reojo. Ghostline seguía cumpliendo con su política de funcionamiento. Una vez leído, el mensaje tardaba unos segundos en desaparecer.

—Esto es privado. No voy a enseñarle...

El senador puso el cañón en su oreja, golpeándolo con torpeza.

Ethan se encogió de dolor y Dante le arrancó el teléfono de las manos.

Miró la pantalla.

Un chat abierto con «Abuela».

Ningún mensaje escrito.

—Tráenos ese bourbon. Rapidito.

El senador acarició el neceser con el dinero que el chico había dejado sobre una caja de cervezas y se fue.

Ethan respiró profundamente. Abrió de nuevo Ghostline, seleccionó el contacto de su abuela y volvió a escribirle:

“Tira tu revólver al lago y el portátil que te dejo en la ventana del almacén”.

Abrió el ventanuco superior y dejó el dispositivo apoyado contra la reja. Después agarró la botella de bourbon y regresó al salón.

Capítulo 35

1

Silvia respiraba profundamente sentada en el suelo de una esquina del salón, tras la cortina. No recordaba cómo había llegado arrastrándose hasta allí, pero sus chasquidos habían remitido.

Su teléfono, olvidado en el suelo, se iluminó. Su corazón latió con más fuerza cuando lo vio. No se atrevió a acercarse a él hasta que recuperó la calma.

Si Blake la echaba de la compañía, tendría el dinero de las criptomonedas, un asunto que arreglaría al día siguiente.

Eso solucionaría su vida.

Una placentera vida.

Gateó hasta el teléfono y leyó el mensaje.

“Cripto Island: Su contraseña de acceso ha sido correctamente modificada”.

Tal vez Blake estaba despierto.

Tal vez podría enviarle un mensaje advirtiéndole de la seguridad de sus criptomonedas.

Abrió el chat con él.

Tal vez no estuviera despierto. No para ella.

Abrió de nuevo la plataforma y tecleó la clave de acceso habitual.

Estaba dentro.

¿Habrían sido unos hackers?

Cambiaría las contraseñas inmediatamente y al día siguiente informaría a Blake.

El saldo en el exchange se mantenía, poco más de veintiséis mil dólares.

Respiró y se frotó los ojos, a punto de llorar de alivio.

Desplazó la flecha con el ratón para accionar el cambio de contraseña en su perfil, pero se dio cuenta de que en el histórico había una operación reciente que ella no había realizado.

Sus ojos se agrandaron al instante, llevando las manos a la boca mientras su mandíbula caía lentamente, paralizada frente al monitor.

—Es una trampa...

Silvia cerró el portátil, corrió hacia su cuarto y cogió las dos maletas más grandes que tenía en el armario.

2

Victoria buscaba en el navegador de su móvil el número del FBI con un nerviosismo impropio de su personalidad. Un número que en otros momentos sabía de memoria ahora le resultaba imposible acceder a él. Aquellas letras eran demasiado pequeñas para esa hora de la noche.

«Que vengan al Hilltop, ¡ya!».

—Gracias por llamar al Buró Federal de Investigaciones. Si desea reportar un...

«¡Maldita máquina!».

Entonces cortó la llamada y buscó el número de uno de los viejos amigos de Raymond.

—¿Victoria?

—¡Michael! ¡Necesito tu ayuda! —dijo apurando el paso para alejarse.

—¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas todo lo que pasamos con aquel asunto de las criptomonedas?

—Claro...

—¡Están aquí otra vez!

—¿Dónde?

—En Blue Valley.

—¿Sigues en ese pueblo? Hace más de un año que no hablamos...

—¡Sí! Avisa al FBI, mueve tus contactos para que venga una patrulla ahora... ¡Al Hilltop Sound!

—Vale, vale... pero soy un agente ya jubilado de la Agencia Nacional de Seguridad, no sé si...

—¡Michael! Ethan está retenido en el interior y... ¡lo están apuntando con una pistola!

—¡Entendido!

El hombre cortó la comunicación y Victoria se acercó por el lateral del edificio al ventanuco alto del almacén. Charlie había dejado a la intemperie los barriles vacíos de cerveza y arrastró uno de ellos hasta situarlo debajo para subirse a él. Guardó el equilibrio y, apoyándose en la pared, llegó hasta el portátil del chico.

Cuando se bajó, lo abrió. La luz de la pantalla iluminó su rostro en la oscuridad. Pulsó una tecla y accedió a la sesión.

La web de Crypto Island estaba abierta y ante ella había gráficos y cotizaciones de bitcoin.

Entonces, lo entendió todo.

Se acercó a la barandilla que delimitaba el fin del aparcamiento y las aguas del lago unos metros después.

Sonriendo, arrojó el portátil al agua lo más lejos que pudo.

Después tiró la pistola.

«Tu abuelo estaría orgulloso de ti», pensó.

El aire denso y cargado se había extendido por todo el club, impregnando el olor a tabaco con el humo suspendido que difuminaba las luces. Dante hacía aspavientos riendo y comentando con el revólver en la mano.

—Entonces decís que el próximo blanqueo lo haremos en otro lugar más seguro.

—¡Por Dios, Dante! Deja ya la pistolita, me estás poniendo nervioso —dijo Blake, cansado.

A Ethan le preocupaba el paso lento de los siguientes minutos.

El senador lo miró desafiante. Sus ojos evaluaron de arriba a abajo a su socio y después dio un trago tranquilo al bourbon.

—Es al chaval a quien quiero poner nervioso, no a ti.

—Se va a cansar y no va a querer hacer otra operación contigo.

—¿Es eso verdad, chaval? —preguntó inclinándose con el puro en la boca, sonriendo y apuntándole.

Ethan los miró con su característica inexpresión, aunque su cerebro funcionaba a pleno rendimiento.

—Es obvio que estoy nervioso. Esta operación no me ha parecido limpia, pero estoy dispuesto a devolverle cinco mil de los que me ha dado si descarga la pistola y se guarda las balas.

—¿Cinco mil? —El senador reía a carcajadas—. ¡Venga! Vete a por el dinero, te espero aquí...

Blake negaba desconcertado.

Ethan entró en el almacén. Sabía que tenía un pequeño tiempo de margen con la excusa de contar el dinero. Deshizo uno de los fajos y separó la mitad. Después guardó el neceser bajo la baldosa que Charlie le había descubierto en secreto días atrás.

Dante jugaba a apuntarlo a través de la mira delantera, con un ojo cerrado y otro abierto.

—Coja su dinero y saque todas las balas —dijo con las manos levantadas sin dar un paso más.

El senador reía a carcajadas descontroladas, subiendo y bajando el volumen, como si hubiera olvidado respirar entre sus torpes risas. Descargó cada bala del revólver que dejaba caer ruidosamente sobre la mesa y las fue guardando, una a una, de manera torpe en la cartuchera de la pistola.

Hasta la última.

Después cogió el revólver, se apuntó a sí mismo a la sien y apretó el gatillo.

—¡Por Dios, Dante! ¡Estás fatal! ¡Vámonos de aquí!

—Un momento —dijo Ethan—. Ahora les voy a explicar con pelos y señales cómo va a ser nuestro próximo encuentro.

—Mejor lo dejamos para otro día... —respondió levantándose.

—Acabo de pagarles cinco mil dólares en efectivo para que podamos seguir con la conversación. O hablamos ahora o no me verán más el pelo...

—¡Vaya! El chaval se te sube a las barbas, ¿eh, Blake? ¿Qué dices ahora a eso?

Blakeladeó su postura y miró a Ethan de reojo. La imposición lo había desconcertado, pero le parecía justo, y él era un hombre de negocios.

Se sentaron, Ethan les sirvió de nuevo aquel licor hipnótico y habló con parsimonia.

—Bien, regresaré a Tailandia dentro de tres semanas, en ese tiempo tenemos que hacer todas las operaciones. Es mejor hacerlo en cuatro o cinco días diferentes. ¿Podrán reunir el dinero?

—Y mucho más... —sonrió Dante, levantando su vaso.

Fuera, Victoria observaba sus siluetas alejada de la verja e impaciente por ver las sirenas de las patrullas.

Su teléfono vibró con una llamada.

—Dime, Michael...

—¿Estáis bien? Ya van para allá.

—Estoy bien, pero Ethan está encerrado en el local con ellos dentro...

—¡Dios bendito!

—¿Tardarán en llegar?

—No creo. Tu marido tenía muy buenos contactos allí, en cuanto mencioné vuestro caso, en pocos minutos se activaron todas las alarmas.

—Gracias, Michael...

—Victoria, Raymond era un buen hombre, habría hecho lo que fuera por vosotras. Me alegra ser yo el que lo sustituya en esta ocasión. Me estará mirando orgulloso desde allá arriba...

—Estoy segura... —Y guardó silencio simulando respeto a su reflexión—. Te llamaré en cuanto todo termine.

A lo lejos, cinco Dodges negros se saltaron el semáforo de la calle Sycamore y se acercaron a toda velocidad hacia el aparcamiento.

Capítulo 36

1

—¡FBI! ¡Abran la puerta!

—¿Qué pasa? —se apresuró Ethan en parecer el primer sorprendido.

Los tres se miraban desconfiados y el chico levantó los brazos, como si quisiera rendirse.

—¿Los has llamado tú, chaval? —preguntó el senador echando la mano al interior de su chaqueta.

—¡Espera! —dijo Blake—. Nos están viendo. Estos no vienen por un blanqueo de cincuenta mil dólares. Habrá pasado algo...

Ethan permanecía inmóvil pero visible con los brazos en alto.

—¡FBI! ¡Abran o intervendremos por la fuerza!

—¿En qué lío me han metido? —les recriminó Ethan.

—¿Nosotros? Soy el senador del estado, chaval. Estoy blindado a los líos.

—¿Qué hago, entonces?

—Tú sabrás... Nosotros no tenemos problema —contestó Blake con la voz quebrada.

El chico caminó hacia la puerta del establecimiento, pero, a falta de un par de metros, se dio la vuelta.

—¿Recuerdan el caso de un robo millonario de criptomonedas de hace unos años?

Blake y Dante lo miraron pasmados.

—¿Recuerdan que no se supo quién había sido el autor porque el propietario escondía su botín en una cuenta anónima? —Disfrutó de la cara de asombro de ambos—. Yo fui el autor junto a mi familia y la cuenta ya no es anónima, ahora es la suya.

Dante sacó su pistola y apretó el gatillo.

Clic.

—¿Qué haces, Dante? —susurró Blake, asombrado.

Al otro lado de la verja los agentes desenfundaron sus armas al ver el gesto del senador.

Ethan abrió la puerta de cristal.

—¡Hijo! ¿Estás bien?

Ethan asentía mientras se agachaba para abrir la cerradura. Levantó la verja, que sonó como un trueno en medio de la noche.

Los agentes entraron de manera ordenada y contundente arrastrando al chico hacia dentro.

—¡FBI! ¡Tire el arma!

Dante arrojó la pistola al suelo y los dos hombres levantaron los brazos.

—Están bajo arresto —dijo el inspector dando la orden con un gesto a sus agentes para que los esposaran—. Tienen derecho a guardar silencio. Todo lo que digan podrá ser usado en su contra en un tribunal.

Y pocos minutos después, los detenidos eran distribuidos en los coches.

—¡Ese chaval es el autor del robo de las criptomonedas! ¡Él y toda su familia! ¡Soy el senador Holloway, no pueden llevarme esposado! —gritaba fuera de sí mientras lo introducían por la fuerza.

A su lado, Ethan entraba de manera pacífica en el otro vehículo.

—¿Por qué se llevan a mi nieto detenido?

—Tiene que declarar. Por favor, acompáñenos a comisaría y pronto estará con él.

—Tengo mi coche...

—Acompáñenos... —insistió el inspector abriéndole la puerta trasera de su vehículo.

—Le digo que...

—Con nosotros... ¿o quiere que también le pongamos las esposas?

2

Los tres detenidos pasaron la noche en cuartos separados, sometidos a diferentes interrogatorios. Victoria estaba en una sala que tenía acceso a una máquina de café aguado con sabor a metal. A mitad de la madrugada, Charlie apareció esposado en comisaría, aterrado, observando hacia todas partes y parpadeando constantemente. Victoria lo vio a lo lejos y él le dedicó una mirada con gesto serio.

Una hora después apareció un abogado que defendería a Charlie en su interrogatorio.

—¿Mi nieto no tiene derecho a un abogado?

—Aguarde en esa sala, señora, por favor...

—¡No! Mi nieto tiene derecho a una defensa justa. Llamaré a mi abogado.

—Su nieto rehusó el uso de esa llamada, señora.

—¿Cómo?

—Que no quiere ningún abogado.

Victoria no entendía esa postura, pero confió en él. El chico le había dado una lección de estrategia, aunque no sabía si saldrían bien parados de todo aquel embrollo.

El ajetreo en la comisaría del condado se fue calmando a medida que pasaban las horas. Los agentes se reunían de vez en cuando para intercambiar pareceres de los interrogatorios, consultando la copia de sus historiales.

3

Stephen Turner, agente especial a cargo de aquella jurisdicción, tomaba la iniciativa en el interrogatorio a Ethan, en presencia de la inspectora Melisa Parker, encargada desde esa noche de la supervisión del caso. Lo hacían en una sala amplia y sin esposas, por lo que el chico podía mover sus manos libremente.

—Entonces, dices que tu abuela recibió alguna amenaza por whatsapp, ¿puedes precisar cuándo? —dijo Turner, con el bolígrafo preparado para hacer anotaciones.

—No lo sé exactamente. Tendrían que hablar con ella, se los facilitará todos. Mi abuela tiene

la costumbre de ocultarnos cosas para no rememorar aquellos sucesos del pasado.

—Pero usted vino al pueblo hace unos días...

—Me dijo que se había encontrado con Silvia y me picó la curiosidad. Después mencionó que trabajaba para una multinacional que invertiría en el pueblo y eso no me dio buena espina.

—¿Cree que Silvia forma parte de todo el entramado?

Ethan se echó hacia atrás y suspiró.

—Si le digo la verdad, creo incluso que Silvia forma parte de esa mafia desde hace años.

—Explíquese...

—Conocí a Silvia hacia el final de un curso en el instituto. ¿Qué padres cambian a sus hijos de colegio con el curso sin acabar? Me parece demasiada casualidad que ella apareciera en nuestra vida justo cuando al novio de mi madre, el mismo día de su muerte, le robaron millones de dólares en criptomonedas. Y me parece demasiada casualidad que nos vuelva a encontrar ahora para ese tipo de inversiones...

—¿Quiere decir que Silvia los ha seguido desde entonces?

—Tal vez no ella directamente, pero sí esa mafia en la que esté metida. ¿Se ha sabido algo de aquellos mexicanos desde entonces? Tendrán que investigarla cuando la encuentren.

—¿Por qué está tan seguro de que Silvia pertenece a esa mafia, Ethan?

—Solo lo estoy suponiendo, pero desde luego utilizó el mismo *modus operandi* que los mexicanos rebanando los dedos de Charlie.

—A ella también le falta uno...

—Vaya usted a saber el motivo.

Turner dio la vuelta al folio que tenía ante él.

—Supongo que sabrá quiénes son las personas con las que estaba en el Hilltop, ¿verdad?

—Claro... Blake, el jefe inversor inmobiliario de Silvia, y el senador Holloway.

—¿Sabe qué pintaba el senador allí?

—Sí, hubo un momento en el que discutieron. Al parecer Holloway le debía algún favor a Blake y se lo iba a devolver recalificando los terrenos de Blue Valley.

—¿Una corrupción política?

—No sé, no entiendo mucho, pero algo así dijeron.

La inspectora Turner se levantó y dio unos pasos por la sala.

—Ethan, sobre esas criptomonedas, que ahora han salido de esa billetera secreta y han entrado en una cuyo titular es Landmark Capital Investments, ¿por qué han hecho ese movimiento?

—No lo sé. No sé de política, ni de inversiones, ni de recalificaciones... Es posible que todo forme parte de lo mismo. Supongo que necesitarían mucho dinero para construir todo lo que habían enseñado en sus dosieres.

—Solo ha sido una pequeña cantidad en comparación con lo que esa billetera contiene. ¿Por qué ahora?

—Han pasado unos cuantos años, tal vez pensaron que no los descubrirían y probaron a transferir una pequeña cantidad, y de ser así, pues nosotros seríamos los culpables.

—¿Es cierto que tuvo una relación amorosa con Silvia?

Ethan dudó en responder. Más bien hizo que dudaba.

—Es cierto.

—¿Se enamoró de ella?

—Completamente. Por eso regresé al pueblo en cuanto mi abuela me dijo que ella estaba

aquí.

—¿Y ella? ¿Estaba enamorada de usted?

—Pensaba que sí, pero después me demostró lo contrario. Tal vez mi problema sea que me apego demasiado a las personas.

—Entonces, ¿para qué venir al pueblo a descubrirse? Podía haberlo hecho todo Blake.

—Mi abuela vive sola aquí y no creo que entrara en sus planes extorsionar a una persona mayor con un asunto así. Me necesitaban a mí, y sin ella yo no vendría. Creo que incluso pretendía juntarnos a todos.

—¿Desde dónde viniste?

—Desde Tailandia.

—¿Tailandia?

—Desde que pasó aquello de la mafia mexicana decidimos vivir más la vida. Mi madre y yo viajamos siempre que podemos.

—¿Dónde está tu madre?

—En España.

—¿Qué hace allí?

—Ha conocido a alguien por internet, ya sabe...

—¿Un español?

—Sí. Los padres de mi abuela eran emigrantes españoles, hablamos perfectamente el idioma porque ella nos lo ha enseñado desde pequeños.

La inspectora Parker tomó la palabra.

—Verás, Ethan, no nos acabamos de creer que esos inversores de Chicago estén relacionados con la mafia mexicana que os extorsionó hace años. Es cierto que Silvia es un nexo común, pero vosotros también.

Ethan la miró adoptando su característico gesto inexpresivo. La inspectora lo escrutaba tratando de interpretar alguna inseguridad, pero él se mantuvo impávido.

—No sé... Son ustedes los que tienen que unir los puntos. Yo lo veo claro, empiecen por la muerte de ese hostelero y vayan hilando.

—¿Qué hostelero? —inquirió mirando hacia el agente Turner que tampoco sabía de quién hablaba.

—Era el principal empresario de la zona. Muy querido en el pueblo. Pueden preguntar a quien quieran, es un secreto a voces. Seguro que su viuda, la señora Margaret Anderson, les dará detalles... Pero vamos, que se lo cargaron ellos. Hablen con el marido de Lily, la que tiene una dispensa en el pueblo... Les dará detalles de los mismos Bentley que aparecieron el día en el que ese señor apareció muerto.

—Quieres decir... que los vecinos estaban amenazados.

—Intimidados más bien... La mayoría, otros puede que estuvieran comprados.

La inspectora hizo un gesto a Turner para salir a deliberar y Ethan se quedó a solas, con su gesto inexpresivo.

—Señora Hudson. Solo tengo una pregunta para usted.

—Diga.

—¿Tiene idea de cuál podría ser el paradero de Silvia?

—Estaba alojada en el Hotel Hidden Valley, en el pueblo, aunque... —Se acordó de las cámara de vigilancia que podrían haberla grabado, pistola en mano, cuando siguió a Silvia hasta el Golden Oak Hotel donde se hospedaba su jefe—. Aunque hace un par de días que no la veo. Tal vez se haya ido.

—¿Sospecha de algún lugar?

—No. ¿Han mirado en su casa?

—Se ha ido de su apartamento, señora...

—Esa niñata nos quiere hacer la vida imposible.

—Utilizaremos esos whatsapp intimidatorios que me ha enseñado como prueba contra ella. ¿Cómo es que no lo denunció en su día?

—Ya se lo dije a su compañero, lo intenté, pero el sheriff no quiso dejar plasmada la denuncia. Hable con el agente obeso de esa pequeña comisaría de pueblo, no tiene culpa de nada, pero se lo confirmará todo.

A primera hora de la mañana dejaron a Ethan en libertad.

—¡Hijo!

Y se abrazaron en un extraño gesto al que ambos no estaban acostumbrados.

—Les hemos pedido un taxi —anunció el inspector—. Siento el fallecimiento de su marido, todavía lo echamos de menos después de todos estos años, pero debo advertirles que tendrán que estar localizados hasta nuevo aviso. No podrán salir del país mientras la investigación finalice y un juez lo autorice. Tendrán que declarar dentro de unos días.

—Por supuesto.

Caminaron en silencio hacia los pasillos de salida, cabizbajos, deseando hablar.

Fuera, Charlie entró en el coche de su abogado y este salió para interponerse en su camino.

—Señora Hudson, mi cliente le concede un plazo de doce horas para que recoja sus cosas de su residencia y se vaya.

—¿Me concede? ¿Qué es, el genio de la lámpara?

—Charlie está muy afectado por lo sucedido y no quiere sufrir más daños colaterales por su culpa.

—¿Por mi culpa?

—Sí, quiere mantenerse lejos de usted. La culpa de no haberle contado la verdad sobre su pasado. Si hubiera sabido que el *modus operandi* de esa banda era la de rebanar dedos, tal vez habría podido anticiparse.

—Si hubiera sabido algo sobre mi pasado, no habría vivido los dos mejores años de su vida, porque se habría cagado...

Ethan apretó el antebrazo a su abuela.

—Es usted una persona peligrosa, Victoria. Esa chica, Silvia, no ha parado hasta que los encontró. Este encuentro no ha sido casual.

—¿Ah, no?

—No, ella es la principal artífice de todos los delitos de robo que ha cometido en el pasado. Ahora queda claro. Pero usted ya lo sabía y, aun así, dejó que se acercara a Charlie y que negociara con él.

—Charlie estaba más que advertido.

—No de que era ella una de las principales cabecillas de una mafia que ha robado millones de dólares en criptomonedas. Ni de que amputaba dedos.

—El día que la encuentren, ojalá la justicia le dé su merecido —intervino Ethan—. Por nuestra parte, estamos agotados de este asunto.

—Sí, deberían darnos parte de ese dinero por el suplicio que ya vivimos y que volvemos a revivir. Como comprenderá, empezar desde cero no es fácil a mi edad.

El letrado apretó los labios en un gesto de comprensión.

—Ya, bueno... Doce horas, recuerden. Y no vuelvan por esa casa o Charlie la demandará por todo lo que le he comentado. Argumentos no nos faltan.

Victoria miró hacia el interior del coche, pero su hombre miraba hacia otro lado, sin querer enfrentarse a ella ni un segundo más.

El abogado se fue y en ese momento un coche patrulla estacionó frente a ellos. El agente abrió la puerta trasera para que saliera una señora que puso su pie en el asfalto con un zapato de tacón bajo.

—Margaret...

Meg se dirigió hacia ellos y cogió las manos que Victoria le extendía.

—Vengo a decir la verdad.

—Gracias.

—A ti, Victoria. Será un gran alivio para mí. —y se abrazó a ella, emocionada.

Se quedaron solos delante de un taxista descuidado, casi jubilado.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, hijo?

Ethan le hizo un gesto para que guardara silencio. Entraron en el vehículo.

—A Blue Valley, por favor.

—¿Paramos en la librería? —dijo Ethan.

—Claro...

5

Victoria y Ethan habían dejado sus teléfonos en la librería. Observaban la primera claridad del día que acariciaba las montañas, sentados en el banco del paseo que había enfrente, pegado al lago. Una neblina vaporosa se elevaba poco a poco en las aguas, como un preludio a la ebullición que se produciría cuando los vecinos se enteraran de que no habría ventas, ni inversión, ni dinero para nadie.

—Abuela, ¿hablarás con Charlie?

—¿Para qué?

—Su declaración ha sido clave. El disparo de Silvia para amputarle los dedos al final jugó a nuestro favor.

—Sí, el mismo *modus operandi* que aquellos mexicanos —Sonrió levantando su mano de dos dedos.

Ethan la admiraba mientras ella oteaba el horizonte con la mirada perdida y una expresión calmada.

—Estoy orgullosa de ti, hijo. No sé muy bien cómo lo has hecho.

—Les hice creer que Silvia siempre supo de nuestro paradero y que, por algún motivo,

querían recuperar el dinero de las criptos. Se les ocurrió anunciar una gran inversión en el mismo lugar donde los que en su día fueron sospechosos residían. Así, si el FBI ataba cabos, siempre podrían señalarnos.

—Ya, pero, si nos iban a extorsionar, ¿por qué mandaron a Silvia y no a otra persona?

—No te iban a extorsionar a ti sola, no es creíble que sepas de criptomonedas a tu edad. Por suerte, Silvia se ha fugado y no hay explicación a eso. Blake me dijo que la había enviado a Chicago y yo sabía que huiría en cuanto viera la operación realizada en su exchange.

—Demasiado enrevesado, hijo.

—Más enrevesado fue que diera con nosotros. Esa casualidad no era creíble, aunque lo fuera.

Se quedaron en silencio, oteando el horizonte.

—¿Por qué no solicitaste un abogado?

—Estropearía mi declaración. Estaba siendo muy convincente. Meter una persona más en el interrogatorio le quitaría toda credibilidad a mi espontaneidad. Con eso conseguí un trato más cordial. Todo lo contrario que Blake y el senador Wolloway.

—Ese senador... Estuve a punto de dispararle desde detrás de la verja cuando te apuntaba con su pistola.

—Se le va a caer el pelo, abuela. Le di cinco mil del dinero que me trajeron y los llevaba encima cuando lo detuvieron, y al ir armado, y con lo bebido que estaba, mi declaración cogió más peso todavía.

—Ya, pero eso no...

—Abuela, vendieron las criptos a dólares en su exchange y después se lo repartieron haciendo una transferencia a sus cuentas bancarias.

—Adiós, carrera política.

—Y adiós al hombre de negocios.

—¿Y nosotros...? ¿No sospecharán?

—Creo que nunca dejarán de hacerlo, pero esa billetera que tenemos repleta de dinero siempre será anónima. Nunca tendrán pruebas.

—Las únicas pruebas son esa venta de bitcoin a dólares que hicieron en su cuenta, ¿verdad hijo?

—Eso es, abuela.

Victoria negaba mirando al lago.

—Serán juzgados por el asesinato del marido de Meg y por el robo que no realizaron.

—De alguna manera, se hace justicia... Y ahora seguiremos gastando de nuestra billetera, el FBI verá que la cantidad de bitcoin va bajando y supondrán que es Silvia. Será perseguida y eso nos quitará de su punto de mira, tal vez para siempre.

—¿Y sabes algo gracioso? —dijo Victoria riendo—. La que se va a liar cuando empiecen a interrogar a los vecinos. Con lo indignados que estarán porque al final no habrá venta, y todos los chismes falsos que les fui soltando, los van a volver locos con declaraciones contradictorias.

—¿Tú crees?

—En eso los conozco muy bien.

—Entonces también declararán en contra por echar a Charlie de malas maneras ayer de su propio local. A la gente no le gustó eso.

Victoria lo miró y acarició el cabello de su nieto.

—Cuando tu abuelo y yo éramos jóvenes, lo habríamos solucionado matando a Silvia, pero

tú... eres muy buena persona.

—No quiero matar, abuela.

—Demasiado buena persona...

—¿Eso no es una cualidad?

—Esa chica no parará hasta que vuelva a dar con nosotros. Algún día tendremos que acabar con ella. ¿Sigues enamorado, don Desapego?

Él negó bajando la vista, en señal de reconocimiento de que sí lo había estado.

—Bien... Porque eso sería muy peligroso para nuestra familia.

Se quedaron en silencio y volvieron a mirar el lago unos instantes.

—¿Adónde nos vamos ahora, abuela?

—No sé... A un hotel a que nos den unos masajes. ¡Invito yo! Pero con dinero del de verdad, para no levantar sospechas.

Victoria le dio una palmadita en el muslo a Ethan y continuó.

—Vamos a la librería, hijo. Quiero poner un cartel de «Se Vende» antes de ir a por mis cosas a casa.

—A casa de Charlie, querrás decir —dijo levantándose y ofreciendo su mano a la abuela.

—Oye, ¿dónde tienes ese dinero en metálico que te dieron?

—Oculto tras una baldosa del Hilltop que me enseñó Charlie.

—Así que confió en ti como para enseñarte ese secreto... Que sepas que la idea de hacer ese hueco oculto fue mía.

—Lo sospechaba.

—Allí lo dejaremos. Le vendrá bien a Charlie para sanear las deudas. —Sonrió con melancolía.

—Tú también eres buena persona, abuela.

Entraron en la librería y Ethan cogió su teléfono.

Tenía un mensaje de su madre por la aplicación anónima.

“Dile a la abuela que mire lo que le he escrito en Ghostline”.

—Abuela, dice mamá que te envió un mensaje.

Victoria rebuscó en su bolso y sacó el teléfono.

—No puede ser... Hija, has vuelto a estropearlo —dijo poniéndose la mano en el rostro.

—¿Qué dice, abuela?

Ella le entregó el móvil y después se sentó sujetando su cabeza con la mano en la frente.

—No puede ser...

—Abuela, ¿qué vamos a hacer?

La mente de Victoria ya cabalgaba lejos de allí.

—Necesitamos ese dinero en efectivo, vamos a por él.

—¿Para qué?

—Para pagar una falsificación de identidad. Nos vamos a España.

—Pero... el inspector nos dijo que no podemos salir de...

—¡La vida de tu madre corre peligro, Ethan! ¡Nos vamos!

No te pierdas



El libro 3 de la Saga
[Resérvalo ahora](#)

Nota del Autor

Los problemas no son eternos, y una mala racha tampoco lo es. Así lo insinuaba Prince en su canción *The Cross*.

A Victoria le ocurrió algo similar, pero que se haya quedado bloqueada no significa que haya perdido facultades. Al contrario, con la madurez de la vida, sus “cualidades” no hacen más que fortalecerse.

Ya lo verás.

Esta historia transcurre en Blue Valley, el mismo pueblo de mi novelette [El Camino del Perro](#). De hecho, puede que hayas notado que aquel pastor ovejero australiano también figura aquí, junto a Lily, su despensa y los funcionarios de la comisaría.

Quizá volvamos a este lugar más adelante.

¿Te gustaría?

Quiero dar las gracias a [Jean Larser](#), mi maestro literario cuyos sabios consejos elevaron esta novela.

A **Carlos Jiménez**, por su dedicación cuando el borrador todavía estaba crudo y por sus respuestas.

A **Celia Corral** y a **Oscar Gómez**, por sus sugerencias y propuestas.

A mi hermano **Javier**, por su toque final.

A **A. Victoria Vázquez** por la continuidad de las portadas y por la conexión que celebramos al milímetro.

Gracias a **Bill Dubuque**, **Mark Williams** y **Leila Gerstein** por sus creaciones, que fueron una gran fuente de inspiración para el *worldbuilding* de Blue Valley y el Hilltop Sound.

Y, por supuesto, gracias a ti, lector, por invertir tu tiempo en esta lectura. Si deseas decirme qué te ha parecido, puedes contactarme a través de [mi web](#). Además, te animo a dejar una valoración en la página donde adquiriste el libro o en cualquier portal literario.

¡Viva el country!

¡Viva la música y la literatura!

Jorge Caneda
www.jorgecaneda.com
Diciembre de 2024



Entra en mi web y descarga gratis la **PRECUELA** de esta historia

www.jorgecaneda.com



TODO MI CATÁLOGO EN:

www.jorgecaneda.com/libros

